

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ESTUDIOS DE GÉNERO**

CONVOCATORIA 2010-2012

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN SOCIOLOGÍA**

**INTELECTUALES. UNA RELECTURA DE SU PARTICIPACIÓN EN LA
CONFIGURACIÓN DEL CAMPO INTELECTUAL EN LA DÉCADA DE 1970
EN EL ECUADOR**

CARLA CECIBEL GORDÓN MORALES

ABRIL 2014

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES
SEDE ECUADOR
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ESTUDIOS DE GÉNERO
CONVOCATORIA 2010-2012**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
SOCIALES CON MENCIÓN SOCIOLOGÍA**

**INTELECTUALES. UNA RELECTURA DE SU PARTICIPACIÓN EN LA
CONFIGURACIÓN DEL CAMPO INTELECTUAL EN LA DÉCADA DE 1970
EN EL ECUADOR**

CARLA CECIBEL GORDÓN MORALES

**ASESOR DE TESIS: VALERIA CORONEL
LECTORES: ALEJANDRO MOREANO, SANTIAGO ORTIZ**

ABRIL 2014

DEDICATORIA

A las mujeres valientes: Lucrecia, Martha y Jacqueline con todo el amor.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a las mujeres de mi familia, ejemplos de tenacidad, valentía y amor profundo. Por su apoyo incondicional, millones de gracias.

Gracias también a todos esos oídos que supieron escuchar mis inquietudes y mis frustraciones, que tuvieron la paciencia para intercambiar ideas, debates y supieron levantarme en los momentos difíciles.

A cada profesora y profesor de FLACSO por compartir sus conocimientos e involucrarme de manera sería en el mundo académico.

ÍNDICE

Contenido	Páginas
RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN.....	9
CAPÍTULO I.....	17
VISIONES TEÓRICAS SOBRE LOS INTELLECTUALES	17
Intelectuales, perspectivas de análisis	21
Bourdieu, algunas perspectivas	21
El campo intelectual	22
Gramsci. Los intelectuales en vínculo orgánico.....	26
Cultura, resistencia y los intelectuales. Edward Said	30
América Latina. Paradojas en la definición del campo intelectual.....	35
A partir de la década del sesenta	36
CAPÍTULO II.....	41
CONTEXTO DEL CAMPO INTELECTUAL EN LA DÉCADA DEL 70	41
Introducción.....	41
Antecedentes para el análisis de la década del setenta	43
Crisis, Revolución Juliana y los intelectuales de la Generación del 30	43
De la Gloriosa, del populismo y los debates sobre la cultura nacional	48
El populismo.....	49
El “Nacionalismo Revolucionario” y la modernización en el Ecuador.....	51
Ejes de acción del régimen militar	53
Escenario político en torno a la dictadura militar de 1972	56
CAPÍTULO III	60
UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR EN LA DÉCADA DEL SETENTA ..	60
Introducción.....	60
UCE. Población universitaria	63
Crecimiento estudiantil y las clases medias	64
Algunas visiones sobre las izquierdas en la UCE	68
Segunda Reforma Universitaria y leyes de educación superior	73

Segunda Reforma Universitaria.....	73
Leyes de educación superior.....	75
Editorial universitaria. Centro de difusión intelectual.....	76
CAPÍTULO IV	82
DEBATES NACIONALES Y UNIVERSITARIOS.....	82
Introducción.....	82
La imagen del intelectual.....	82
De los Tzántzicos al Frente Cultural	84
La cultura nacional	90
La clase obrera.....	97
Movimiento estudiantil. Símbolos y críticas a su vinculación con sectores subalternos	99
Milton Reyes, emblema de identidad grupal	101
Estudiantes universitarios, intenciones de unidad” obrero – campesina – estudiantil	103
CONCLUSIONES.....	106
BIBLIOGRAFÍA	112
ANEXOS	118

RESUMEN

Esta investigación busca aproximarse al estudio del campo intelectual en los años setenta en el Ecuador, momento en el que se posicionaron el “pensamiento crítico y ensayo sociológico”, discursos de identificación que construyeron procesos de diferenciación con otros campos de producción de discurso, por ejemplo, el del derecho o el de la estética. Este proceso conllevó un emplazamiento institucional, un proceso de delimitación y/o especialización de discursos, procesos de identificación y de legitimación social, que definen el espacio de enunciación de los intelectuales. Habla de la nueva generación de intelectuales que vivieron un periodo de crisis y expectativas de cambio político, que se involucraron en los desplazamientos de los antiguos territorios institucionales y lugares de legitimidad social para emplazar nuevos espacios, nuevos diálogos con otros actores sociales, enfoques de identidades y perspectivas. Aquí se observa el desplazamiento de los lugares de enunciación del que son protagonistas jóvenes intelectuales de los setenta (especialmente vinculados a la universidad ecuatoriana) y aborda los procesos históricos que rodean a los intelectuales, que definen los lugares donde se produce el pensamiento y los llevan a repensar su función como actores políticos, sus discusiones sobre el triunfo de la Revolución Cubana, las grandes reivindicaciones sociales de las décadas anteriores y la entrada del neoliberalismo por la vía de las dictaduras represivas del cono sur.

Para el análisis de esta investigación se parte del concepto de *campo* desde la obra de Pierre Bourdieu, tomándolo como un microcosmos dentro del espacio social, que representa el lugar de las luchas entre los agentes, que ocupan distintas posiciones, por la apropiación de un capital específico (Bourdieu y Wacquant, 1992) que, dependiendo de su situación dentro de este, desarrollan estrategias simbólicas que les permiten acercarse a la producción y difusión de su pensamiento y que a la vez buscan alianza colectivas y apoyos institucionales. También se retoma a Gramsci y su perspectiva en la que los intelectuales son el vínculo orgánico, a través de su acción política e intelectual y a Said con su visión del poder de la cultura y en particular del “orientalismo” como mecanismo hegemónico de poder desde occidente y el papel de la resistencia y de crítica desde los intelectuales.

Se aborda el pensamiento desde los treinta hasta los sesenta que culmina con los cuestionamientos de los Tzántzicos a la Casa de la Cultura y la Segunda Reforma

Universitaria, que tuvo como marco el fortalecimiento de la universidad como centro editorial, ideológico y político. La década del setenta describe como los hechos históricos configuraron a la universidad como el lugar de enunciación intelectual imprescindible de la época. Los temas como la imagen del intelectual, la cultura nacional y el papel del movimiento estudiantil se analizan al final de este trabajo.

INTRODUCCIÓN

La historia del campo intelectual y cultural en el Ecuador ha merecido la atención de investigadores en distintas ramas desde la filosofía hasta la economía. Una de las primeras obras enciclopédicas sobre el pensamiento ecuatoriano fue publicada como la Biblioteca Mínima Ecuatoriana, compilación extensa dirigida por el intelectual conservador Aurelio Espinosa Pólit¹. En la segunda mitad de la década del setenta, tomó la escena bibliográfica una perspectiva crítica sobre el pensamiento ecuatoriano liderado por Arturo Andrés Roig y otros intelectuales exiliados de las dictaduras militares del cono sur entre ellos los argentinos Rodolfo Agoglia y Enzo Mella quienes, en colaboración con centros educativos superiores (Universidad Central del Ecuador y la Pontificia Universidad Católica) e instituciones públicas como el Banco Central del Ecuador (BCE), lograron conformar espacios de investigación desde donde aportaron a la crítica de la cultura nacional. Desde esta misma corriente, salieron a la luz varias publicaciones claves: la Revista Cultura y Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, esta última editada por el BCE y la Corporación Editora Nacional. Allí se promovió y se recopiló gran cantidad de producción intelectual ecuatoriana en distintas disciplinas, especialmente, filosofía, economía, derecho, sociología, entre otras. Los proyectos editoriales de ambas tendencias se centraron en el carácter de las propuestas intelectuales y debates entre ensayistas y generaron un rico registro de opiniones acerca de la cultura nacional, que se pueden observar entre las décadas del cincuenta y setenta.

A inicios del XXI, después de una crisis de las instituciones culturales ligadas al recorte neoliberal, se han visto surgir nuevos aportes en el campo de la historia intelectual, entre estos los trabajos en el campo de la crítica literaria sobre pensadores modernistas y vanguardistas², así como un interés en la intelectualidad ecuatoriana de las últimas décadas del siglo XX. Entre estos encontramos obras más clásicas centradas en el campo conceptual de los intelectuales ecuatorianos, como el trabajo de Carlos

¹ Aurelio Espinosa Pólit, sacerdote jesuita, vinculado a la derecha ecuatoriana. Fue uno de los fundadores de la Universidad Católica, catedrático y académico. Representó uno de los mayores intelectuales del siglo XX en el Ecuador, especialmente en el área pedagógica. El lenguaje y literatura fueron sus principales objetivos en sus aportes por transformar la educación en el Ecuador.

² Entre estos *La cuadratura del círculo* de Iván Carvajal y *El Círculo Modernista Ecuatoriano* de Gladys Valencia).

Paladines y Rafael Polo; descriptivos históricos como los de Susana Freire, y obras que intentan una sociología o una historia social del pensamiento, entre estos los trabajos de Hernán Ibarra y Valeria Coronel.

Mi trabajo intenta una aproximación al estudio del campo intelectual en un momento (los 70) en el que se posicionan el “pensamiento crítico y ensayo sociológico”, discursos de identificación que construyen procesos de diferenciación con otros campos de producción de discurso, por ejemplo, el del derecho o el de la estética. Este proceso conlleva un emplazamiento institucional, un proceso de delimitación y/o especialización de discursos, procesos de identificación y de legitimación social, que definen el espacio de enunciación de los intelectuales. Mi trabajo habla de la nueva generación de intelectuales de ese periodo de crisis y expectativas de cambio político, como desplazan antiguos territorios institucionales y lugares de legitimidad social para emplazar nuevos espacios, nuevos diálogos con otros actores sociales, enfoques de identidades y perspectivas. En este trabajo observo el desplazamiento de los lugares de enunciación del que son protagonistas jóvenes intelectuales de los setenta.

Durante las décadas del cincuenta y sesenta la Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE) fue el principal lugar de enunciación representada por Benjamín Carrión y la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinoza. En la década del sesenta surge una nueva generación de colectivos culturales, entre ellos los Tzántzicos que con su reivindicación “iconoclasta” sometió a crítica a la CCE, institución cultural que se reclamaba protagonista pese a su distancia de los sectores populares en el país³. La hipótesis que se sostiene es que a partir de la década del setenta, con el repunte de los estudios en ciencias sociales, impulsado por los cambios económicos, sociales y políticos que representó el auge de la explotación petrolera y otros cambios estructurales de la sociedad ecuatoriana, se fortaleció la universidad pública en donde, en medio de las

³ Fernando Tinajero miraba como una crisis de la CCE : “la Casa de la Cultura agrupaba a los intelectuales de izquierda, pero no en un frente de lucha, sino en una nueva torre de marfil en la que se convertían en “intocables” en “monstruos sagrados”, cuya consagración había sido fácilmente lograda con el sistema del elogio mutuo” (Tinajero, 1972: 98). Estas consideraciones llevaron a reflexionar sobre la “incomunicación de los intelectuales de izquierda con las masas” (Tinajero, 98), puesto que, vistos a estos intelectuales como un conjunto, no fomentaban propuestas sobre fenómenos culturales, toma de conciencia, acción política y la vinculación directa y evidente con las clases populares, sino que su “compromiso” intelectual estaba atado a la institución.

ciencias agrícolas y especializaciones técnico científicas, se formó un grupo de intelectuales críticos del campo de la sociología y la filosofía. Estos fueron intelectuales ligados a una reflexión global sobre la posibilidad política de un cambio revolucionario en la época entre los cuales encontramos a autores que fundaron ejes de reflexión aún relevantes en el pensamiento ecuatoriano como: Fernando Velasco, Agustín Cueva, Alejandro Moreano, Iván Carvajal, entre otros. Desde la Universidad no solo se trazaron planes de desarrollo agrícola industrial, como desde el IAEN, sino que se plantearon relaciones institucionales con organizaciones políticas populares, se concentraron las discusiones sobre las tendencias de izquierda, se construyeron nuevos emblemas de identidad grupal con capacidad de convocatoria para luchas de reivindicación popular (especialmente la estudiantil como lo fue el símbolo personaje de Milton Reyes), hicieron análisis sobre la transición del país, atravesado por truncas reformas agrarias, grandes desigualdades de tipo poscolonial y el boom petrolero; promovieron discusiones sobre el libre ingreso y otros temas relacionados a las leyes de educación superior y reformas universitarias, y contaban con un centro de difusión vital, la Editorial Universitaria. Esto convirtió a la universidad en uno de los principales lugares de enunciación de la producción intelectual crítica y sociológica en este periodo.

Así, en esta investigación me interesa abordar los procesos históricos que rodean a los intelectuales, que definen los lugares donde se produce el pensamiento y los llevan a repensar su función como actores políticos, sus discusiones sobre el triunfo de la Revolución Cubana, las grandes reivindicaciones sociales de las décadas anteriores y la entrada del neoliberalismo por la vía de las dictaduras represivas del cono sur. Esta coyuntura histórica, donde la esperanza, casi certeza, de una revolución palpable en América Latina generó una producción literaria y ensayística que recoge las visiones de sectores políticamente radicales y también las expectativas de la construcción de la cultura latinoamericana y ecuatoriana. En este sentido, la participación de los intelectuales en el mundo social, a través del análisis de su producción, vista como difusora de una posición política y cultural que les permite contribuir a la construcción de la nación, abre una ventana a una relación “inextricable [...] entre la política y la ficción en la historia de la construcción de una nación” (Sommer, 2004: 22).

Para efectos de esta reflexión, en primer lugar, se desarrollan una serie de categorías teóricas de forma genérica. Así, el concepto de *campo* se explica desde la

obra de Pierre Bourdieu, tomándolo como un microcosmos dentro del espacio social, que representa el lugar de las luchas entre los agentes, que ocupan distintas posiciones, por la apropiación de un capital específico (Bourdieu y Wacquant, 1992), para el caso de este análisis un lugar de enunciación, sin olvidar principalmente que cada campo es el resultado de una construcción histórica. En el campo cultural, las relaciones de fuerza y las tensiones dentro del mismo se dan por conseguir un capital diferente al del campo de la economía, se concentran en conseguir un capital simbólico cultural, que para el caso, podría representar un reconocimiento intelectual. Así,

Dependiendo de su situación en el campo, las reservas de capital y su relación con los poderes sociales principales, los intelectuales desarrollarán diferentes estrategias simbólicas, acercándose a la producción y difusión de diversas maneras, buscando diferentes apoyos institucionales y promoviendo distintas alianzas colectivas. (Pecourt, 2007: 29)

Al campo intelectual se lo tratará como un microcosmos, en el que las luchas se dan “por el monopolio de la producción cultural legítima con arreglo a estrategias que dependen de la posición que cada actor [...] ocupe en el campo” (Altamirano, 2006: 86); de esta forma, se intentará mirar, a través de los conflictos internos y externos, quiénes entran en diálogo y cómo se realizan los desplazamientos institucionales.

El análisis sobre los intelectuales que Bourdieu aporta se concentra en las élites francesas y desde una perspectiva de profesionalización y con cierto poder, por lo que se constituyen la “fracción dominada de los dominantes” (Bourdieu, 1999: 32). En contraste, aquí se abordan posiciones contrahegemónicas que ubican a los intelectuales como aquellos que articulan su acción a las clases subalternas y sus críticas hacia una emancipación, las propuestas por Antonio Gramsci y Edward Said, y los desplazamientos entre lugares o campos que se traducen disputas entre movimientos políticos e incluso disputas dentro de la misma izquierda.

Gramsci pone a los intelectuales en relación con las clases obreras y campesinas, como un vínculo orgánico al servicio de las clases subalternas, y que son capaces de organizar “las masas humanas, [y de formar] el terreno en el cual los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc.” (Gramsci, 1977: 204 en Altamirano, 2006: 61), esta toma de conciencia, es uno de los principales objetivos en los estudios de los intelectuales de la década del setenta en el Ecuador (Frente Cultural). La necesidad de elaborar una teoría que conduzca el accionar de la izquierda

ecuatoriana es imperativa en esta década puesto que marca la posibilidad de pensar campos y también disputas políticas en la configuración de estos campos para América Latina:

La crisis de los movimientos, la desarticulación orgánica, la dispersión del trabajo, las exigencias de objetivos claros y concretos manifestadas por sectores de base, conducen a una conclusión: la inexistencia de una teoría revolucionaria. (Procontra, Abril 1972: 2)

Los aportes de Gramsci, desde un enfoque marxista, ayudarán en la articulación del papel de los intelectuales y su capacidad de desenajenación, a través de su acción política e intelectual.

Por su parte Edward Said describe al intelectual como parte de la resistencia a la dominación del imperialismo y, tomando categorías de Gramsci, Fanon y otros. Los ubica dentro del conflicto político, como “todo aquel que trabaja en cualquiera de los campos relacionados tanto con la producción como con la distribución de conocimiento es un intelectual” (Said, 1996, 31). Se incluyen referencias a las instituciones educativas como la universidad y su aporte en la generación de intelectuales; y un recorrido histórico referente a la vida intelectual en América Latina.

A partir de estos elementos, mi tesis propone un recorrido histórico de los contextos en los que los intelectuales desarrollaron sus productos culturales, los conflictos internos y externos que permiten identificar el campo intelectual en el Ecuador, así como las relaciones de fuerza en las que se inmiscuyen los intelectuales como sujetos que atraviesan o dialogan con los grupos subalternos, grupos dominantes, partidos políticos. Estos factores son sustanciales en mi tesis al momento de responder cómo se reconfiguró el campo intelectual en la década del setenta.

Los acontecimientos relacionados a la Revolución juliana en los años 30, junto con el apareamiento de los partidos de izquierda y de intelectuales que, a través de su producción literaria (realismo social), se posicionaron en el campo intelectual ecuatoriano como uno de los lugares de producción del pensamiento. Aquí es importante el análisis sobre la vinculación de los intelectuales socialistas y comunistas con las agrupaciones de trabajadores y campesinos, especialmente, que muestran

el avance de la organización popular, marco dentro del cual podemos empezar a considerar las posibilidades de la irrupción de las clases subalternas y particularmente en el campo político nacional. (Coronel, 2012: 394)

Estos antecedentes ayudarán a mirar el campo intelectual, no solamente desde la producción estética, sino desde la vinculación con otros grupos políticos, que en las décadas siguientes tendrán un papel protagónico en tanto a reivindicaciones políticas, sociales y económicas.

Tras estos acontecimientos, y a partir de los años cuarenta, mientras la crisis de la izquierda tradicional se enfrenta a los cambios geográficos, sociales y políticos, junto a la entrada en escena de los grupos populistas como el CFP y los aliados a Velasco Ibarra, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, aparece como una institución que se encargará de “«robustecer el alma nacional y esclarecer la vocación y el destino de la patria»” (Polo, 2002: 21).

La CCE, cercana a la izquierda ecuatoriana, fue un órgano de difusión de la cultura nacional en los años cuarenta y cincuenta, que encontró en los tzántzicos (años 60) uno de los principales colectivos estéticos que cuestionó su liderazgo por encontrarla vaciada del contenido popular de los años 30 y 40, por vivir del mito de aquella revolución truncada del 45, y por el peso que el velasquismo tuvo en la política del país.

Así, estas tensiones entre los nuevos grupos culturales con la CCE, los círculos militares y Velasco Ibarra que marcaron la escena de los 60, en los setenta los intelectuales nuevos se alejan de esa disputa para enfocarse en el problema de la dictadura militar encabezada por Guillermo Rodríguez Lara desde 1972 a 1976. Estos hablan desde la Universidad Central del Ecuador por considerarla uno de los principales centros de difusión donde podían plantear sus discusiones y tensiones políticas.

En los capítulos siguientes haremos referencia a los hechos históricos de la década del setenta que configuraron a la universidad como el lugar de enunciación intelectual fundamental de la época. Entre estos resalta el impacto de la Segunda Reforma Universitaria que planteó la función social y democrática de la universidad.

Asimismo las leyes de educación superior publicadas durante la década del sesenta y el rechazo de la ley publicada en 1971, aprobada por Velasco Ibarra, y rechazada al considerársela antiuniversitaria fueron caldo de cultivo del pensamiento crítico de la época. Reivindicaciones como el libre ingreso tuvieron consecuencias en el crecimiento de la población universitaria, misma se mostrará a través de datos que permiten observar la distribución de estudiantes por facultades, y el aumento de la

cantidad de mujeres especialmente en las facultades de Filosofía, Odontología, Medicina, Administración y otras.

La universidad fue vista como creadora, transmisora y difusora de la cultura nacional, tenía como objetivo conservar

lo más auténtico de los valores tradicionales y con la asimilación de lo mejor que ha producido la humanidad en el campo de la ciencia, las letras y el arte, ha de forjar nuestra propia cultura y liberación de los pueblos. (Aguirre, s/f: 54)

En capítulos subsiguientes analizo los comprobantes de entrega de los libros publicados por la Editorial Universitaria y que fueron difundidos no solamente de forma interna, sino que tuvieron alcances hacia la sociedad. Colecciones como los Cuadernos Culturales publicados en 14 fascículos, la serie Populibros, las publicaciones sobre análisis económicos y sociológicos, y relaciones institucionales con la universidad, representan hallazgos sobre cómo los intelectuales encontraron un lugar desde donde producir y difundir pensamiento y crítica en diversos círculos sociales de la clase media y popular.

Se intenta, además, mostrar la configuración política interna de la UCE, sus conexiones con ideologías externas y cómo influyeron en los movimientos estudiantiles y las disputas de poder dentro de la universidad.

Me concentro en la última sección de mi tesis en una aproximación más cercana a los debates nacionales y universitarios. Se analizan los debates sobre la cultura nacional, desde las interpretaciones de intelectuales Agustín Cueva, José Ron, Iván Carvajal, el Frente Cultural y las perspectivas de la dictadura militar de Rodríguez Lara y su *Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador*. En torno a estos planteamientos señalo los ejes de la concepción del mundo que proponían los intelectuales, su compromiso político y las contradicciones entre planteamientos ideológicos y acción política

Otro de los debates importantes se refleja en el movimiento estudiantil, actor trascendental en la década del setenta. Para comprender la importancia de este movimiento, es necesario retomar la figura de Milton Reyes, como el emblema que convocó a la lucha por las reivindicaciones estudiantiles y que intentó consolidar una unidad obrero-campesina-estudiantil. Todas estas temáticas se las plantea de una manera

parcial pues el estudio de estos temas será retomado de forma profunda en futuras investigaciones.

Es así como el recorrido teórico a través de las propuestas de Bourdieu, Gramsci, Said y otros; la revisión de los acontecimientos históricos que influyeron en la producción de los intelectuales en América Latina como en el Ecuador; la influencia que tuvieron los contextos históricos, políticos, económicos, sociales y culturales en los centros de educación superior, y en la Universidad Central como eje de este estudio, permitirán mirar los debates en torno a la cultura nacional, el movimiento estudiantil y su relación con los grupos subalternos.

Para lograr este fin utilizarán como herramienta de análisis los textos escritos (oficiales y secundarios), las historias orales y la documentación institucional que permitirá encontrar la complementariedad entre el texto y las prácticas de los actores sociales dentro de este campo.

CAPÍTULO I VISIONES TEÓRICAS SOBRE LOS INTELECTUALES

Los estudios sobre los intelectuales, su conceptualización, su aparición, sus funciones y su relación con los espacios sociales tienden a presentar distintos marcos de referencias históricas y del pensamiento y, desde distintas perspectivas, se refieren a su presencia en el espacio social. Algunos como Santini al referirse al libro *Los intelectuales en la Edad Media* de Jacques Le Goff asignan su nacimiento al desarrollo de los espacios urbanos y las universidades:

El nacimiento del ‘intelectual’ como tipo sociológico nuevo presupone la división del trabajo urbano así como el origen de las instituciones universitarias presupone un espacio cultural común, en el que las nuevas ‘catedrales del saber’ pueden surgir, prosperar y enfrentarse libremente. (Santini, 1979: 112 citado en Le Goff, 1985: 10)

Este nacimiento al que se refiere Santini estaría enmarcado, temporalmente, en los siglos XII y XIII en Europa. La influencia de la cristiandad en todos los espacios sociales abrió una veta donde se difundió el conocimiento y se debatió el mismo, lo que puso a la universidad como el lugar desde donde se proyectaban y se formaban los intelectuales.

Nobles, burgueses y pobres lograron vincularse a los sistemas de educación, y les permitió obtener cierto grado de poder, en su mayoría, en pro de los principios de la Iglesia y los poderes que ejercía sobre el Estado, por lo que les da la categoría de intelectuales orgánicos, en el sentido de Gramsci (Le Goff, 1985), temática que se abordará más adelante en este capítulo. Esta adquisición de conocimiento, no solamente les permitía difundirlo o reproducirlo entre personas instruidas como los que pertenecían a ramas de la iglesia o a los nobles ilustrados, sino también hacia aquellos sectores no ilustrados, a través de la predicación y los discursos públicos. La importancia de mencionar a los centros educativos, y en especial a la Universidad es resaltar el cómo estas instituciones surgen como centros de producción del conocimientos, de producción de intelectuales, capaces de reproducir ese conocimiento hacia otros grupos sociales.

En América Latina la influencia de los modelos de las universidades de occidente, especialmente el francés, que en el marco de la estructura colonial funcionó

como una “universidad patricia”, preparaba a los hijos de los hacendados, de los comerciantes y de los

funcionarios para el ejercicio de papeles ennoblecedores o para el desempeño de los cargos políticos-burocráticos, de regulación y mantenimiento del orden social o de las funciones altamente prestigiosas de profesionales liberales, puestos al servicio de las clases dominantes. (Ribeiro, 1971: 133)

Para las primeras décadas del siglo XX la universidad latinoamericana, con el Manifiesto de Córdoba, empieza a democratizar sus actividades, tomando en cuenta su capacidad de modernización y su responsabilidad frente a la sociedad. De estos cambios los más significativos fueron la institución del cogobierno y de la autonomía universitaria que implicó los ámbitos políticos, administrativos y en relación a la organización de los docentes⁴; de estos dos cambios fundamentales mencionados, el primero “vino a significar implícitamente la creación del primer embrión de nuevas formas de convivencia y solidaridad universitarias.” (Silva, 1976: 28), lo que desembocará en formas de organización estudiantil.

Por otro lado, varios autores como Bourdieu y Altamirano sostienen que es importante remitir los criterios de los intelectuales en la modernidad, y que es a finales del siglo XIX cuando éstos aparecen en la escena cultural francesa con el caso Dreyfus. La inconformidad manifiesta ante la condena perpetua impuesta a Alfred Dreyfus hizo que muchos artistas en todas las ramas, científicos, hombres cultos con un reconocimiento en la sociedad de la época se adhirieran a la postura de Émile Zola, publicada en 1897 con el título de *Yo acuso*.

La autoridad que ejercían estos personajes del mundo de las artes, las letras y la ciencia para Altamirano constituyen una

élite del pensamiento [que se] ejerce en el espacio público y proclama su inconveniencia respecto a la verdad, la razón y la justicia, no solo a

⁴ Además de las dos reformas de Córdoba mencionadas en el texto se pueden referir las siguientes que significarán no solamente una transformación en los procesos de organización estudiantil, sino en aquellos que involucran a toda la comunidad universitaria: “3) La elección de todos los mandatarios de la Universidad por asambleas [...]; 4. La selección de docentes por concursos públicos [...]; 5. La fijación de mandatos con plazo fijo para el ejercicio de la docencia [...]; 6. La gratuidad de la enseñanza superior; 7. La asunción por la Universidad de las responsabilidades políticas frente a la noción y la defensa de la democracia; 8. La libertad docente; 9. La implantación de cátedras libres y la oportunidad de impartir cursos paralelos [...] y; 10. La libre asistencia a clases.” (Ribeiro, 1971: 153)

la élite política y a los representantes de la “razón del Estado”, sino frente al juicio irrazonado de la multitud. (Altamirano, 2006: 20)

De esta forma el término “intelectuales” estuvo en el continuo debate de las partes a favor y en contra de este caso.

Estas perspectivas lanzan algunas luces hacia las concepciones sobre los intelectuales. Una de las ideas fundamentales que proponen es la de los intelectuales vinculados a las grandes ciudades y a los conocimientos que estos personajes poseen, así como su presencia en el espacio público y su autoridad dentro del campo de poder.

El desarrollo de las artes y el reconocimiento en los diferentes espacios de la sociedad parisina, en el caso francés, son algunas de las características que le otorgaron una legitimación a las voces de estas personas. Agruparse legitimó e institucionalizó el capital que ellos poseían, en el caso Dreyfus, existió una red de relaciones que, además involucró nobles, y personas con un capital cultural legitimado (título universitario), estudiantes universitarios, docentes, entre otros.

Esto insinúa ciertas nociones de los intelectuales, que les atribuye una especie de propiedad ética frente a los hechos sociales, con un objetivo a alcanzar, lo que, indiscutiblemente, los relaciona con la política y las nociones de un intelectual comprometido, categoría que será tomada por Sartre para la segunda mitad del siglo XX y en el que muchos de los intelectuales latinoamericanos, incluyendo los ecuatorianos, es decir encontrar una función dentro de la sociedad.

Estos antecedentes nos muestran una visión de los intelectuales en el campo de lo social. La propuesta de este trabajo es mirar desde las propuestas de Bourdieu, Gramsci y Said, al intelectual como un vínculo que social.

A partir de las consideraciones sobre los sistemas de dominación y cómo estos se reproducen, Pierre Bourdieu observa la constitución del campo intelectual, su relación con lo político y lo literario, los conceptos y caracterizaciones de dominantes y dominados, que involucrarán el desarrollo de las categorías de campo, capital, dominación simbólica, legitimación, producción cultural. Su perspectiva ilumina en mi tesis las relaciones de fuerza y las tensiones dentro de un campo que actúan para conseguir un capital un capital simbólico cultural, en el que los intelectuales “intelectuales desarrollarán diferentes estrategias simbólicas, acercándose a la

producción y difusión de diversas maneras, buscando diferentes apoyos institucionales y promoviendo distintas alianzas colectivas”. (Pecourt, 2007: 29)

Antonio Gramsci, al que también se hará referencia en este capítulo, presenta a la categoría de los intelectuales como el vínculo orgánico “que relaciona estructura y superestructura y, en el seno de esta última, sociedad civil y sociedad política” (Portelli, 1978: 93), resaltando su capacidad de generar una toma de consciencia y de influir en la cultura. Este planteamiento, unido a las definiciones de bloque histórico, hegemonía, relaciones de fuerzas, toma de posiciones, darán luces para esbozar las funciones de representación y aquellas dentro del bloque histórico. La importancia de incluir a Gramsci en este trabajo está basada en su visión de los intelectuales, pues trasciende de aquella que se inspira en los “grandes intelectuales” y los posiciona ligados a las relaciones sociales y a las actividades que realizan. En la década de los setenta, los actores de los grupos intelectuales se autocalificaban de “intelectuales orgánicos” por lo que desarrollar este concepto servirá para crear una dimensión de estos en el contexto ecuatoriano.

Los intelectuales en el marco analítico de Edward Said se pueden observar desde la pregunta de la producción de imaginarios que acompañaron la dominación colonial y el imperialismo y otros que disputaron los estereotipos de la dominación y su relación con las clases subalternas en su crítica al imperialismo ejercido por las grandes potencias de oriente hacia los países de occidente y del Caribe, así como las intenciones imperialistas de los Estados Unidos hacia América Latina después de la Guerra Fría. El papel del nacionalismo y sus limitaciones, serán analizados brevemente con el fin de contextualizar los mecanismos, especialmente aquellos relacionados con la producción cultural, que permitieron localizar las luchas antiimperialistas según las propuestas de este autor.

Esta perspectiva teórica permitirá hacer un seguimiento de las categorías específicas, formas, mecanismo y espacios con que los intelectuales interactuaron en tanto a su producción cultural y sus prácticas políticas, además del análisis de la configuración como actores políticos y su influencia en la cultura.

La mirada detenida en estas propuestas se utilizará para comprender que los intelectuales, especialmente a los relacionados con la izquierda en la década del setenta, con su participación en un contexto político y cultural, forman parte de procesos

históricos y sociales, en diálogo con clases populares y aspiraron a ser orgánicos desde la perspectiva de Gramsci, sin embargo, de que sus vínculos pueden calificarse mejor como solidarios antes que como orgánicos dada la exterioridad de los intelectuales que entraron en diálogo con las organizaciones.

Intelectuales, perspectivas de análisis

Bourdieu, algunas perspectivas

La visión de Bourdieu sobre los intelectuales los presenta como una “fracción dominada de la clase dominante” (Bourdieu, 1999: 32) lo que genera en ellos una característica ambivalente entre los dominantes y dominados, por lo tanto el campo intelectual tiene una posición de dominado dentro del campo de poder. Para el autor esta ambivalencia implicaría una toma de posición en el campo de la política; así, una de las posiciones que configuraron el campo intelectual en el siglo XIX en Francia, “el arte por el arte” proclama modernista, surgió de su relación tensa tanto con la burguesía como con el pueblo.

Esta ambivalencia entre la clase dominada y la clase dominante tiende a formar en los intelectuales “una imagen ambigua de su posición en la sociedad y de su función social” (Bourdieu, 2005: 32). Estas toma de posiciones (estéticas y/o políticas) estarían ligada a las relaciones que los intelectuales tengan con el poder, y retomando la propuesta de Le Goff, en la división del trabajo (Bourdieu, 2005).

A partir de la relación con el mundo del arte, presenta a tres grupos que principalmente configurarían el campo intelectual, como el artístico en el periodo mencionado: “arte social”, “arte por el arte” y el “arte burgués”. Es importante mencionar, las relaciones económicas que estos grupos tenían, especialmente con la burguesía al poner en el mercado de bienes simbólicos su producción simbólica, que hace participar a los intelectuales en la estructura de la clase dominante.

A pesar de su condición dominada, el autor otorga al intelectual cierta posibilidad de emancipación, en la que como poseedor del capital cultural, puede “conocerse y dominar lo que la determina puede el intelectual cumplir con la función liberadora que se atribuye, y que, en muchos casos, no es más que una función usurpadora” (Bourdieu, 1990: 89).

El campo intelectual

Los elementos que aportan las categorías de Gramsci y de Said vinculan la construcción del campo intelectual, en términos de una relacionalidad.

La construcción del campo intelectual está ligada a la categorización que hace Bourdieu sobre los campos, los tipos de capital, las formas simbólicas y su reproducción en el mundo de lo social.

Bourdieu introduce una primera apreciación de lo que representa el capital, y señala que en él existe una lógica de acumulación, por lo tanto “El capital es trabajo acumulado, bien en formas de materia, bien en forma interiorizada o “incorporada”” (Bourdieu, 2000: 131). Este concepto desarrolla temáticas que necesitan una explicación en tanto acumulación, y el carácter objetivo y subjetivo del mismo.

Para entender este concepto es necesario identificar a los agentes, que pueden presentarse en forma individual o colectiva, los mismos que se apropian de un capital. La adquisición de capital a través del tiempo significa una acumulación objetiva y subjetiva que le permita producirse o reproducirse a sí mismos. Es importante señalar lo significativo del espacio temporal de análisis, puesto que la distribución del capital determina una estructura del mundo de lo social y su eficiencia sobre las prácticas de los agentes.

El capital tiene, para Bourdieu, tres formas de presentarse: el capital económico, el capital cultural y el capital social, además del capital simbólico que estaría presente en todos los anteriores, es decir, es

capital –en la forma que sea- en la medida en que es representado, esto es, simbólicamente aprehendido, en una relación de conocimiento, o para ser más exactos, de reconocimiento y desconocimiento, presupone intervención del habitus, entendido este como una capacidad cognitiva socialmente constituida (Bourdieu, 2000: 136).

Estos tipos de capital no se construyen excluyendo la relación entre los otros, e implican niveles de objetivación y subjetivación, además de una institucionalización ya sea en forma de derechos de propiedad para el caso del capital económico; títulos académicos para el capital cultural; y el capital cultural en forma de títulos nobiliarios.

Uno de los principales tipos de capital a emplearse en este análisis es el capital cultural y el capital social. El capital cultural se inserta en los sistemas de relaciones sociales y se presenta en tres estados: incorporado, objetivado e institucionalizado.

El estado incorporado de este capital está relacionado con una incorporación de la cultura que fue adquirida, consciente o inconscientemente, a través del tiempo, delegado por medio de otro agente y que “se transmite por vía de la herencia social” (Bourdieu, 2000: 141). Así, por tener la característica de imperceptible, en comparación con el capital económico, suele estar más cercano al concepto de capital simbólico. Esta adquisición e incorporación del capital cultural en las personas se convierte en habitus y su acumulación otorga a los agentes una posición determinada dentro de la estructura de un campo. La reproducción de estos habitus de cierta forma se refleja en los procesos educativos y para propósitos de este trabajo en la universidad ecuatoriana.

En su estado objetivado, el capital cultural se relaciona estrechamente al estado incorporado. La circulación del capital, en este caso, es objetiva, esto significa que se hace a través de un material físicamente reconocible, en forma de bienes culturales que “pueden ser apropiados o bien materialmente, lo que presupone capital económico, o bien simbólicamente lo que presupone capital cultural” (Bourdieu, 2000: 144). Su carácter objetivo hace que este campo de producción de bienes culturales tome propiedades autónomas y genere su propia dinámica de relaciones.

El último estado que describe es el institucionalizado, que se presenta en la figura de títulos académicos y que se entenderían como “un certificado de competencia cultural que confiere a su portador un valor convencional duradero y legalmente garantizado” (Bourdieu, 2000: 146). Esto implica el reconocimiento del capital cultural que una persona acumuló durante el tiempo. Su vinculación con el capital económico, en tanto a valores monetarios, hacen que la persona o el agente con este capital cultural pueda ser sujeto de transacciones en los mercados laborales.

El capital social, siguiendo los conceptos de Bourdieu,

está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos”. (Bourdieu, 2000: 148)

Este concepto conlleva a que esta red de relaciones convoca a la participación de los agentes en agrupaciones, de modo que los capitales acumulados de los agentes circulan e intercambian entre ellos. Estos vínculos crean solidaridades, que les otorgan ciertos beneficios. El carácter consciente o inconsciente del concepto de capital asigna

referencias hacia que los beneficios pueden o no buscarse voluntariamente por los agentes.

Estas redes de relaciones construyen a través del tiempo niveles de institucionalización que permite producir y reproducir estas relaciones, así como el capital en “conexiones útiles y duraderas que aseguren el acceso a beneficios simbólicos o materiales” (Bourdieu, 2000: 151). Esta discusión sobre el capital social tiene que ver, también, con la representación legítima.

Los campos, desde esta perspectiva, se definen como

espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios y pueden analizarse de forma independiente de las características de sus ocupantes. (Bourdieu, 2002: 119)

Los campos son el escenario de las relaciones de fuerza, luchas, en el que intervienen agentes e instituciones por un capital específico en el que grupos intentan acumular un capital que les permita competir con los dominantes del campo.

Estas luchas ponen en juego a la violencia simbólica, como forma de autoridad específica, en las que aquellos que poseen el capital luchan por conservarlo y los que buscan acumular más capital a su favor “se inclinan a utilizar estrategias de subversión: las de la herejía” (Bourdieu, 2002: 121). Así el campo se construye con la aparición de agentes que intentan preservar la memoria y un conjunto de materiales u obras, (en el caso de América Latina en el periodo propuesto, obras literarias, revistas, entre otras publicaciones) que ocupan cierta posición en los espacios sociales.

Criado atribuye a este concepto de campo una característica de método en el que “los fenómenos sociales siempre han de comprenderse como productos de conjuntos de relaciones sociales” (Criado, 2008: 27). Precisamente, definir la configuración de estas redes o entramado de relaciones sociales es una de las cuestiones que definirían la estructura del campo a estudiarse. Otra de las temáticas importantes a definir es identificar el ámbito en el que cierto grupo ha logrado dominar y legitimar su discurso y encargarse de distribuir el capital. Aquí los agentes y las instituciones determinarán los límites y actores específicos, los mismos que serán detectables en el trabajo de campo.

El campo intelectual se vincula a la producción de bienes culturales, a un carácter objetivo. Con características propias como una autonomía relativa en relación con otros campos, además de un espacio de luchas en el que los intelectuales, como

agentes individuales o colectivos, marcan sus tensiones respecto a legitimizar su monopolio sobre el capital, en este caso el capital cultural objetivamente identificado en la producción de bienes culturales y su representación simbólica. Estos intelectuales disputan el capital dependiendo de la posición que tengan en el campo, la misma que dependerá de la acumulación de capital simbólico que posea cada agente o institución.

Los intelectuales

han sido los especialistas en producir y reproducir los valores y mundos simbólicos, las creencias y representaciones colectivas, en fin, las ideas e imágenes que se hace una sociedad acerca de sí misma. (Lencher, 1997: 34)

Es importante tener en cuenta que la adquisición de la autonomía relativa está ligada a los procesos históricos de las sociedades, que le atribuyen cierta especificidad, de esta forma los cambios en los diferentes campos constituirán también nuevas posiciones de los intelectuales dentro del campo y en relación a otros campos como el político y económico, por ejemplo, y como parte de la estructura del campo de poder.

Esta constitución histórica del campo tiene un carácter relacional. Criado analiza como Bourdieu retoma las reflexiones de Weber en cuanto a la producción cultural y los sistemas de relaciones, al desarrollo del concepto de campo y la capacidad metodológica que posee en una perspectiva antifuncionalista. Bourdieu anota estos conceptos sobre Weber y menciona que:

Aplicando, mediante una nueva ruptura, el modo de pensar estructuralista [...] no solo a las obras y a las relaciones entre las obras [...], sino también a las relaciones entre los productores de bienes simbólicos, se puede entonces construir estructuras de las representaciones simbólicas o, mejor aun, el espacio de la tomas de posiciones simbólicas en un dominio determinado de la práctica [...], sino la estructura del sistema de agentes que los producen o, mejor aun, el espacio de las posiciones que ellos ocupan [...] en la competencia que los opone. (Bourdieu, 1997: 212 en Altamirano, 2006: 88)

Este reconocerse como intelectuales a través de la mirada del otro, como menciona Bourdieu, limitaría, en lo empírico, la caracterización de aquellos intelectuales que se autodefinen como tales, y su legitimación podría entenderse desde su propia concepción como intelectuales.

Gramsci. Los intelectuales en vínculo orgánico

El problema de los intelectuales en Gramsci se planteó, principalmente, en sus textos sobre *La cuestión meridional*. Estos escritos ponen a los intelectuales como un nexo entre la estructura y la superestructura, además de formular definitivamente

las premisas que permiten determinar los rasgos esenciales de la revolución italiana, con la alianza de obreros y campesinos [...]; reafirmó el papel dirigente de la clase obrera sobre todas las clases aliadas en el curso del proceso revolucionario. (Macciocchi, 1975: 128)

Es decir, la propuesta de un nuevo bloque que trace la dirección política, económica, cultural y social en la Italia de las primeras décadas del siglo XX.

Al no constituir una clase en sí mismos, los intelectuales están estrechamente relacionados a una clase que los lleva a convertirse en vínculo orgánico puesto que

Todo grupo social que surge sobre la base de una función esencial, en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político. (Gramsci, 1967: 21)

Esto los hace funcionarios de la superestructura (Gramsci, 1967) ligados a la administración de esta y de sus capas internas,

la “sociedad civil”, que abarca al conjunto de organismos vulgarmente llamados “privados” y la “sociedad política”, que corresponde a la función “hegemónica” que el grupo dominante ejerce sobre toda la sociedad y al “poder demandado directo” que se manifiesta en el Estado y en el gobierno “jurídico”. (Gramsci: 30)

La contribución del autor en este aspecto, es mirar la necesidad de producir intelectuales al servicio de las clases subalternas, particularmente la clase obrera, que se encarguen de dirigir al grupo que representan, en el contexto de Italia, a la búsqueda de hegemonía por parte de “la clase revolucionaria en ascenso, es decir: el proletariado” (Macciocchi, 1975: 190).

El principal trabajo de los intelectuales, desde esta perspectiva, está en el ámbito de las ideologías que “organizan las masas humanas, forman el terreno en el cual los hombres se mueven, adquieren conciencia de su posición, luchan, etc.” (Gramsci, 1977: 204 en Altamirano, 2006: 61), lo que implica su transformación y construcción siempre relacionada a la acción política,

... una ideología política [...] que no se presenta como fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva. (Gramsci, 1975: 1556 en Portantiero, 2000. 151)

En este sentido, y siguiendo un enfoque marxista y como una contribución al mismo, Gramsci articula el papel de los intelectuales y su capacidad de transformación a los conceptos de hegemonía y bloque histórico. Para plantear el concepto de bloque histórico es necesario mirar la relación entre la estructura y la superestructura como partes de este bloque y que “constituyen una “unidad orgánica”” (Portantiero, 1987: 183), que será definida así: “La infraestructura [estructura] y las superestructuras forman un ‘bloque histórico’, o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discordante de las superestructuras es el reflejo de las relaciones sociales de producción” (Gramsci, 1971: 39 en Macciocchi, 1975: 152), de esta forma Gramsci pone a lo material y a lo ideológico como elementos inseparables, dependientes, del bloque

en cuanto las fuerzas materiales son el contenido y las ideológicas la forma, siendo esta distinción de contenido y forma puramente didascálica, puesto que las fuerzas materiales no serían concebidas históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin la fuerza material. (Gramsci: 58 en Portantiero, 1987: 183)

Esta categoría no se representa solamente como la unión irregular entre clases, sino que plantea uno de los conceptos transcendentales de la teoría gramsciana, y su aporte al marxismo, la hegemonía pone en marcha las cualidades de una clase por transformar, reproducir, conservar las ideologías, asumir la dirección de las condiciones materiales, de tal forma que no permanezca estática ni responda a momentos determinados sino más bien que se adapte y se mantenga en constante movimiento, con el fin de asegurar el control de la clase dominante sobre las clases dominadas; es preciso mencionar que esta categoría proyecta una visión dialéctica entre lo ideológico y las prácticas cotidianas de las sociedades, de tal forma que muestren una cierta superposición entre lo material y lo espiritual y, en esta relación lograr que la dominación sea perdurable.

La hegemonía constituye

la parte visible del iceberg que oculta la enorme masa de todo un cuerpo teórico-político, que representa el punto culminante de un genial y complejo trabajo intelectual: el concepto de “bloque histórico”, el enlace infraestructura-superestructura, el concepto de Estado y la distinción interna que efectúa Gramsci entre “sociedad política” y “sociedad civil”, la definición de la naturaleza del partido

revolucionario como “Príncipe moderno”, intérprete de una “voluntad colectiva”, el papel de los intelectuales como promotores del consenso por su posición articuladora. (Macciocchi, 1975: 151)

Este concepto elaborado por Gramsci tiene profundas influencias de Marx y de Lenin. A pesar de que no descarta en sus análisis el uso de la coerción respecto a las relaciones de fuerza, y aclara que existe “la necesidad [...] de la coacción, es decir, del ejército obrero, de los tribunales obreros, [...] del pelotón de ejecución para los que combaten con las armas en la mano contra la clase obrera.” (Libertad para todos, 1921: 24 en Macciocchi, 159), su visión está dirigida hacia las formas de conducir la cultura y la ideología, sin dejar de afianzar los principios de clase:

si la hegemonía es ético-política no puede dejar de ser también económica, no puede menos que estar basada en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo rector de la actividad económica (Gramsci, 55 en Portelli, 1978: 68).

Esto no solo implica una apropiación de los bienes y medios de producción por parte de aquellos grupos que buscan una nueva hegemonía, sino un cambio interno en los procesos de producción, las formas de manejar la economía y la cultura.

La visión asumida dentro del capitalismo también relaciona a la hegemonía con la cultura, como una toma de consciencia, como una desenajenación,

es organización, disciplina del yo interior es posesión de mi personalidad, es la conquista de una consciencia superior, mediante la cual se logra comprender nuestro propio valor histórico, nuestra visión propia en la vida, nuestros propios deberes y nuestros propios deberes. (Gramsci, s/a, s/p en Garin, 1977: 126)

Desde esta categoría, y para el tiempo en el que el autor reflexionó sobre esto, la hegemonía burguesa de las clases subalternas era posible superando su condición cultural de explotados. Esto comprende una ardua tarea para revolucionar e introducirse en la cultura que, ligada a los cambios en el campo de lo económico, pueda transformar las situaciones de subordinación. Por lo que la política está conectada estrechamente a lo cultural, y así mira a los intelectuales como ese vínculo orgánico por su afición a un sector de la sociedad y les atribuye la dirección y la organización de los grupos que buscan la hegemonía.

La propuesta de Gramsci referente a los intelectuales difiere del pensamiento tradicional desde algunos aspectos: critica la visión de los intelectuales pertenecientes a

una élite cuyas actividades son independientes, y los coloca dentro de las relaciones sociales:

Me parece que el error de método más extendido es haber buscado esta estimación de lo diferencial en lo intrínseco de la labor intelectual, en lugar de situarla en el conjunto del sistema de relaciones en el que ellos [...] vienen a unirse al complejo general de las relaciones sociales. (Gramsci, 1967: 25)

Otro de los aspectos importantes sobre los que reflexiona es la concepción del nuevo intelectual solamente como el escritor o el artista, sino, además, aquellos encargados de la dirección y organización de los grupos sociales en varios ámbitos, ya sea educativos, de la producción, económicos, culturales y otros:

todos los hombres, al margen de sus profesión, manifiestan alguna actividad intelectual, y ya sea como filósofo, artista u hombre de gusto, participa de una concepción del mundo, observa una consecuente línea de conducta moral y, por consiguiente contribuye a mantener o a modificar un concepto universal, a suscitar nuevas ideas” (Gramsci, 1967: 26).

De esta forma los intelectuales son los encargados de la reproducción y manejo de todos los ámbitos de lo hegemónico, y, también, serán aquellos que participen en la construcción de una contrahegemonía (Acanda, 2007), por lo que no es divisible lo intelectual de lo político, pues ejercen una función política.

Este nuevo intelectual (intelectual orgánico), cuya reflexión se encuentra enmarcada en el capitalismo, desborda las limitaciones de figura de promulgación de las culturas de la élite, o como orador, aparentemente, al margen de las relaciones sociales; sino que su funcionalidad está en “enlazarse activamente en la vida práctica como constructor, organizador y persuasor constante [...]” (Gramsci, 1967: 27).

Las categorías de intelectual orgánico y tradicional se contraponen desde los puntos de vista capitalista y precapitalista. El intelectual tradicional está identificado con el maestros, el sacerdote, los abogados que solventaban una continuidad histórica y que estaban al servicio de una clase dominante en el Estado, que ostentaba el monopolio de la ideología, la política, la cultura, pues a pesar de desarrollarse en el capitalismo se han mantenido a través del tiempo en sus formas precapitalistas, entiéndase los sistemas religiosos, por ejemplo. Mientras que el intelectual orgánico representa a ese nuevo intelectual que se mencionó anteriormente.

Así, plantea una relación de dominación entre los intelectuales y el grupo social dominante, pues este grupo da origen a sus propios intelectuales. En este afán de consolidar un grupo de intelectuales, las instituciones educativas, en el modo de producción capitalista, asumen un rol de especializar y difundir las ciencias y la técnica en categorías diversas.

Gramsci vincula a los intelectuales tanto a la sociedad civil y al Estado, el mismo que detenta el poder hegemónico de los grupos dominantes en la totalidad de la sociedad y en la que “Los intelectuales son los “empleados” del grupo dominante a quienes se les encomienda las tareas subalternas en la hegemonía social y en gobierno político” (Gramsci, 1967: 30). Los partidos políticos serían una fracción que desde la sociedad civil vincula a los intelectuales tanto orgánicos como tradicionales, que en su limitado espacio de acción emula las funciones del Estado.

Es preciso mencionar que estos conceptos de intelectual orgánico e intelectual tradicional no son excluyentes, ni vistos desde una mirada maniqueísta, sino que ambas participan en los procesos de adquisición de la hegemonía y el mantenimiento de cierto tipo de dominación. Acanda reflexiona sobre una comunidad intelectual que

Es orgánica en tanto los empresarios capitalistas la han creado orgánicamente junto con ellos, y como condición necesaria de su reproducción como clase dominante, no solo en el campo de la legitimación espiritual, sino también en el de su reproducción económica. Es tradicional en tanto [se] encarga de la legitimación de la dominación, incorpora los valores predominantes y modos de ver de la clase económica dominante y produce una alta cultura acorde con estos valores. (Acanda, 2007: 269).

Cultura, resistencia y los intelectuales. Edward Said

La influencia del marxismo y de Antonio Gramsci se presenta en las propuestas de Edward Said y su crítica de la cultura. Desde un enfoque que aborda las condiciones de lo subalterno, categoría planteada en los *Cuadernos de la cárcel* y donde Said mira el cómo,

allí donde existe la historia, existen también las clases, y por lo tanto la esencia de lo histórico es el amplio y extraordinariamente variado intercambio sociocultural entre los gobernantes y gobernados, entre la élite, los dominantes o la clase hegemónica, y los subalternos y, como Gramsci la llama, la clase emergente de la mucho más grande masa del pueblo gobernada por la coerción o, en ocasiones, principalmente por la dominación proveniente de arriba. (Said, 2009: 26),

Realiza un análisis de la cultura y los intelectuales, críticos, los ubica, en sus reflexiones sobre Gramsci y Benda, como uno de los principales engranajes para el funcionamiento de la hegemonía y “responsable hasta cierto punto de articular aquellas voces dominadas, desplazadas o silenciadas por la textualidad de los textos” (Said, 2008: 77). Los escritos sobre el orientalismo y las relaciones entre el texto, el mundo y el discurso hacen de la propuesta de Said una herramienta pertinente para el análisis de este trabajo; en este sentido considera que “La correlación de fuerzas mediante las cuales un texto se engendra y se mantiene como un hecho no de muda idealidad sino de *producción* disipa la simetría de las oposiciones incluso retóricas [...]” (Said, 2008:73).

Uno de los principales conceptos sobre el que Said basa sus reflexiones es la cultura. Esta es abordada principalmente en *Orientalismo, Cultura e imperialismo* y *El mundo el texto y el crítico*, en estos plantea el cómo el imperialismo requiere manejar formas culturales que le permitan operar sobre lo económico, social y político; conforme a lo que dice este autor la cultura

se refiere a todas aquellas prácticas como las artes de la descripción, la comunicación y la representación, que poseen relativa autonomía dentro de las esferas de lo económico, lo social y lo político, que muchas veces existen de forma estética [...].
[...] La cultura es, casi imperceptiblemente, un concepto que incluye un elemento de refinada elevación, consiste en el archivo de lo mejor que cada sociedad ha conocido y pensado [...]. (Said, 1996: 12-13)

Esto, aparentemente, podría enmarcar a la cultura como un tema de élites; sin embargo, en el desarrollo de este tema, a la cultura se la plantea como un campo de fuerzas en el que las luchas políticas e ideológicas tienen cabida.

La cultura puede ser vista no solamente en términos de pertenencia, sino también de posesión, de “apropiación”, en este sentido, “designa también unos límites mediante los cuales entran en vigoroso juego los conceptos de lo que es extrínseco o intrínseco a la cultura” (Said, 2008: 20), esta posesión le otorga poder y la constituye en “un agente de [...] una poderosa diferenciación en el seno de su dominación y también más allá de él” (Said, 21). Esto implica que, quien ejerza dominación o tenga el poder hegemónico, puede imponer parámetros referenciales respecto a lo que debe legitimarse, aceptarse, prohibirse o no. El análisis sobre Matthew Arnold que hace Said, implica que la cultura puede llegar a ser un “sistema de ideas” (Said, 2008) que permite dominar a las

sociedades por lo que “el poder de la cultura es potencialmente nada menos que el poder del Estado” (Said, 23) o ligarse al concepto de la nación.

Este pertenecer, “apropiarse”, poseer, hace de la cultura un símbolo de identidad que en la obra de Said es fundamental puesto que “la identidad de un pueblo determina su manera de organizar el conocimiento” (Ashcroft, 2000: 152), plantea lo, hasta cierto punto, antitético o antagónico entre el “los otros” “ellos” y el “nosotros”.

Estas propuestas, que se analizan en el *Orientalismo*, muestran cómo desde occidente, especialmente Francia y Gran Bretaña, se construyó la imagen de los “otros” como una herramienta de dominación y consenso de los pueblos orientales. Tomando como referencia temporal el siglo XVIII, Said propone una descripción del orientalismo en los siguientes términos:

el orientalismo se puede describir y analizar como una institución colectiva que se relaciona con Oriente, relación que consiste en hacer declaraciones sobre él, adoptar posturas con respecto a él, describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él; en resumen, el orientalismo es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente. (Said, 1990: 21).

Los conceptos de sociedad civil y de sociedad política desarrollados por Gramsci también tienen una enorme influencia en este análisis de Said, pues sus características relacionan directamente a que la cultura actúa de cierta manera en la sociedad civil y la dominación en la sociedad política, en el Estado. Esta penetración de la cultura realizada a manera de consenso y no en forma de dominación, es la que el autor considera la hegemonía cultural, la misma que ha perdurado, se ha reproducido y la que ha permitido las posiciones de el “nosotros europeo” y los “otros” que no comparten la superioridad económica, política, cultural, por lo que existe una sensación de responsabilidad de conducir a “los otros” hacia los objetivos de “el nosotros” imaginado por el imperio (Said, 1990). En *Cultura e imperialismo*, Said reinterpreta un texto de Conrad así:

«Nosotros los occidentales decidiremos quien es un buen o un mal nativo, porque los nativos tienen existencia únicamente en virtud de nuestro reconocimiento. Los hemos creado, les hemos enseñado a hablar y a pensar y cuando se rebelan lo que hacen es sencillamente confirmar nuestra visión de ellos como simples niños, embaucados por alguno de sus amos occidentales.» (Said, 1996: 21)

Así, este imperialismo descrito no solamente refleja a Francia y Gran Bretaña, sino también al ejercido desde los Estados Unidos hacia América Latina, y las décadas del sesenta y setenta fueron los espacios temporales en los que tuvieron que intervenir violentamente para introducir una dominación, puesto que los procesos democráticos no correspondían a lo deseable por ese “nosotros” norteamericano.

A pesar de que el imperio logre dominar o imponer hegemonía, Said de alguna manera encuentra una resistencia que implica una conciencia crítica que les permita alejarse de esta dominación y combatirla, el replicar, negar lo establecido, constituye tomar una postura

sensible a lo que implica la representación, al estudio del Otro, al estudio racial, a la irreflexiva y acrítica aceptación de la autoridad y de las ideas autoritarias, al papel sociopolítico de los intelectuales, y al gran valor de la conciencia crítica escéptica. (Said, 1978: 327 en Ashcroft, 2000: 102)

El análisis de la resistencia, como formas de descolonización, toma principalmente a la “resistencia primaria” relacionada con la recuperación y la defensa del territorio y otra “resistencia cultural” en la que “se realizan esfuerzos para reconstruir una “comunidad pulverizada y salvar o restaurar el sentimiento y el hecho mismo de la comunidad contra las presiones del sistema colonial”” (Said, 1996: 326). La segunda resistencia a la que se refiere Said, involucra el intento de penetrar en las bases culturales y discursivas reproducidas por el imperio, y presionar a que los acontecimientos marginados de un pueblo transformen la imagen dada por el orientalismo, en este caso. Toma a Fanon en tanto su propuesta de crear una conciencia social que no solamente de origen a un nacionalismo, sino que más bien logre superar la dominación del imperio pero sin convertirse en una similar.

Aquí el papel y la función de los intelectuales toman una importancia trascendental, puesto que el mismo Said encarna la crítica a la dominación de occidente siendo un defensor de Palestina. Su texto sobre la *Representaciones del intelectual* enfoca sus observaciones en su papel dentro del espacio público, su relación con los compromisos políticos (Sartre), entre otros temas.

Para este efecto retoma los conceptos de Gramsci sobre los intelectuales tradicionales y los orgánicos y la visión de que la sociedad tiene de ellos, y a Julien Benda. Desde la visión de Gramsci, por un lado los mira como aquellos a quienes es

necesario tomar como referencia para comprender el mundo de lo social y sus contradicciones; y por otro, aquel que representa a un grupo que se disputa, en las relaciones de fuerza, aquellos que “se implican activamente en la sociedad, es decir, luchan constantemente para cambiar las mentes [...]” (Said, 1996: 24). En la reflexión que realiza sobre Benda, enfatiza que los intelectuales constituyen un grupo selecto, de élite, de quienes sin embargo, y esta es la principal fuerza de argumentación, extrae una especie de autenticidad en el sentido de que “movidos por una pasión metafísica y por desinteresados principios de justicia y verdad, denuncian la corrupción, defienden al débil, se oponen a una autoridad imperfecta u opresiva” (Said, 25).

El sentido crítico, como una sus de las principales características, lleva a Said definir al intelectual frente al imperio así:

el intelectual [...] no es un pacificador ni un fabricante de consensos, sino más bien alguien que ha apostado con todo su ser a favor del sentido crítico, y que por lo tanto se niega a aceptar formulas fáciles o clisés estereotipados, o las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias de los que tiene que decir el poderoso o convencional, así como lo que estos hacen (Said, 1996: 39-40).

Este intelectual que construye Said es el encargado de mostrar verdades generales, independientemente de las tendencias políticas o ideológicas a las que se ven adheridos. De esta manera, la forma en que este intelectual ejerce su condición es negar los estereotipos tradicionales, negarse a aceptar los discursos hegemónicos, no conformarse con las simples verdades predeterminadas y mirar críticamente los acontecimientos, en los espacios de lo público. La pregunta respecto al dónde se desarrollan las luchas de los intelectuales se responde con su intervención del espacio público, pero ¿a quiénes representa?

Para Said, el intelectual posee la agencia para decidir a qué bando pertenecer, por lo que podría representar tanto a los grupos dominantes como a los subalternos, desplazado o excluidos. Desde esta propuesta, el enfrentamiento con Gramsci parece oportuno, pues tanto los intelectuales orgánicos como los intelectuales tradicionales obedecen a posiciones dentro del campo, que aparentemente les permite una agencia limitada frente a los grupos a los que obedecen.

Al abordar el compromiso del intelectual, se posiciona en una crítica hacia una profesionalización que los concentre exclusivamente en su tarea. Propone una categoría

de amateur en la que el intelectual tome conciencia, como propietario de capital cultural, de que es capaz de proponer

cuestiones morales que afectan al fondo mismo de la actividad desarrollada en su seno [...] en la medida en que dicha actividad compromete al propio país, su poder, sus modos de interactuar con sus ciudadanos y con otras sociedades. (Said, 1996: 90)

Así puede transformar lo cotidiano en su propio entorno.

Su preocupación está en que los intelectuales se han convertido en meros administradores de la intelectualidad y partes funcionales de un sistema, donde ellos son un engranaje más que le da movimiento, sostiene que tienen un papel fundamental público en la sociedad que poseen cierta autoridad legítima, que le permite interpelar al “otro” para que acepte sus representaciones. Las representaciones de los intelectuales emergen de la actividad misma que no se somete a ningún tipo de dominación (Said, 1996).

América Latina. Paradojas en la definición del campo intelectual

La construcción del campo intelectual en América Latina, resulta una cuestión compleja e imprecisa, por lo que, dentro de toda esta complejidad, mi interés es realizar algunos acercamientos que permitan mirar a los intelectuales latinoamericanos en el espacio público, así como su participación en la construcción de las naciones, la influencia de corrientes políticas, entre ellas las de la Revolución Cubana y el eco que tuvo el Che Guevara en los intelectuales, especialmente desde la mitad del siglo XX;

En América Latina, los intelectuales que tienen un reconocimiento público se ven enfrentados a los gobiernos, apoyándolos o siendo sus detractores, se los reconoce como representantes de comunidades o grupos de la sociedad, tienen ciertos privilegios y prestigio, organizan las protestas, son víctimas y victimarios, responden a diferentes tendencias políticas (liberales, conservadores, comunistas, socialistas, anarquistas, marxistas, nacionalistas, etc.). Los intelectuales representan “el cuerpo móvil o inmóvil que nulifica casi todas las generaciones” (Monsiváis, 2007: 16).

En los debates sobre intelectuales, se pueden identificar los intelectuales como un actor que aparecen en escena y que tienen un reconocimiento en las sociedades de la época, “actores del debate público, el intelectual como ser cívico –“consciencia” de su tiempo, interprete de la nación o voz de su pueblo, tareas acordes con la definición de

los intelectuales como grupo ético-” (Altamirano, 2010: 9). El reconocimiento en el espacio público resultaría ser una de las características en la dinámica de los intelectuales, en especial, en los centros urbanos.

A partir de la década del sesenta

Anterior a la década de los sesenta existió un paisaje austero del campo intelectual latinoamericano remitiéndolo: a universidades que no generan un debate contundente, a una producción cultural discutida en cafés librerías, etc. Sin embargo, a partir de los 60 y con las transformaciones en el campo intelectual que, estuvieron una fuerte influencia de la Revolución cubana en 1959 en la figura de los intelectuales, reconfiguraron los escenarios de luchas por el poder, la cultura y las ideologías. Estas transformaciones se presentaron en tanto que la

expansión de las ciudades destruye la mayoría de las zonas especificadas, la secularización impide que al intelectual se le siga ubicando como el reemplazo del sacerdote, a los poderes constituidos ya no les interesa la legitimación de la ciudad letrada, a los cafés literarios los sustituyen las reuniones de departamentos y oficinas, el culto de la palabra viene a menos debido al reinado del cine y la televisión, y se lee poco y ya sin sentimientos de culpa por no hacerlo o por no hablar “como se debe. (Monsiváis, 2004: 26)

El papel de los intelectuales en estos procesos históricos fue significativo, en tanto su producción cultural y su participación en el espacio público. La ruptura que provocó la Revolución Cubana proyectó sobre los intelectuales debates sobre el compromiso que debían tener frente a las circunstancias históricas; planteaba ir más allá del discurso y generar acción política y organizativa en el mundo industrial de América latina y relacionarse con otros grupos subalternos como los campesinos rurales, por ejemplo.

Es preciso mencionar que frente a lo que representó la revolución en Cuba, los Estados Unidos plantearon una alternativa que se dirigía a controlar y detener los movimientos y adhesiones a los principios revolucionarios, por lo que lanzó su propuesta de Alianza para el progreso que frenó, en algunos países, esos procesos con una intervención militar y que “auspició las guerrillas, los golpes militares y los años de represión más impune en nombre el mundo libre y la democracia” (Hernández Rodríguez, 2003: 53).

Estas dictaduras marcan la historia del sur de América, una historia de violencia y represión, que resultó en la muerte o en exilio de los intelectuales de sus países de origen hacia Europa y otros países de América, y la intervención violenta por parte del estado en las universidades, especialmente en las públicas (Gilman, 1991).

Las dictaduras militares, desde 1960, rompen con el esquema populista que se vivió en las décadas anteriores. Algunos de estos regímenes adoptan tendencias neoconservadoras, y otras como el Ecuador, tienden a manejarse en un autodenominado Nacionalismo revolucionario. Muchas de las características represivas de estos gobiernos crean sensaciones contradictorias en los intelectuales: una de impotencia ante la violencia que ejercía el régimen y por otra parte crear una oposición directa.

Es así que muchas de las prácticas alternativas de producción cultural se desarrollaron en contextos de represión de las dictaduras militares. Para Ana Longoni la producción cultural en Argentina de las décadas de 1970 y 1980 consiste en las “maneras de representar y tematizar la política represiva en diversas modalidades expresivas durante las transiciones” (Longoni, 2005: XII). Algunas de estas modalidades se representan en textos escritos, literarios, que formaron parte del fenómeno del Boom latinoamericano.

A partir de la década del 1960 y en la de 1970, se gesta uno de los frentes intelectuales con mayor participación en el espacio público y que plantearon una postura de izquierda que, tras el triunfo de la Revolución Cubana, se constituyó en un frente hegemónico. Desde el punto de vista de Claudia Gilman esta década

se caracteriza por una unificación en el plano ideológico y político de un frente intelectual internacional, homogeneizado por los procesos políticos de descolonización mundial, el rechazo a todas las potencias coloniales y la sensación de que la “revolución mundial” se ha puesto en marcha. (Gilman, 1991: 337).

Para muchos de los intelectuales, su actividad política y su proyecto de producción cultural significó conectarse con varias tendencias entre ellas las propuestas por Gramsci y el intelectual orgánico, la propuesta de Sartre y el intelectual comprometido que, desde Casa de las Américas provocó el debate.

La legitimidad que ostentaban estos grupos dentro de este campo intelectual le otorgaban una posición dentro del campo que le permitía involucrarse en las luchas por los capitales en juego, el capital cultural y social, principalmente. La afiliación a las tendencias de izquierda (y de mejor semblante si se suscribían como revolucionarias)

era sinónimo de autoridad legítima, a la vez que aseguraba su participación en el campo de la política (Gilman, 1991). Estas luchas hicieron que los capitales individuales se junten en grupos e institucionalicen sus actividades. Políticamente, las disputas por los espacios de discusión como universidades, centros culturales, dirigencia de grupos subordinados o subalternos originaban una búsqueda de control y lograr sus objetivos políticos.

Es pertinente retomar que, las formas de ver a los intelectuales (políticos, pensadores, artistas, escritores, entre otros) circulan entre la interrogante sobre quiénes entran bajo la denominación de intelectuales por lo que se recuerda la propuesta de Edward Said en la que no existe una distinción entre el intelectual y el escritor “en la medida en que ambos actúan en una nueva esfera pública” (Said, 2007: 19).

Muchos de los intelectuales destacados en el campo literario transitaron por el mundo político y fueron parte por ejemplo de Casa de las Américas, de origen cubano, revista de difusión de los principales escritores latinoamericanos. Sus pretensiones se inscribían en transformar el campo de poder en el que el pueblo estaba sometido; es decir, a una dominación simbólica, que no permitía el reconocimiento de soberanía y de libertad.

Los premios que otorgaba la institución

fueron extraordinarias armas contra el bloqueo: no solo neutralizaron desde el punto de vista cultural, sino que lo convirtieron en un argumento de legitimación para reclutar letrados con aspiraciones revolucionarias. (Gilman, 2010: 283)

La difusión de la revista y los premios otorgados constituyeron los mecanismos a través de los cuales los intelectuales podían adherirse y considerarse partícipes y actores políticos. Para las décadas del sesenta y del setenta, los círculos de intelectuales se centraban efectivamente en esta institución y desde aquí, difundían parte de su producción cultural.

Muchos de los intelectuales vinculados a la producción literaria y a la participación política se vieron marcados por una influencia de las editoriales que explotaron el “Boom Latinoamericano”; y miraron a este fenómeno y a sus integrantes (García Márquez, Cortázar, Carlos Fuentes, entre otros) dentro de un campo en el que el mercado les podía otorgar prestigio no solo a nivel local sino mundial.

Con una gran influencia de la categoría del intelectual comprometido, desarrollada por Sartre, intentaron manejarse entre la literatura y la acción; por lo que estas transformaciones artísticas no solamente significaban un cambio en el campo de la cultura de América latina, sino que “equivalía a un paso dado en la transformación del sistema socio-político” (Gilman, 1991:340), que miraba en los intelectuales una forma de materializar y de llegar a la sociedad con una carga ideológica y las representaciones mentales del continente.

Sin embargo, el capital simbólico acumulado por los intelectuales, su educación privilegiada, el entramado de relaciones, les da una posición en el campo frente a aquellos que dicen representar, el pueblo que tiene un acceso limitado a los productos culturales y que mira en los intelectuales su antagónico en términos de clase.

Con el incremento de las universidades públicas y privadas a partir de los años 70, una nueva oleada de especializaciones funcionales al sistema capitalista industrial, hizo que también geminara con fuerza la implementación de las ciencias sociales y las ciencias. Las universidades públicas constituyeron un centro de debate político y de producción cultural que tenía un grado de presencia pública muy reducido.

La Universidad, vista desde la mirada gramsciana, compone uno de los aparatos de formación de intelectuales que permite la transmisión de un capital cultural.

Así, el campo intelectual en América latina, en el periodo de estudio se entretejió entre la actividad literaria-política-intelectual. Muchos de los intelectuales no solamente aportaron en la construcción de un capital simbólico, sino que fueron parte de la aportaron a la conformación de identidades.

La autoridad legítima que ostentan los intelectuales viene, menciona Aguilar “con el privilegio que el discurso literario adquirió con la modernización al desplazar otros discursos –como el religioso o el histórico– en la comprensión de las modificaciones que atravesaba el continente” (Aguilar, 2010: 685).

Esto agrega al escenario de las luchas una tensión sobre las identidades, la legitimidad de éstas dependía de la posición que tenía el intelectual en el campo, es decir, cuanto pesaba su crítica respecto a la acumulación de capital cultural que poseía (su relación con la academia) y su reconocimiento en la esfera pública.

En la década de 1970, en el Ecuador, la Revolución cubana, la represión y las dictaduras militares, los cambios en la economía, en el paisaje de las ciudades tuvieron

eco, principalmente en los sectores de izquierda y configuraron la participación de los intelectuales. Grupos como los Tzántzicos, el Frente Cultural, grupos que se estudiarán en los capítulos posteriores, se posicionaron frente a los acontecimientos de América Latina y el mundo.

Así, la configuración del campo de los intelectuales en América Latina resulta en un entramado de relaciones sociales. Su reconocimiento en lo público como constructores de la Nación, en un primer momento, los ubica en directa relación del mundo de la política, que en cierto momento, los pone al servicio de la hegemonía liberal. Los acontecimientos mundiales y nacionales (económicos, sociales, políticos) hacen particulares los análisis en Latinoamérica, por lo que las referencias a la Revolución cubana, las dictaduras son fundamentales no solamente en la construcción del campo intelectual en el continente, sino también en nuestro país.

Retomando las propuestas de Gramsci, se podría dar una lectura sobre la crisis de hegemonía que en las décadas de los sesenta y los setenta se presentaban desde algunos sentidos, especialmente en la relación con los intelectuales (escritores y artistas) y las clases dominantes. Sus interpretaciones sobre el fin del capitalismo, la militancia política y la crítica desde la intelectualidad ponían sobre la mesa la pronta llegada de una revolución, que encontraba sus síntomas en lo ocurrido en Vietnam y las posturas contrarias a las políticas de los Estados Unidos como el *Black power*, por ejemplo.

CAPÍTULO II CONTEXTO DEL CAMPO INTELECTUAL EN LA DÉCADA DEL 70

Introducción

La época en la que se enfoca este capítulo se encuentra delimitada entre los años 1970 y 1976, puesto que las transformaciones políticas y sociales, así como el crecimiento económico que provocó la explotación petrolera produjeron cambios en las geografías de las grandes ciudades, y en las formas de interpretar las condiciones que se vivían.

El acelerado crecimiento de las zonas urbanas de Guayaquil, Quito y Cuenca, entre las más importantes, que se presentó en este periodo fue el resultado de una migración interna que puso en el escenario a distintos grupos sociales como los trabajadores vinculados a la industria, a los pertenecientes al sector público, entre otros que posibilitaron la organización política y promovieron alianzas con otros actores que intentaban conseguir reivindicaciones históricas, como el movimiento indígena y sus reivindicaciones agrarias.

El papel de los militares en esta etapa resultó en la conformación de uno de los actores claves en las transformaciones de la década. Luego de que en la década de 1960 se viviera una inestabilidad política que no permitía consolidar un proyecto nacional que se caracterizó, según los militares, por “el desmesurado interés individual de unos cuantos ambiciosos que durante muchos años llegaron al poder sin un programa de gobierno...” (Armada del Ecuador, 1973: 11 en Quintero, 1998: 228), el rol de los militares fue el de lograr una “revolución nacionalista” que no solo reorganizara el campo político, sino que guiara a una modernización del país.

Estos fenómenos estructurales, el crecimiento de ingreso por la explotación petrolera; el fortalecimiento de sectores sociales como el de los trabajadores industriales y públicos, los estudiantes, indígenas, campesinos y otros, derivados de los cambios demográficos, económicos y sociales, dieron como resultado un resurgimiento de estos sectores en el escenario político.

Los discursos militares presentados en su *Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador* buscan aglutinar a todos los sectores de la sociedad, especialmente aquellos fuera del manejo político. Este acercamiento a los grupos indígenas, clases medias y la aplicación de las políticas con afanes modernizadores, reflejo cierta tolerancia frente a los grupos de izquierda, que en

la década del sesenta representaban una amenaza constante al poder estatal, especialmente militar.

En este marco, surgió el Frente Cultural, conformado por un grupo de intelectuales, identificados con la izquierda, herederos de la acción de los Tzántzicos. La difusión de su pensamiento se plasmó en dos revistas, principalmente: Procontra y La bufanda del sol, publicada por la Editorial Universitaria. Esta producción da cuenta de un intento por desarrollar teorías y un pensamiento crítico (desde la sociología) que oriente el accionar no solamente las organizaciones políticas sino también el papel de los intelectuales frente a las nuevas realidades de la década.

Así, el tratamiento sobre los cambios estructurales, sociales y políticos en este capítulo, darán cuenta de los procesos económicos, políticos, sociales en los que se suscribió el campo intelectual del Ecuador

Hay que señalar que el contexto histórico que rodea al campo intelectual, necesita de los antecedentes que involucran abordar algunos momentos importantes de vida nacional, como aquellos que rodean a la Revolución Juliana, en relación a las vinculaciones políticas y estéticas de los intelectuales a las instituciones estatales, grupos subalternos como los indígenas y a la producción cultural. La inclusión de este periodo no solamente responde a la relación de los intelectuales del setenta, en tanto a la crítica literaria del realismo social, sino también la relación de política que estos intelectuales tuvieron con el Estado y otros grupos subalternos.

Además, se retoman los momentos más significativos de las décadas posteriores, como la Guerra del 41 y sus efectos, el populismo y los intentos de fortalecer una cultura nacional y cómo en la década del 60 en un entorno de inestabilidad política, económica y social, la presencia de colectivos estéticos (Tzántzicos), marcaron una forma de producción cultural crítica a las instituciones y a las formas tradicionales de difundir la cultura.

Con estos antecedentes se podrán plantear los principales lugares enunciación de los intelectuales, que desembocaron en la década del setenta con el Frente Cultural y el papel de la UCE como uno de los principales lugares donde los intelectuales podían desarrollar su producción cultural y su crítica.

Antecedentes para el análisis de la década del setenta

Crisis, Revolución Juliana y los intelectuales de la Generación del 30

La crisis en Europa, luego de la Primera Guerra mundial, originó el desplome de las exportaciones de cacao y con ello el desgaste político y económico del liberalismo. Esto se agravó con la gran depresión económica a partir de los años 30.

En el Ecuador la crisis internacional no pasó inadvertida, por lo que una fecha clave en la historia es el 9 de julio de 1925, día en que la Revolución juliana logró aglutinar a líderes liberales, conservadores, junto con las fuerzas militares, como una respuesta al “bloque conformado por la burguesía agromercantil de Guayaquil y a sus socios subordinados, los terratenientes semif feudales de la sierra” (Cueva, 1979: 291) que obtuvo hegemonía después del asesinato de Eloy Alfaro.

A partir de la Revolución Liberal (1895) se consolidó una base económica agroexportadora, principalmente de productos primarios, que se cuadruplicó y que alcanzó una cifra de “20 millones de dólares” (Cueva, 291) en 1920. El monto que representaron las importaciones en las primeras décadas del siglo XX, sirvió para satisfacer las necesidades de la burguesía Guayaquileña. Agustín Cueva menciona que

más del 70% se ha destinado a las importaciones, [...] de bienes suntuarios, dedicándose el resto a la realización de algunas obras de modernización de Guayaquil, a la ampliación de la propiedad territorial rural y urbana [...] la burguesía, a la subvención de los gastos de los barones del cacao residentes en París. (Cueva, 291)

Y que parte de estos ingresos se destinaron al pago de la deuda interna contraída por parte del estado con el Banco Comercial y Agrícola administrado por los grandes poderes económicos de guayaquileños, principalmente.

Este bloque intervenía directamente en las decisiones estatales, por lo que la intervención del Estado en este periodo era mínima. A partir de los cuestionamientos que originó la crisis internacional, también se discutió la participación de estos pequeños grupos que ostentaban el poder económico, no solamente en el Ecuador sino en toda América latina.

Esto sumado a las divisiones dentro de los partidos políticos y pugnas por mantener lo que se denominó el modelo agroexportador de las primeras décadas del siglo XX, condujo a las revueltas y la Revolución. El 15 de noviembre de 1922, con las centenas de muertes resultado de la represión hacia el movimiento popular, “Es el momento en que se condensan y estallan todas las contradicciones acumuladas por el

desarrollo de un capitalismo a la vez contemporáneo y primitivo” (Cueva, 1978: 109). A pesar de las primeras formas de industrialización y modernización, se estancó en el país un modelo manejado por los poderes hegemónicos de las oligarquías agroexportadoras.

Tanto el partido liberal como el conservador vieron en la “juliana” la oportunidad de cambiar el modelo económico y político dominado por las oligarquías agroexportadoras, por lo que estos grupos y otros, de los cuales “los militares eran la cabeza visible de una compleja coalición de grupos sociales” (Espinosa, 2010: 591).

El rol de los militares fue importante no solamente en esta toma del poder, sino en las de las décadas del sesenta y del setenta. Su rol autoimpuesto se reflejó en la oportunidad de promover políticas estatales que los civiles no fueron capaces de gestionar en sus mandatos y de las que la modernización de país era una de ellas.

Ya en el poder los representantes de esta revolución, entre ellos militares y civiles (Isidro Ayora) empezaron a incorporar algunas políticas en tanto transformación del Estado.

La creación del Banco Central del Ecuador, con la asesoría de Edwin Kenmerer, y otras instituciones como la Superintendencia de Banco, la Contraloría General de Estado, la Dirección General de Aduanas aportaron al control de las finanzas públicas. Además, el proteccionismo que alimentaban los movimientos de la Revolución juliana, por lo que se creó la Caja de Pensiones y Jubilaciones y el fortalecimiento del Ministerio de Previsión Social y Trabajo.

También, en el ámbito político, existieron movimientos que propiciaron el nacimiento de una “política de masas que buscaba movilizar a grupos excluidos y el corporativismo que dividía al cuerpo social en grupos funcionales claramente diferenciado y los subsumía bajo el Estado” (Espinosa, 2010: 588).

Con la Revolución Juliana muchos grupos políticos de izquierda, comunistas y socialistas, se posicionaron frente a la crisis del liberalismo y a los grupos hegemónicos, agroexportadores y terratenientes. Rodríguez Castelo señala que “en lo político los empeños de la generación se canalizaron hacia el partido socialista” (Rodríguez, 1981: 90), se incrustaron en una propuesta proteccionista que otorgaba al Estado una mayor participación; donde algunos de sus militantes encontraron en la literatura un instrumento de crítica ante los poderes dominantes.

Estos cambios que intentaron centralizar el poder del estado y quitar de las manos de las oligarquías la potestad de manejar la economía del Ecuador a su antojo, significó una modernización del estado que, no logró realizar transformaciones estructurales que permitieran el desarrollo de los sectores subalternos, que empezaban a involucrarse en formas de organización y de reconocimiento político.

De estas condiciones, los militares, las oligarquías agroexportadoras, los terratenientes, los partidos y movimientos políticos fueron actores significativos, incluyendo a las nacientes clases medias, en las décadas tratadas en este acápite.

Clases medias y su relación política con los grupos subalternos. Intelectuales y la literatura

Una de las características de estas primeras décadas del siglo, a más del desplome de las exportaciones del cacao y la crisis mundial que se arrastró, cuya cúspide fue el año de 1929, y que tras ella desencadenó una de las peores trances financieros de la historia, fue la presencia de las clases medias y bajas en el escenario político y cultural.

Para Agustín Cueva, un sector importante de la clases medias que se movilizó antes, durante y después de los hechos suscitados el 9 de julio de 1925 estaban

políticamente representadas por aquel joven estamento militar que asume el gobierno en nombre del “hombre proletario”, para modernizar el Estado y llevar adelante una serie de reformas “antioligárquicas” (Cueva, 1993: 110-111).

Estos sectores fueron el asidero donde los movimientos políticos buscaban organizarse, movilizarlos e incluirlos en las nuevas formas del Estado, como menciona Carlos Espinosa, en relación a los grandes acontecimientos de Europa (Revolución Rusa, el nazismo y el fascismo) y los movimientos políticos ecuatorianos que “la política debía movilizar a las masas e incorporarlas a un régimen político estatista bajo un esquema corporativista” (Espinosa, 2010: 598).

Además de los militares, los partidos políticos de izquierda (comunista y socialista) intentaban organizar a la clase obrera e incluir a otros grupos, movilizarlos y vincularlos a una participación dentro de las políticas sociales que el Estado intentaba construirse después del desgaste del modelo oligárquico. Aunque

inveterados tradicionalistas, millonarios intereses oligárquicos, la acción amortiguadora de la iglesia católica y la llegada a la escena

política de un caudillo populista, [...], habilísimo para captarse grupos marginales de la población urbana distrayéndolos del reclamo eficaz de sus grandes derechos de clases, dieron al traste con cualquier empeño radical realmente serio. (Rodríguez, 1981: 90)

La izquierda, no solamente en el Ecuador sino en América latina, empleo su potencial ideológico y de acción en incluir a los sectores subalternos (obreros, campesinos, indígenas) “a la idea de la nación” (Coronel, 2009).

La formación de la izquierda en el Ecuador estaba basada en la participación política y militante de las clases medias de las primeras décadas. “En la base social de la izquierda se encontraban profesores, empleados públicos, profesionales y líderes gremiales” (Ibarra, 2008: 10), que junto a los intelectuales tenían la función de conducir a los cambios y las luchas sociales.

La fundación del Partido Socialista en 1926 logró integrar en cierta forma a los sectores bajos y medios, campesinos y obreros a las actividades del Estado. Muchos de los militantes del partido actuaban como funcionarios en las nuevas instituciones públicas como el Ministerio de Previsión Social y Trabajo. A través de las instituciones estatales, se lograron comunicar ciertas demandas de los sectores que aspiraban ser incluidos en los proyectos estatales⁵.

A la luz de las recientes publicaciones, es posible mirar que la movilización popular ya se consolidaba con la vinculación de grupos de distintas clases y etnicidades desde las primeras décadas del siglo XX y que se existía una identificación con grupos políticos, por ejemplo, los de izquierda. Esto plantea que

Velasco era el primero en interpelar a las masas ni se asentaba sobre un vacío moral, pues desde mediados de los veinte se venían forjando referentes de identificación popular que había ido del liberalismo a la izquierda y que capitalizaban identificaciones surgidas del conflicto agrario en la sierra y la costa. (Coronel, 2013: 386)

Una de las formas identificación y vinculación entre los grupos políticos de clase media y los subalternos, se presenta en la relación que tenían grupos de izquierda como los

⁵ La conformación de una ciudadanía corporativa, como lo expresa Valeria Coronel, “sustituto, por largo tiempo, a una postergada ciudadanía individual, pero sirvió para una evolución estatal capaz de introducir políticas de redistribución y dar signos de representación política independientes del poder gamonal que fueron eficientes para activar la ciudadanía y traducir el conflicto” (Coronel, 2009: 329), así se definieron nuevas formas de participación y movilización de los excluidos de la nación.

Partidos Socialista y Comunista con el Estado a través del Ministerio de Previsión Social y Trabajo. Esta cercanía tanto con el Estado como con los grupos de campesinos, especialmente, permitió una representación legalmente las demandas de los campesinos contra los abusos de los dueños de la tierra. En este contexto, los intelectuales vinculados al Partido Comunista como

Joaquín Gallegos, Enrique Gil, José de la Cuadra y Alba Calderón, [...], acompañaron el esfuerzo organizativo en la costa, en el camino de la creación de la Federación Provincial de Trabajadores del Guayas, hasta constituir lo que Joaquín describe como una política de la Historia. (Coronel, 2013: 390)

Es este escenario, escritores, intelectuales participaron como impulsores de estos vínculos. Para Ayala Mora,

Desde los años veinte hacia acá el socialismo y la izquierda incidieron decisivamente en la construcción y crecimiento de las centrales obreras y populares y promoviendo otras formas de organización. En esos años, el socialismo retomó la bandera del laicismo y sus conquistas. Tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de una cultura militante, que se expresó en el auge del realismo social en los campos de la Literatura y la Plástica. (Ayala, 2005: s/p, en Serrano, 2005: 47)

Uno de los espacios donde se podían expresar los principios de las izquierdas era precisamente la literatura, y desde aquí “dar a las clases medias — y, de ser posible a las populares — conciencia y sensibilidad política nuevas” (Rodríguez, 1981: 90).

El movimiento literario de los años 30 constituyó

el primer proyecto de articular, desde el seno del lenguaje, una auténtica cultura nacional-popular, singularizado por un programa de reivindicación de los valores genuinamente populares: habla, cosmovisión, personajes y entorno. (Proaño, 2007: 125)

Autores como Joaquín Gallegos Lara, Alfredo Pareja Diezcanseco, José de la Cuadra, Enrique Gil Gilbert, produjeron no solamente narrativa en el periodo sino también crítica literaria que analizaba el compromiso político en la literatura frente a las vanguardias representadas por Pablo Palacios, Humberto Salvador, entre otros.

Así, este grupo de intelectuales bautizado como la Generación del 30, se posicionó, desde lo político, lo cultural y lo literario, como un lugar de enunciación del pensamiento crítico ecuatoriano de esa época.

De la Gloriosa, del populismo y los debates sobre la cultura nacional

Los acontecimientos que giraron en torno a la Revolución Gloriosa de 1944, tuvieron efectos en todos los espacios de lo social. La marcada influencia del populismo en las dinámicas políticas, desde la década del 30, provocó una crisis que se extendió hasta los años 70, que tuvo en Velasco Ibarra y al CFP sus principales actores.

La crisis de dominación (Agustín Cueva) que relevó al partido liberal de la hegemonía ejercida desde 1895, y que disolvió las alianzas con los terratenientes de la costa y los efectos de la Revolución Juliana; las secuelas de la crisis económica mundial, que resultaron en el desplome de las exportaciones del cacao; y las no eficientes políticas de inclusión de otros grupos sociales a los proyectos nacionales, fueron el caldo de cultivo para el desarrollo de formas populistas de hacer política.

Luego del gobierno de Isidro Ayora y de Neptalí Bonifaz, y con un conflicto que significó la *Guerra de los Cuatro días* (1932), en la que los conservadores movilizaron a la Compactación Obrera Nacional, como principal participante, subió al poder Juan de Dios Martínez Mera, que no logró aplacar el malestar social. De aquí que las movilizaciones de

masas marginales conformadas a consecuencia de la crisis y que ahora ya no obedecían estrictamente a directivas conservadoras, sino que empezaban a aglutinarse en torno a un caudillo que iba a marcar hondamente el rumbo político del Ecuador: José María Velasco Ibarra. (Cueva, 1979: 301)

Esto desembocó en la elección de Velasco Ibarra en 1933 y una época en la que el caudillismo estaba presente en el escenario político nacional.

Para la década de 1940, las condiciones de la Segunda Guerra mundial agudizaron la crisis económica mundial que, sin embargo, se tradujo, para el Ecuador en un incremento de las exportaciones de 10 millones de dólares en 1942 a aproximadamente 29 millones en 1944, y en una inflación que hizo más precarias las condiciones de las clases populares.

Sumado a esto, el resultado de la derrota de la Guerra Ecuador-Perú en 1941, en el Gobierno de Carlos Arroyo del Río, y la firma del tratado de Río de Janeiro resultó en una efervescencia popular urbana y como resultado la llamada Revolución Gloriosa “En el preciso momento en que se vive el hundimiento, [...], de la nacionalidad ecuatoriana” (Polo, 2002: 24) en 1944, y que fue encabezada por Velasco Ibarra y apoyada, entre otros grupos, por la Acción Democrática Ecuatoriana (ADE) “una heterogénea coalición

socialista, comunista y conservadores que capitalizó el descontento popular” (Ayala, 2008: 103).

Este proceso no encarnó un cambio en las estructuras a pesar de la movilización de todos los sectores políticos, sino más bien, por la inacción de Velasco. Menciona Carlos Espinosa, “El Ecuador volvió al cauce del modelo agro-exportador y pro-mercado que se erigía sobre un sistema político excluyente basado en la marginalización de un altísimo porcentaje del electorado potencial” (Espinosa, 2010: 605).

Una de las instituciones culturales que tuvo gran trascendencia en el campo intelectual fue la Casa de la Cultura Ecuatoriana creada en 1944 y que tendió a robustecer e impulsar los diferentes campos de la cultura nacional y las ciencias, a la vez defender a la “Pequeña Nación”, que debía “ser un pueblo grande en el ámbito de la espiritualidad, de la ética, de la solidez institucional, de la vida tranquila y pulcra” (Carrión, 2009: 53) y que originó los debates frente a la cultura nacional popular, temática que se tratará en el Capítulo cuatro de este trabajo.

En este panorama político, social y cultural, la CCE, constituyó un centro de difusión cultural que reivindicaba los valores de la cultura nacional popular.

El populismo

La representación popular en las décadas anteriores al setenta, estuvo marcada principalmente por la figura del caudillismo que “suplió de manera relativamente eficaz la debilitada y casi inexistente estructura de los partidos políticos en los distintos niveles de la estructura política.” (Argones, 1985: 24).

Los partidos políticos tradicionales, oligarquías agroexportadoras y terratenientes, no miraron a los grupos subalternos. Esta imagen del caudillo entró en escena como la alternativa y se volcó a conquistar los estratos populares, y se caracterizó por ser inestable, con una deficiente organización y una falta de planificación a largo plazo.

Así, es posible utilizar el concepto que presenta Di Tella sobre el populismo en el que lo propone “como un movimiento político que desafía a las élites establecidas en nombre de la unión entre el líder y “el pueblo” (no diferenciado por grupo o clase)”. (Di Tella, 1978: 334 citado en Martz, 1989: 328).

Este populismo tiene entre sus figuras a José María Velasco Ibarra, que en sus cinco veces en ejercicio del poder, no formó parte de ningún partido político específico. Ideológicamente, para llegar al poder en las diferentes ocasiones, se alió con los conservadores, con los liberales, los socialistas. Su discurso miraba a las clases subalternas, al “pueblo”, concentrado en las zonas urbanas, y urbano marginales, como un actor, como el sujeto de la política que, por encontrarse en la periferia de las estructuras políticas, aceptaba al populismo como una alternativa, que los interpeló en el discurso que no representaba a una clase. Este discurso ejerce una dominación simbólica que es legitimada por los mismos actores, en este caso el “pueblo”.

El discurso enfrenta a las clases populares a los grupos hegemónicos, es decir: “la formula “oligarquía-pueblo” resumía [...] una generalización y una consigna de convocatoria atractiva para el discurso; pero no tenía un proyecto ideológico y político de respaldo, tendiente a la modernización” (Argones, 1985: 25). Reivindicó lo popular, pero creó una gran inestabilidad política. En el caso de Velasco Ibarra, los discursos que pronunciaba atacaban a las oligarquías, las mismas que financiaban sus campañas electorales, e intentaba obtener el respaldo de las Fuerzas Armadas que en el 1972, lo derrocaron del poder.

Mientras tanto, el CFP, en primera instancia, encabezado por Carlos Guevara Moreno y luego liderado por Assad Bucaram, intentó incorporar al discurso político a los marginales que habitaban, especialmente, las zonas urbanas de la costa. Sin embargo, no los hizo actores que participen directamente en las decisiones políticas, sino que ejerció una manipulación desde arriba.

Siguiendo a Laclau, este movimiento populista utiliza a “el pueblo” como un significado vacío que sirvió como paraguas bajo el que se reconocieron grupos de los descritos anteriormente, clases marginales, por ejemplo. Los nombra peyorativamente y profundiza las diferencias de clase. Desde el plano de lo simbólico, estas representaciones del pueblo hacen más profundas las diferencias con los grupos dominantes.

En el caso del CFP, las tensiones se radicalizaron frente a las oligarquías agroexportadoras, lo que provocó una división en la sociedad guayaquileña.

El CFP marcó desde sus inicios el discurso de inclusión del “pueblo”:

la incorporación activa de las masas populares a la vida política y al control de los servicios públicos para impedir que estos degeneren en

simple usufructo de las oligarquías influyentes; porque sólo revertiendo la acción del Estado hacia el servicio público y el servicio social, se puede colocar al pueblo en las condiciones de un pueblo satisfecho y seguro. (Ortiz, 1977: 213 citado en Martz, 1989: 335-336)

Estas prácticas discursivas, articularon las necesidades de los sectores populares al contexto de la política nacional y plantearon una propuesta, no contra las élites políticas como en el caso de Velasco, sino contra las estructuras mismas de poder.

La asunción de las Fuerzas Armadas se justificó en evitar que Assad Bucaram llegue al poder por vías democráticas (Espinosa, 2010).

En primer lugar, hay que tomar en cuenta que el discurso liberal oligárquico, hasta cierto punto, se torno obsoleto y ahí es donde el discurso del CFP encontró como mecanismo de irrupción el deslegitimar los espacios tradicionales y reivindicar a las clases populares en el espacio público y político.

La movilización de los actores sociales, en este caso los sectores populares, es otro de los aspectos importantes a tomar en cuenta, puesto que el poder de organización de los líderes caudillistas demostró “gran maestría en el uso del slogan, panfletos, marchas y símbolos políticos” (Martz: 336), también utilizaron a la prensa para deslegitimar a los grupos oligárquicos, se tomaron medios de comunicación e instituciones estatales y a causa de ello Guevara Moreno fue recluido en el penal García Moreno de Quito. Estos mecanismos lograron que los sectores populares de la costa se aglutinaran en las filas del CFP.

Políticamente, su doctrina se puntualizó como puramente ecuatoriana y fue definida en *Diez puntos doctrinarios*. A pesar de los discursos encendidos de un cambio radical sus objetivos fueron de carácter reformista más que revolucionario:

el partido combinaba ataques radicales, muchas veces desenfrenados, en contra del sistema existente, con un programa de reformas estatales dirigidas a fortalecer más que a suplantarlo el sistema. (Martz: 340)

El “Nacionalismo Revolucionario” y la modernización en el Ecuador

Desde la década de 1960, el Ecuador vivía en crisis política y económica. El desgaste de los partidos políticos tradicionales (conservador y liberal), la poca fuerza de las otras aristas políticas (la izquierda, la social democracia y otras), devinieron en el populismo, cuya figura emblemática fue José María Velasco Ibarra, esto junto a la crisis económica provocada por la caída de las exportaciones de banano y el cambio hacia la

comercialización del petróleo, crearon un ambiente de tensiones que, sin embargo, fueron el marco en el que la modernización y el reformismo encontraron cabida. En este contexto las fuerzas militares se convierten en uno de los actores fundamentales de las transformaciones en el país.

La toma del poder por los miembros de las Fuerzas Armadas en 1972 significó un proceso de reformismo que se presentó como el tercero (después la Revolución Juliana de 1925 y la Junta Militar, 1963-1966) en el siglo XX, en el que los militares tomaban el poder, y que deslegitimaba la capacidad de los civiles en el manejo de las políticas estatales y, más aún con la presencia del gran capital económico que representaban los ingresos por la explotación y comercialización del petróleo.

La intervención militar (recordando a Laclau y Mouffe) pudo ser el resultado de una dislocación de la hegemonía existente, en donde los militares encontraron un significativo vacío, la modernización. Esto implicó que se definan como un nuevo actor dentro del mundo de la política y que se legitime su discurso, a través de una condición de rescate de la patria, la única alternativa de transformación, frente al caos que significaba el populismo.

El nacionalismo que propagaron nació de ese vacío político que se reflejaba en un la construcción de un Estado capaz de introducir los cambios necesarios que le permitiesen convertirse en el actor fundamental de los procesos de modernización. Los militares, ya en el ejercicio del poder del Estado, intentaron dar ese paso hacia las transformaciones que promovieran la modernización e impulsaran al país a ingresar en los mercados capitalistas, con una fuerte presencia del Estado, que en décadas pasadas estaba en poder de las oligarquías terratenientes y agroexportadoras.

Según la representación que tenían de sí, plasmada en la *Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador*, se definen como aquellos sobre los recaía la salvación del Ecuador, un país sin una representación política que dirija los destinos de los ciudadanos, es decir, los

responsables de la supervivencia del Estado Ecuatoriano, al haber asumido el Poder sin líderes ni caudillos, sino como Institución, lo hace dispuesta a implantar una nueva doctrina política ideológica nacional que permita llevar a cabo las transformaciones sustanciales en el ordenamiento socio-económica y jurídica que exige la República. (*Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador*, pág. 2)

En esta consideración, es importante tomar en cuenta la misión mesiánica que se atribuyeron, la fuerte crítica hacia el populismo en la figura de los caudillos. Aunque en esta representación no es explícita, la deslegitimación de los poderes civiles se puede leer en la toma del poder como una institución que apartaba la capacidad de los actores civiles de generar los cambios que se requerían.

A pesar de la crítica que realizaban a los civiles recibían el respaldo, especialmente de la izquierda. Para Agustín Cueva, esta corriente “nacionalista revolucionaria” tuvo influencia de los procesos de desarrollo de la izquierda y menciona que fue el

reflejo [...] de una ardua lucha de la izquierda ecuatoriana que había venido expresándose con fuerza cada vez más creciente en la clase obrera, en el movimiento estudiantil, entre los intelectuales patriotas, e incluso ganado terreno [...] entre sectores relativamente amplios de la tecnocracia. (Cueva, 1979: 318)

Por esto algunas de las políticas tomadas por el régimen militar fueron apoyadas por esta tendencia política.

En el escenario latinoamericano, las dictaduras del cono sur se caracterizaban por una violencia hacia los grupos de izquierda de países como Chile, Argentina y Uruguay, sin embargo, para algunos de los entrevistados como Raúl Pérez e Iván Oñate, en nuestro país resultó blanda, es decir que la represión, especialmente, con Rodríguez Lara, no fue significativa. Carlos Espinosa define a la dictadura ecuatoriana “como una dictadura de centro izquierda poco represiva” (Espinosa, 650).

Aquí, se presentan varias interrogantes sobre las posturas de la izquierda en el Ecuador respecto a los discursos sobre la modernización, el nacionalismo y las relaciones con la CEPAL.

Ejes de acción del régimen militar

Los cuatro ejes planteados desde la *Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador* que identificaban la acción de la dictadura de Rodríguez Lara fueron: el revolucionario, el nacionalista y de desarrollo autónomo, social humanista y disciplinado. Con estas características intentó poner en marcha su plan modernizador. Entre las principales líneas de acción de la dictadura militar estuvieron: dinamizar el papel del Estado, la administración de los ingresos petroleros,

una política agraria, el impulso al campo de la industria a través de inversión estatal y apoyarlo con el crecimiento de la burocracia, además de ““integrar” por medio de vínculos culturales las diversas regiones del país” (Quintero, 1998: 221). Instituciones como la Junta Nacional de Planificación (JUNAPLA), el Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), La Conscripción Agraria Militar Ecuatoriana (CAME), los programas “Alas” (para la Cultura, para la Salud, para el Desarrollo) o a través de programas como “Acción Cívica”, entre otros, constituyeron no solamente mecanismos para difundir la ideología del “nacionalismo revolucionario”, sino que como medios para “mejorar la posición de las fuerzas militares en la población” (Quintero: 221) y además, como mecanismo de control que frenaran el surgimiento de grupos insurgentes.

Para Argones, el proyecto nacional de las Fuerzas Armadas significó “el primer régimen político que partía de una base coherente e integrada de un propósito antioligárquico y modernizante para el capitalismo tardío ecuatoriano” (Argones, 1985: 72). Esto frente a la inestabilidad política y la crisis que vivía el país a finales de la década de 1960, el mismo autor interpreta de reinterpreta el papel de los militares de la siguiente forma:

En el pasado previo a 1972, la inexistencia de un régimen de partidos y la subyacente falta de unificación de las distintas fracciones de la burguesía en el nivel nacional, imposibilitaron que desde la política se construya un proyecto social verdaderamente modernizante y, consecuentemente, antioligárquico [...] (Argones, 1985: 32)

Así, lo modernizante se interpreta para un segmento de los intelectuales de la izquierda como antioligárquico, que coincide con los planteamientos de la CEPAL, el desarrollismo norteamericano y sus programas de Cooperación para América Latina y las Fuerzas Armadas.

En este sentido, las políticas emprendidas por el régimen fueron casi inmediatas, entre ellas: la restitución de los campos de petróleo ubicados en la costa ecuatoriana y la recuperación del 25% de las acciones de la Anglo Ecuatorian Oil y la Texaco Gulp, respectivamente; además, de la negociación del periodo de concesión de 40 a 20 años. Una política de nacionalización se puso en marcha con proyectos como la construcción de la refinería de Esmeraldas, bajo la administración del Estado ecuatoriano, a más de promover la institucionalización de estos proyectos en la Corporación Estatal Petrolera

Ecuatoriana (CEPE); y la integración a organismos regionales como la OLADE y a mundialmente a la OPEP. (Cueva, 1979)

Una de las políticas que tendía a restar fuerza a las oligarquías era el tema de la reforma agraria, la que resultó difícil de plasmar por la resistencia del poder de los terratenientes de la sierra, y la toma de tierras por parte de los indígenas. Sin embargo, en 1973 se expidió la Ley de Reforma Agraria y se concretó en la repartición de las tierras no utilizadas por los hacendados, que fortaleció el minifundio y la organización campesina; y la eliminación definitiva de la figura del huasipungo. Es así que se “permitió el reparto de tierras de haciendas que no se estaban utilizando [...] y exigió que los campesinos que alquilaban parcelas bajo los esquemas de inquilinato o aparcería adquirieran a título las mismas” (Espinosa, 2010: 652)

Esta transformación se la considera como una de las más importantes en torno a las decisiones tomadas en los años de dictadura. A pesar de que no es este gobierno el que comenzó con el proceso de reforma, sí intenta acelerarlo e imponerlo, para lo que, en su condición de ejercer la violencia legítima, presionaron a los terratenientes que se oponían a las políticas modernizadoras y la no precarización del trabajo campesino. De esta manera, el papel del estado fue fundamental para realizar dicha reforma; aunque no tuvo los resultados en aceleración esperados promovió las políticas modernizadoras.

La inversión pública, según Argones y Espinosa, fue otro de los mecanismos con que el régimen militar pretendió minimizar el poder de los grupos tradicionales al realizar inversiones en educación, industria, desarrollo hidrocarburífero, educación, agua potable y alcantarillado, siendo los más débiles los correspondientes a salud y la reforma agraria (Argones, 1985). Así, “las empresas públicas se multiplicaron hasta controlar todos los servicios públicos, mientras la banca pública se convirtió en una fuente importante de crédito” (Espinosa, 656). Como resultado de este gasto público se incrementó la burocracia y se fortaleció a la clase media. Algunas de las empresas creadas en este periodo fueron: CEPE, Cemento Chimborazo y otras. La creciente inversión del gasto que implicó mantener esta burocracia, entre otras políticas como la mantención de altos subsidios, provocó un incremento en el endeudamiento externo.

La expansión de los centros urbanos fue una de las imágenes visibles de las transformaciones que las políticas de los militares significaron para las principales ciudades del país. La migración hacia las principales ciudades, Quito, Guayaquil y

Cuenca, que se produjo desde 1950, con el Boom petrolero se intensificó, cuyo resultado fueron los grandes cinturones de pobreza.

A pesar de que las dictaduras de América Latina se consideraron como ejecutoras violaciones a los derechos humanos, de derecha represiva como las de Argentina, Brasil y Chile, y plantea algunas de los posibles motivos que la diferenciaron del resto de continente. Uno de ellos remite que el ejército ecuatoriano tiene su origen en la clase media, no vinculada a la derecha; una de las principales razones se fundamenta en que la toma del poder por parte de los militares no respondió a las amenazas de la expansión comunista, sino más bien a falta de un proyecto nacional desde los gobiernos civiles que encamine hacia la modernización y a la inclusión de sectores subalternos de la población.

Escenario político en torno a la dictadura militar de 1972

El escenario político en el que las fuerzas armadas, representadas por Rodríguez Lara, tomaron el poder, se encontraba debilitado por la crisis de representación política de la década del sesenta. Con esta fragmentación aparecieron nuevas tendencias identificadas con la modernización, por ejemplo: la Democracia Cristiana cuya figura distintiva era Oswaldo Hurtado; y la Izquierda Democrática, liderada por Rodrigo Borja, entre otras tendencias que representaron a los grupos subalternos, sindicatos, campesinos y que se identificaban con las izquierdas. Estos grupos serían fundamentales en las contiendas políticas en la década de los 80 con el retorno a la democracia.

También aparecieron los grupos reformistas progresistas, que se articulaban a los actores civiles y militares. Argones presenta las categorizaciones de las tendencias políticas en el Ecuador, en el contexto de estudio, de la siguiente forma:

El tradicionalismo político, expresa básicamente una concepción oligárquica del sistema político, y consecuentemente del propio rol del Estado en la economía y en la política de la formación social ecuatoriana.

Los partidos reformistas, se asumen como partidos de la modernización social y política, u lo son en un cierto sentido. (Argones, 1983: Cap. 2: 4)

Estas concepciones son importantes en la coyuntura histórica que vivió el país a finales de los sesentas y principios de los setentas, puesto que uno de los objetivos que proponen las Fuerzas Armadas es el de promover un cambio en las estructuras, y en este

sentido, la estructura política no está exenta de este objetivo. El desarrollo de la democracia y la participación de los regímenes militares, en distintos momentos de la historia del Ecuador en el siglo XX, tienen una relación importante, puesto que el desarrollo del capitalismo y demás cambios sociales importantes (clases, acción colectiva, estructura del Estado) se presentaron mientras se mantenía en control militar (García, 1989).

Una de las corrientes más fuertes que se presentó como antagónica frente al régimen militar fue el populismo. Es necesario mirar sobre las dos principales perspectivas de esta forma de hacer política en la que sus figuras públicas tenían tintes caudillistas. En primer lugar, la figura emblemática de José María Velasco Ibarra y por otro lado la Concentración de Fuerzas Populares (CFP), con mayor peso en la costa y que tiene en Assad Bucaram a su principal representante. Es más, una de las formas para impedir el supuesto ascenso de Bucaram a la Presidencia de la República es el golpe militar de 1972 (Espinosa, 2010).

Antecedentes del escenario político

Para el año de 1968, Velasco Ibarra asumió su quinto mandato que transitó en medio de una crisis económica y social, en la que la baja en las exportaciones bananeras, devino en movilización de obreros, crisis económica y una crisis política que lo llevó a declararse dictador en 1970 y que resultó en la toma de los militares en 1972.

La inestabilidad política que se vivía, en términos de Laclau y Mouffe, fue una dislocación, en la que no existió una clase, un movimiento o un partido que tenga el impulso necesario para modernizar y llevar adelante la reestructuración del país. La legitimación de los militares se dio a través del uso de la fuerza.

Los militares surgen de ese resquebrajamiento de la hegemonía, de un vacío provocado por la falta de un proyecto político de los grupos que se disputaban el poder y que permitieran la modernización del país. Así ellos aparecieron como los artífices de ese cambio en las estructuras.

De estas referencias es posible mirar que en el escenario político ecuatoriano se encontraron los grupos políticos tradicionales (conservadores y liberales), el Velasquismo y el CFP con su novedosa acogida entre las clases populares, y el apareamiento de nuevos grupos políticos (ID, DP, MPD) que posteriormente intentarán

llegar al poder democráticamente. Todos estos marcaron un escenario complejo en el que los militares intentaron promover una revolución de carácter nacionalista, como describimos en el acápite anterior. Sin embargo, merece una atención importante la temática del populismo, en tanto a su relación al CFP y las fuerzas militares. Así mismo, la referencia de los acontecimientos más relevantes que tuvieron efectos en lo económico, lo político, lo social y lo cultural.

En el desgaste de la propuesta del régimen militar, a finales de 1976, aparecen en escena partidos como la Izquierda Democrática (ID), la Democracia Popular (DP) y una tendencia estrechamente relacionada a la izquierda radical (MPD) y vinculada a los movimientos sindicales que fue tomando la forma y afirmándose como un actor fundamental a finales de la década del setenta y ochenta. Mientras la DP se alineó con la tendencia del partido Conservador y con las políticas neoliberales se formó una izquierda que, a decir de Bertha García, estaba en estrecha relación con los movimientos sociales y “las organizaciones sindicales lograron, [...], impulsar una acción conjunta que exigió al régimen militar una definición más social y nacionalista.” (García, 1989: 40). Estos movimientos se constituyeron por varios sectores: intelectuales, militares y otros, que vieron en los centrales sindicales (CTE, CEOLS y CEDOC), tribunas en las que expresar las luchas.

Estas tendencias de izquierda, identificada en las propuestas marxistas principalmente, se dividieron por acontecimientos y referentes ideológicos externos latinoamericanos como la revolución cubana, los conflictos sino-soviéticos y el brote de grupos guerrilleros. Esta división devendría en un esquema diferente para cada tendencia, que, sin embargo, tendrían a la revolución como un discurso común. Para la década del setenta, existieron tres tendencias mencionadas por Adrian Bonilla:

Una comunista, que con algunas modificaciones se constituirían en la continuidad de la tradición de la corriente que en los momentos fundacionales del marxismo ecuatoriano se articularía a la Comintern; una maoísta, desprendimiento de esta última, cuyo discurso asimilaría los términos principales del cisma sino-soviético; y una socialista radical expresada en varios partidos, provenientes tanto del PC como del viejo PS, orientada hacia la referencia cubana, como un discurso insurreccionalista, y una táctica que no admitía la transformación por etapas formulada por Lenin. (Bonilla, 1991: 50)

Uno de los espejos de estas divisiones fue la universidad ecuatoriana, donde los debates sobre las diferentes tendencias ideológicas se planteaban en todos los sectores,

estudiantes, docentes y el personal administrativo. Estos participaban en forma activa en las discusiones. Mucho del material recogido como revistas y folletos muestra que existían espacios de actividad política dentro de la UCE, y facultades identificadas con tendencias políticas específicas.

La dictadura como principal acontecimiento histórico del país en la década del setenta, obligó al análisis de los procesos en los que los militares tuvieron una participación en el poder del Estado. De este parámetro se retomó su participación en la Revolución Juliana, la Gloriosa y las dictaduras intermitentes de la década del setenta. No lejano a esto, la producción intelectual tuvo una presencia importante no solamente en el campo literario sino también como parte de la organización política y la vinculación con los movimientos populares. La universidad ecuatoriana fue uno de los centros del debate y de generación de la crítica, a momentos reaccionaria, de estos contextos, y su estructura se modificó especialmente en la década del sesenta como consecuencia de cambio que se mencionó. De esta manera, el presente capítulo recoge los hechos que influyeron en la producción intelectual de la década del setenta.

CAPÍTULO III

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR EN LA DÉCADA DEL SETENTA

Introducción

Para comprender el papel que desempeñó la universidad pública ecuatoriana en la década del setenta, es necesario revisar históricamente los últimos años de la década anterior, y tener una perspectiva de los acontecimientos que articularon a la universidad ecuatoriana (Universidad Santiago de Guayaquil, Universidad Central del Ecuador, Universidad de Cuenca), a los conflictos con el poder.

Para 1968, Velasco Ibarra asumió su quinto y último mandato, apoyado por los liberales, en un ambiente álgido, pues la caída de las exportaciones del banano a partir de 1965 provocó importantes reclamos por parte de los trabajadores. Los discursos de tinte reformista y antioligárquicos le permitieron ganar con el apoyo de los sectores urbanos. Estos discursos fueron tomados hasta cierto punto como “revolucionarios” y rechazados por los sectores agroexportadores, que sin embargo, también apoyaron para su elección.

En este periodo, las discusiones y los conflictos giraban alrededor de la reforma agraria, la ya inminente comercialización y explotación petrolera, y los incrementos de la movilización popular especialmente en las principales urbes, donde uno de los actores en el conflicto era la Universidad.

Los mecanismos de implementación de la reforma agraria fueron uno de los detonantes para que los campesinos de la sierra, así como los de la costa, reaccionaran de forma violenta. Una de las políticas que motivó estas movilizaciones fue la elevada compensación que entregaba el estado por las expropiaciones a los dueños de la tierra, y el incremento de los avalúos de las tierras que hacían imposible que los campesinos la adquiriesen, así describe Quintero estos procesos:

Cuando en 1970 Velasco Ibarra dictó la Ley de Abolición del Trabajo Precario –que facultaba al IERAC la expropiación de tierras para vendérselas al trabajador rural al precio del avalúo catastral- (Avilés, 1982: 33) lo hizo en el contexto de una elevación galopante del avalúo de las haciendas que en ciertas zonas agrícolas del país ascendió [...] hasta en un 500%. (Quintero, 1998: 328)

Con estas medidas tomadas desde el poder, se pueden evidenciar que las negociaciones de la reforma agraria beneficiaban directamente al dueño de tierra, quienes reprimieron cualquier protesta de los campesinos de las formas más violentas.

Los estudiantes secundarios y universitarios, también reaccionaron antes estas políticas anti populares que promovía Velasco. Sobre ellos también recayó la violencia y la represión. Los casos de muerte de varios estudiantes, incluyendo el caso emblemático de Milton Reyes, Presidente de la FEUE de Quito y estudiante de la UCE, tuvieron un respaldo masivo de todos los sectores, incluso de los cercanos al régimen. Una perspectiva de este tema se tratará en el capítulo siguiente.

Entre los hechos de violencia que se recuerdan dentro de la UCE, esta la colocación de explosivos dentro de la Ciudadela Universitaria, haciendo que parte de la Editorial Universitaria se destruya.

En este escenario, la Universidad Central del Ecuador, ubicada en Quito, se identificó como la sede de las proclamas contestatarias que cuestionaban el mandato del longevo caudillo. La joven izquierda de la década del setenta se renovaba renunciando a colaborar y adelantaba críticas radicales. Los miembros del Frente Cultural, ligados a la Universidad ya sea como estudiantes, docentes o trabajadores planteaban la “necesidad de hablar con las masas cotidianamente, hacer reportajes, reuniones de investigación de grupos del pueblo, salir periódicamente al campo, al suburbio y las barriadas, etc.” (Jijón, 1972: 20) con el objeto de bajar esa cultura exclusiva de las élites a las masas populares.

Todos estos hechos hicieron que la respuesta de Velasco hacia la Universidad se plasme en el cierre de sus instalaciones tras una intervención militar el 20 de junio de 1970 y posteriormente la promulgación de la Ley de Educación Superior del 7 de enero de 1971 que cambiaba las circunstancias fundamentales del esquema de educación anterior, especialmente en lo que respecta al libre ingreso.

En este periodo de confrontación la UCE se adjudicó el estatus de un centro crítico, donde se originaban los debates contra el poder, y que forjó entre los jóvenes la noción de que la universidad pública era una fragua donde se gestaba la revolución.

En medio de esta significativa transformación, la producción intelectual se desplazó claramente de la confrontación a las políticas culturales estrechas de la Casa de la Cultura, nudo de tensión dominante durante la década del sesenta, hacia la

formulación de un pensamiento crítico desde la UCE contra el régimen de Velasco y vigilante de los regímenes posteriores, así como atenta a la revolución como concepto global.

En este sentido, observamos datos acerca de la población universitaria, los volúmenes de producción impresa de la Editorial Universitaria, los procesos de Reformas y las Leyes de educación superior propuestas que tuvieron un impacto en temas como el libre ingreso. Además, se intentará reconstruir el escenario político interno de la UCE, es decir, mostrar lo diferentes grupos de izquierda que se encontraban en conflicto dentro de la UCE. Cada uno de estos temas serán una parte importante para construir una visión de la UCE como un campo en el que los intelectuales desarrollaron “estrategias simbólicas, acercándose a la producción y difusión de diversas maneras, buscando diferentes apoyos institucionales y promoviendo distintas alianzas colectivas” (Pecourt, 2007).

En los discursos retóricos sobre el rol de la universidad, Manuel Agustín Aguirre⁶, entonces Decano de la Facultad de Economía de la Universidad Central del Ecuador, reflexiona sobre el papel de esta, en tanto debe ser

el crisol donde se fundan y purifican los diversos estratos culturales, en contacto con nuestra realidad, con un profundo sentido nacional, no nacionalista, y con miras al desarrollo, transformación y liberación del país, como pueblo y como nación. (Aguirre, 1969: 19)

Así, afirma que en aras del desarrollo científico, la función concreta de la universidad debe vincularse a procesos de reproducción de la sociedad y desde un nivel técnico-profesional y científico-cultural. En esta doble visión es donde se originan los debates internos (Moreano, 1987).

Contra la noción de la universidad, vista como la productora de las demandas que exige el sistema capitalista en términos técnicos, los intelectuales de izquierda

⁶ Manuel Agustín Aguirre. Catedrático y dirigente político y militante del Partido Socialista Revolucionario del Ecuador. Fue Decano y fundador de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Central del Ecuador. En la década del 50 trabajó conjuntamente con la CEPAL en el que se planteó los “lineamientos principales para el desarrollo de la economía ecuatoriana, basados esencialmente en los principios de la teoría keynesiana-cepalina” (Benalcázar, 2004: s/p en Granda, 2008:100). Para 1969, fue elegido junto a Telmo Hidalgo para dirigir el Rectorado de la Universidad Central, pero en 1970 Velasco Ibarra lo retira de su cargo y lo encarcela. Mientras estuvo en la Rectoría de la UCE, impulsó el proceso de la Segunda Reforma Universitaria.

proponen una universidad crítica. Reproduce una ideología dominante, que, no obstante, está contrapuesta a una crítica teórica y política del sistema.

En las décadas que se analiza, los cambios mismos de una sociedad de carácter agrario hacia el desarrollo de una que priorizaba el desarrollo de la industria podrían haber generado una orientación hacia funciones técnico-profesionales, directamente relacionado con satisfacción de las necesidades del sistema imperante. Ya esta tendencia hubiera significado un desplazamiento del profesional científico que intervenía tradicionalmente en el campo cultural en las sociedades tradicionales. Sin embargo, también se transformó en esta sociedad de rápidos cambios, la acción colectiva, y con ello la universidad se forjó, además, como un espacio de crítica y confluencia política interestamental, regenerada en la medida en que la acción colectiva exigía transformaciones, al menos ese era el objetivo de los jóvenes intelectuales de izquierda de entonces, y no solo servir al objetivo del desarrollo como lo convocaba altisonantemente la dictadura militar. No se concebía desarrollo sin crítica desde la UCE.

UCE. Población universitaria

Los inicios de la década del setenta fueron tiempos difíciles para el desarrollo normal de las actividades de la UCE. Con el autogolpe de Velasco Ibarra en 1970, el clima de represión se profundizó; Ycaza presenta en su narración los niveles de conflictividad que se presentaron, junto con la clausura de la UCE y la detonación de explosivos en la Editorial Universitaria:

Manuel Agustín Aguirre que había emprendido en la “Segunda Reforma Universitaria”, que acentuaba la "función social de la Universidad", al que detuvieron junto a los doctores Aníbal Muñoz, Telmo Hidalgo y al secretario general del MIR Bayardo Tobar, llevándoles a un cuartel, donde "un oficial de alto mando del ejército, ordenó que se los fusile", lo que fue impedido por el general Nilo Villagómez, comandante general del Ejército. (Ycaza, 1991: 241)

Estas intervenciones represivas resultaron en la muerte de uno de los dirigentes estudiantiles y militante político, que se convertiría en el símbolo de la lucha universitaria, el presidente la FEUE Milton Reyes, además de otros dirigentes estudiantiles como René Pinto y Rafael Brito.

La Universidad se había plantado como uno de los principales opositores políticos frente a los poderes del Estado, siendo su principal frente el movimiento estudiantil. Alejandro Moreano, destaca el papel de la universidad ecuatoriana así:

La Universidad ha jugado un papel destacado en los movimientos culturales y democráticos más importantes de su historia contemporánea, [...], ha contribuido a proveer del personal dirigente no solo al aparato del Estado, sino a las fuerzas políticas democráticas y revolucionarias. (Moreano, 1987: 18)

Todos estos acontecimientos influyeron en la organización interna de la universidad, entendiéndose el incremento acelerado de los estudiantes y de la planta docente, la adecuación de espacios físicos, entre otros.

A continuación, se mostrarán datos, en primer lugar, acerca de la población universitaria y, seguidamente, de la producción cultural de la década a través de datos obtenidos de los Comprobantes de Entrega de las obras impresas por la Editorial Universitaria.

Crecimiento estudiantil y las clases medias

Los procesos de cambio en el Ecuador como en América Latina desde la década del sesenta tuvieron consecuencias no todas positivas con respecto a las desigualdades sociales. Uno de los principales cambios, que tuvo profundas consecuencias en la educación en todos los niveles, fue el demográfico. La migración del campo a los grandes centros urbanos, fundamentalmente Quito y Guayaquil resultó en “una urbanización acelerada, la masificación de la política, el fortalecimiento del mercado interno, y la formación de una incipiente cultura de masas.” (Espinosa, 2010: 629). Las demandas por el derecho a la educación crecieron en todos los niveles y generaron conflictos por la deficiencia en la aplicación de políticas públicas que pudieran organizar este nuevo panorama de demandas.

El estudio de la Junta Nacional de Planificación, publicado en 1979, *Desarrollo y educación en el Ecuador (1960-1978)* indica un crecimiento de

los estratos medios y altos en ocupaciones secundarias y terciarias – del 12,90 % al 17,92 %-. [...] merece [...] resaltar los casos de profesionales dependientes y empleados de comercio, industria y servicios que registraron mayores incrementos (JUNAPLA, 1979: 29).

A más de estas consideraciones, debe recordarse la expansión del Estado que incorporó a la burocracia que comprendía uno de los segmentos de la clase media.

Es lógico pensar que la educación universitaria fue clave para la población de los sectores medios superiores que crecían confiando en que su capacidad de profesionalizarse les permitiría integrar al ciclo productivo o el sector público.

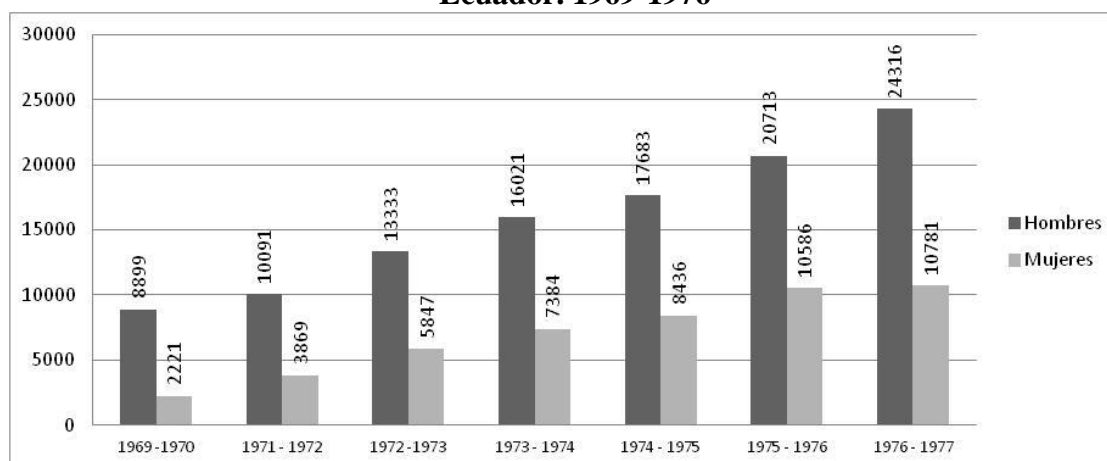
Este análisis sincrónico pretende configurar la población universitaria y mirar los cambios en la misma. A continuación, se presenta información sobre la población universitaria con base en las matrículas registradas entre 1969 y 1976.

Tabla 1. Estudiantes matriculados, y clasificación por sexo en la Universidad Central del Ecuador. 1969-1976
Números absolutos

Años	Hombres	Mujeres	Total
1969 -1970 ⁷	8899	2221	11120
1971 – 1972	10091	3869	13960
1972 -1973	13333	5847	19180
1973 – 1974	16021	7384	23405
1974 – 1975	17683	8436	26119
1975 – 1976	20713	10586	31299
1976 - 1977	24316	10781	35097

Fuente: Facultad de Economía UCE. Tesis: Incidencias sobre libre ingreso a la UCE. Recalde, Victor, Sarita Cisneros y Martha Abril. 1985.

Gráfico 1. Estudiantes matriculados por sexo en la Universidad Central del Ecuador. 1969-1976



Fuente: Facultad de Economía UCE. Tesis: Incidencias sobre libre ingreso a la UCE. Recalde, Victor, Sarita Cisneros y Martha Abril. 1985.

⁷ Es preciso tomar en cuenta que la no existencia de la información del periodo 1970-1971 corresponde al cierre forzoso de la UCE, decretado por Velasco Ibarra.

De la información presentada se puede observar una tendencia ascendente, de los valores totales es preciso deducir que, tomando como base el periodo 1969-1970, en el que la población de matriculados fue de 11 120 hasta 1976, año en el que se alcanzó una población de 31 299 estudiantes matriculados, la población estudiantil se triplicó en un lapso de 6 años.

Del análisis de estos datos, llama la atención que mientras la población masculina tiene un crecimiento constante, la población de mujeres se quintuplica en el periodo de tiempo referido desde 1969-1970 hasta 1975-1976, de 2221 a 10586, lo que provocó una mayor participación de las mujeres en los espacios laborales, académicos, culturales y políticos, dentro y fuera de la universidad, aunque con una actividad política limitada.

**Tabla 2. Estudiantes matriculados por facultad en la Universidad Central del Ecuador. 1969-1976
Números absolutos**

FACULTADES	AÑOS						
	1969	1971	1972	1973	1974	1975	1976
Arquitectura	844	994	1139	1735	2512	2839	3686
Ciencias Agronómicas	497	423	390	419	451	432	443
Veterinaria	0	214	215	250	284	231	252
Química y farmacia	322	373	632	896	919	849	560
Ciencias Físicas y Matemáticas	1515	2014	2471	2539	2717	3247	5167
Filosofía	2636	3651	6264	5432	5604	6504	6816
Psicología	0	0	0	846	1819	1932	2188
Derecho	1338	1404	1700	3538	2831	4644	6455
Economía	1007	1119	1342	1275	1848	2390	2123
Administración	740	727	1029	1607	1711	2474	1829
Ciencias Médicas	1724	2563	3363	3774	4062	4305	3745
Odontología	280	277	335	465	556	656	841
Bellas Artes	54	51	76	188	401	303	424
Ciencias de la Información	163	150	224	441	404	493	568
TOTALES	11120	13960	19180	23405	26119	31299	35097

Fuente: Facultad de Economía UCE. Tesis: Incidencias sobre libre ingreso a la UCE.

Recalde, Victor, Sarita Cisneros y Martha Abril. 1985.⁸

⁸ En el Anexo se puede encontrar el Gráfico 2. Estudiantes matriculados por facultad en la Universidad Central del Ecuador. 1969-1976, que muestra una comparación gráfica entre las distintas facultades.

Los datos de la Tabla 2, muestran el total de estudiantes matriculados por facultad entre 1969 y 1976. Esto nos permite observar hacia donde se direccionó la mayor cantidad de estudiantes en este periodo.

La estructura de las facultades de la UCE durante los setenta estuvo distribuida de la siguiente forma:

- Facultad de Arquitectura
 - Escuela de Arquitectura
 - Escuela de Planificación (Post-Grado)
- Facultad de Ciencias Agronómicas [y Medicina Veterinaria, 1978]
- Facultad de Química y Farmacia
 - Escuela de Química
 - Escuela de Farmacia
- Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas
 - Escuela de Ingeniería Civil
 - Escuela de Ingeniería Química
 - Escuela de Geología Minas y Petróleos
 - Escuela de Topografía
- Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación
 - Escuela de Pedagogía
 - Escuela de Psicología Educativa
 - Escuela de Educación Física
- Facultad de Jurisprudencia
 - Escuela de Derecho
 - Escuela de Derecho Internacional
 - Escuela de Sociología
 - Escuela de Servicio Social
- Facultad de Economía
 - Escuela de Economía
- Facultad de Administración
- Facultad de Ciencias Médicas
 - Escuela de Medicina
 - Escuela de Enfermería
 - Escuela de Obstetricia
 - Escuela de Tecnología Médica
- Facultad de Odontología
- Facultad de Bellas Artes
- Escuela de Ciencias de la Información
- [Escuela de Psicología, 1973] (Recalde, 1985: 191)

Las facultades donde existieron mayores concentraciones de estudiantes fueron las facultades de Filosofía, Jurisprudencia y Ciencias Físicas y Matemáticas. La sumatoria de estas tres facultades representó para 1976 el 52,53 % del total de alumnos matriculados.

Los procesos de modernización que atravesó el país, obligaron a transformar también la educación superior. Los objetivos por democratizar a la universidad pública,

trajeron consigo la obtención del libre ingreso por lo que desde 1969 a 1976, en siete años, se triplicó la población universitaria. En la Tabla 2, se puede observar que existe una mayor preferencia en las facultades de ciencias sociales que en aquellas dirigidas a la producción.

Algunas visiones sobre las izquierdas en la UCE

Ante estos cambios en la UCE, los conflictos políticos internos también sufrieron cambios que resultaron en acentuar aun más las diferencias entre los movimientos y partidos de izquierda.

Hablar de la presencia de la izquierda en la UCE, resultó un tema difícil de abordar para los intelectuales entrevistados. La información obtenida sobre las personas que actuaban como miembros de los diferentes movimientos estudiantiles, docentes y de empleados, fue dada por un lado, con la condición de no ser publicada y por otro lado, una evasión del tema. A la pregunta del porqué de esta reserva existieron diferentes respuestas. Uno de los entrevistados respondió que se debía a la necesidad de conservar la reserva de la militancia se debido a posibles represiones por las fuerzas estatales; y por otro lado, a las represalias que podrían tomar otros miembros dentro del mismo movimiento. Estas respuestas parecían desenterrar una sensación del peligro vivido en los sesentas y setentas.

Aquellos intelectuales que formaron parte de la vida universitaria de la década en cuestión, docentes, estudiantes, entre otros, miraron como la izquierda era interpelada por el triunfo de la Revolución cubana y otros procesos de cambio relacionados, y como dentro de la Universidad y los movimientos estudiantiles los discursos sobre el compromiso y la vinculación con las masas populares se transformaba en el blasón de los grupos políticos e intelectuales.

Para visualizar a los grupos de izquierda dentro de la universidad, entre los que se encontraba el Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), el Partido Comunista (PC), el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE) y su representación política visible, el MPD, entre los principales, es necesario analizar algunas perspectivas críticas sobre el marxismo y las prácticas políticas.

El marxismo adoptado por la izquierda en América Latina entre los años sesenta y setenta se enmarca en una renovación ideológica y política en la que los conflictos, en

el marco de la Guerra fría, entre China y la Unión Soviética y la polarización de la URSS y los Estados Unidos, en la que “mientras a Estados Unidos le preocupaba el peligro de una hipotética supremacía mundial de la URSS en el futuro, a Moscú le preocupaba la hegemonía real de los Estados Unidos” (Hobsbawm, 2005: 238), los procesos de descolonización en Asia y África, y el triunfo de la revolución en Cuba, exigían dar nuevos enfoques a los esquemas teóricos.

La influencia de las perspectivas de la decadencia de la Revolución soviética en el mundo, desde los años sesenta, hace que se acojan las propuestas del partido comunista chino, que

criticaba no solo al imperialismo sino también al “revisionismo” de los dirigentes soviéticos, que con la pretensión de mitigar las tensiones propugnaban una política de “coexistencia pacífica” con las potencias imperialistas. [...] China comenzó a estimular la guerra revolucionaria como recurso para lograr el poder político (Connelly, 1983: 215)

Muchas interpretaciones del marxismo se publicaron como manuales o instructivos de cómo manejar las categorías propuestas por el marxismo, que se tradujeron en un marxismo que, hasta cierto punto, era análogo a la efervescencia religiosa. Una de las publicaciones fundamentales que revelan lo anteriormente expuesta fue el semanario *En Marcha*, órgano de difusión del PCMLE, cuya distribución se concentraba en las fábricas, universidades e instituciones de educación media. Aquí se incluían secciones para describir los principios fundamentales del quehacer revolucionario.

La lucha de clases, la unidad, la ideología, el capitalismo y otros, formaban parte de una sección titulada *La práctica y la teoría revolucionaria*.

Estas formas de abordar el desarrollo de la teoría y las instrucciones para llevar a la práctica la revolución, desde un sector de los intelectuales se presentaba críticas en tanto, se limitaba y amenazaba la autonomía del pensamiento crítico y teórico por contemporáneos de década.

Al respecto Iván Carvajal, crítico de la izquierda moísta ecuatoriana, increpa sobre el cómo la teoría era adoptada a la práctica:

en nombre de la “práctica”, en nombre la primacía de la práctica sobre la teoría, se ha llegado a invalidar la misma necesidad de la teoría, incluso si se concibe a ésta como “guía para la acción”. Habría que recordar a nuestros “prácticos” que de lo que se trata es precisamente de conocer la validez o no de la práctica a que nos encontramos sometidos. Y habrá que decir a nuestros empíricos que el conocimiento de la realidad en la que se desarrolla nuestra acción, no

es simple “reflejo” de esa realidad en nuestro pensamiento. (Carvajal, 2011: 86)

Estas “bases ideológicas” servían como referencias en los artículos y discursos de las izquierdas. Frente a estos enunciados, se pretendió aplicar lecturas de los procesos ecuatorianos y hacerlos compatibles con las propuestas de Marx y Engels que, hasta cierto punto, parecían una consagración a la santidad de estos teóricos.

Al igual que haya reflexionó en el Perú del 1928 se podría pensar sobre los 70 en el Ecuador, en el sentido en que la izquierda asume un lenguaje de difícil comunicación con el entorno popular:

Doctrinismo ideológico en Indoamérica es casi todo de repetición europea ... Este colonialismo mental ha planteado un doble extremismo dogmático: el de las clases dominantes –imperialista, reaccionaria y fascista-, y el de los llamándose representantes de la clases dominadas vocean un lenguaje revolucionario ruso que nadie entiende. (Haya, 1976: 231 en Paris, 1984: 6).

Este doctrinismo ideológico al que se refiere Haya, en el Ecuador, no permitió un adecuado análisis e interpretación de las teorías marxistas, lo que devino en un planteamiento no claro en la participación política y de una toma de posiciones de los intelectuales de izquierda en la vida nacional y frente a la dictadura. Carvajal afirma que existe un débil pensamiento marxista, y que “la ausencia [...] de un pensamiento político de izquierda, [fue] uno de los constituyentes básicos de la oscuridad que rein[ó] entre los “intelectuales revolucionarios” acerca de sus relaciones con la política [...]” (Carvajal, 1974: 9). Esto para algunos intelectuales resultó en una especie de desilusión de las prácticas políticas de los grupos de izquierda.

En la novela *Teoría de desencanto* de Raúl Pérez, publicada en su primera edición en 1985 y que está escrita en el contexto de la década del setenta, el autor intenta describir la frustración que provocó esta ambigüedad política, la esperada revolución que nunca llegó en la década del setenta y que la sentían tan cercana desde décadas anteriores, una sensación de impotencia frente a los acontecimientos nacionales y mundiales, y se pregunta en el personaje de Manuel:

¿Qué nos pasó a todos, dónde fue a parar nuestro ímpetu, nuestro atrevimiento, en qué telarañas se había quedado nuestra inocencia, el candor de la lucha, dónde nació el quiebre ético que se iba extendiendo por el universo? (Pérez, 1995: 54)

Así esto se vuelve como un llamado a contestar quién les robo las banderas de la revolución.

Una especie de autocrítica a las prácticas políticas revolucionarias y la falta de desarrollo teórico que reduce la reflexión de la izquierda y la participación de las clases medias, intenta Pérez reflejar en algunos diálogos dentro este libro:

No hemos roto nada. Generación de la pose. [...] Seguimos siendo tan mediocres como nuestros padres. La vida del mediocre es lineal, simple, incapaz de transgredir normas (a lo más enmascararlas) de romper reglas, huele a devocionario, a pan guardado, no tiene alternativas, se va engordando de las vulgaridades cotidianas, su falta de pasión, de esa monotonía asquerosa de tres comidas diarias y pasta dentífrica, suprimiendo quizás la pasta dentífrica, a fin de demostrar que no somos iguales. De comunistas hemos pasado a consumistas. (Pérez, 1995: 105).

En el contexto latinoamericano, no se puede hablar de una sola izquierda, así existieron varios frentes, unos aliados a las tendencias de reformas y otros retomando la radicalidad de la izquierda. Estos aparentes paralelismos, en el Ecuador significaron conflictos entre el conjunto de aquellos movimientos que tenían al marxismo como su base.

Desde la visión contemporánea de Emir Sader, se plantean estos conflictos a partir de los debates de Rosa Luxemburgo y Eduard Bernstein.

Bernstein absolutizaba el movimiento, en detrimento de los objetivos finales, como si la acumulación de avances parciales encausara y resolviera la cuestión del poder y la formación anticapitalista. Luxemburgo llamaba la atención sobre el hecho de que las reformas pueden definir un camino de reestructuración del capitalismo, de ampliación de sus bases de apoyo. (Sader, 2009: 121)

En la década del setenta con el auge de la industrialización y el Nacionalismo Revolucionario, esta tendencia reformista abarcó la apertura de los mercados hacia los grupos subalternos, también la democratización de la educación y otros servicios públicos, así como la organización de grupos de trabajadores, es decir la formación de sindicatos. Estas y otras razones llevaron a relacionar a las reformas con la visión antioligárquica que abanderaba la izquierda.

Desde este análisis, podemos realizar un acercamiento a los grupos que veían en las políticas cepalinas un mecanismo no lejano de los objetivos de la izquierda. Uno de los casos es el de Manuel Agustín Aguirre que aportó al desarrollo de ciertos lineamientos junto a la CEPAL. Además, es importante mencionar que el impulso de la

Segunda Reforma universitaria, apelaba al desarrollo técnico científico, y a la formación crítica de los estudiantes.

En nuestro país, estas circunstancias no nos eran ajenas. La UCE fue el lugar en el que, según Raúl Pérez, se debatieron, fraccionaron y se plantearon los pensamientos de los grupos de izquierda.

Iván Oñate, poeta, escritor y profesor universitario, quien fue docente en la Escuela de Sociología en la década de este estudio, señala que en la década del setenta se podía palpar la animadversión que existía entre las izquierdas, incluso los enfrentamientos eran más encarnizados que con la derecha (Oñate, 2012).

En la entrevista realizada a E001⁹, se pudo identificar la fragmentación de la izquierda dentro de la UCE, que resultó en la marcada identificación de tres movimientos, que se apegaban a diversas corrientes, entre ellas:

1. Los prosoviéticos, llamados también **cabezones**, quienes estaban bajo la tutela del Partido Comunista, cuyo dirigente era Pedro Saad.
2. Los maoístas, quienes apoyaban las políticas de la China comunista, no apoyaban el revisionismo soviético ni la revolución cubana (chinos), y cuya representación política democrática es representada por el MPD.

Publicaciones del periódico *En Marcha*, a principios de la década del setenta, resaltan los procesos vividos por China, califican a su pueblo como aquellos con la conciencia política más avanzada del planeta, por lo que el apoyo político, económico que otorgaba a otras naciones (Indochina, Albania, pueblos árabes, entre otros) que promovían luchas por la liberación de sus pueblos hizo que los reconozcan como “la vanguardia de la revolución mundial [y como], el apoyo más importante con que cuentan los pueblos del mundo en su lucha por la liberación”(En marcha, 1970).

3. troskistas no formaban grandes grupos y se aliaron con los socialistas, quienes eran afines a Fidel Castro.

EL Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), fundado en 1964, de tendencias prochinas, se convierte en el poder hegemónico dentro la UCE a partir de la década del setenta.

⁹ El entrevistado no permitió revelar su nombre. El nombre de E001 corresponde a Entrevista 1.

En el criterio del Arq. Lenin Oña, Decano de la Facultad de Artes.

El Partido Comunista Marxista Leninista se presenta de cuerpo entero en la Universidad Central manejando un aparato eficiente y disciplinado que pugna por copar todos los sectores y todas las instancias. No se repara en los medios y a todo trance se procura imponer directivas en las resoluciones y a los militantes y adláteres en cargos, cátedras y direcciones. Cuando es del caso se recurre a la argucia legalista [...] a la medida de las circunstancias que tienen entre manos. No se descarta la violencia verbal ni la física, que llega al extremo de cobrar una vida; se usa y abusa del chantaje, de las alteraciones electorales, de la retaliación y la calumnia. Autoridades, profesores, empleados y estudiantes son víctimas de toda suerte de atropellos y agresiones. (Oña, 1980: 521)

Todos estos antecedentes hacen de la izquierda en la Universidad uno de los principales actores dentro del análisis de este campo intelectual.

Segunda Reforma Universitaria y leyes de educación superior

Segunda Reforma Universitaria

Efectivamente durante las décadas del cincuenta y sesenta, los regímenes desarrollistas plantearon la necesidad de transformar la educación superior, con la finalidad de que se cubran las nuevas necesidades del desarrollo del país. La transformación de la UCE y la formación del IAEN iban por la línea de generar profesionales expertos en modernos sistemas de producción.

Así, la Escuela de Química (1952), la Escuela de Administración (1958), la Escuela de Geología, Minas y petróleo (1962), y la Escuela de Sociología (1964) respondieron a requerimientos surgidos del cambio en la matriz agraria y desarrollo empresarial e industrial.

En las reflexiones de Manuel Agustín Aguirre, principal defensor e ideólogo de la aplicación de la Segunda Reforma en la educación superior, se destacó el carácter crítico de la Universidad y su desarrollo como productor cultural y científico frente a los cambios del país.

Esta Segunda Reforma, basada en los principios de la Reforma de Córdoba de 1918, intentó “mantener, acentuar y ampliar dicho ideario y afianzar las conquistas alcanzadas así como levantar nuevas banderas, de lucha en la acción desinteresada, leal y constante, por una Universidad nueva” (Aguirre, 1967 en Aguirre, s/f: 46).

Esta reforma que intentaba ser global no logró aplicarse de la forma esperada, sin embargo, algunas de las materias de carácter social y humanístico fueron introducidas en los programas académicos: “problemas del mundo contemporáneo, problemas socioeconómicos del Ecuador y técnicas de investigación social, etc” (Moreano, 53), desde la expedición de la Segunda Reforma.

El rápido crecimiento económico, los cambios en los procesos productivos e industriales, y urbanísticos que enfrentó el Ecuador en la década del setenta hicieron que el proceso capitalista se acelerara. Desde la perspectiva de Alejandro Moreano, en estas circunstancias “la burguesía ya no necesitaba una visión global y autocrítica de su propio desarrollo; requería exclusivamente de un conocimiento funcional y operativo generado por las demandas del movimiento del capital y del Estado” (Moreano, 1987: 30).

La realización de la Segunda Reforma no se concretó de la manera esperada. Sin embargo, los debates acerca de este tema seguirán presentes en los círculos estudiantiles e intelectuales.

Es importante mencionar algunos de los postulados más sobresalientes de esta reforma, puesto que representaron, para ese periodo, una plataforma de debate y reflexión sobre el rol de la Universidad pública en el país:

- Universidad en función social. [...]
- Universidad unida al pueblo. [...]
- Universidad militante, empeñada en el debate de los problemas del país. [...]
- Conocimiento de la realidad del país. [...]
- La investigación como medio creador de una ciencia y una técnica autónomas. [...]
- En el campo de las ciencias sociales. [...]
- Necesidad del método dialéctico. [...]
- Universidad crítica. [...]
- La lucha ideológica. [...]
- La alternativa teórica en la lucha contra el sub-desarrollo. [...]
- Integración económica versus unidad de los pueblos. [...]
- La universidad creadora y difusora de la cultura nacional. [...]
- Información y formación universitaria. [...]
- Universidad de puertas abiertas. [...] (Aguirre, 1973: 255 en Arellano, 1988: 56-59)

La Segunda Reforma representó una alternativa clara para la formación de los estudiantes nuevos, no vistos ya como instrumentos, no como un engranaje que se acople al complejo sistema de relaciones capitalistas, sino que, además de especializarse

técnicamente, fueran conscientes de los procesos históricos a los que se enfrentaba el país, de sus transformaciones económicas, sociales, políticas, urbanísticas y culturales.

En palabras de Enrique Ayala Mora, recuerda a la Segunda reforma como:

Las propuestas de la Segunda Reforma [...] son un avance importante, definitivo, de la historia de la educación superior ecuatoriana. [...] promueve una universidad que institucionaliza la crítica académica y que intenta establecer la pluridisciplinariedad en el estudio y en la investigación. En este proceso, la universidad hace un esfuerzo por democratizarse, no solamente porque lleguen otros sectores sociales a la universidad, sino también, porque la universidad pueda, de alguna manera, cumplir mejor su tarea, frente al compromiso con el pueblo ecuatoriano. (Ayala, 1994: 58)

Leyes de educación superior

El intento de integrar desarrollo, crítica y apoyo a la acción colectiva mostró contradicciones, es así que la década del sesenta fue para la universidad pública un espacio de confrontación directa con el poder. Los constantes enfrentamientos con la dictadura militar de esa década resultaron en cierres forzosos de universidades estatales.

Para entender los debates de la Universidad alrededor de la Ley de educación superior y su vigencia, es necesario hacer una revisión de las principales leyes sobre este tema expedidas en la década del sesenta.

En este periodo se expidieron varias leyes de educación superior. El 3 de abril de 1964, mismo año en el que la universidad fue clausurada, se aprobaron leyes con el consentimiento de la Junta Militar que planteaban la supresión de “la autonomía, el cogobierno y otras conquistas universitarias” (Aguirre, 1973: 72), y por esta razón, tuvo un rechazo contundente de los centros educativos de educación superior.

El 6 de abril de 1966 se expide la Ley de Educación Superior mientras el encargado del poder era Clemente Yerovi.

Según Verdesoto, “La vigencia de la ley de 1966 significó una experiencia positiva para las universidades ecuatorianas” (Verdesoto, 1998: 80), en tanto la declaración de la autonomía universitaria que, para el periodo estudiado, significó una de las importantes reivindicaciones para la universidad, además de otras conquistas como el establecimiento del libre ingreso, el cogobierno paritario, entre otras.

En este contexto, el 20 de junio de 1970, Velasco Ibarra, ordenaba la intervención militar en varias instituciones de educación superior entre las que se encontraban la Universidad Central del Ecuador, las Universidades Estatales de

Guayaquil, Cuenca y Loja por considerarlas “centros de subversión política” hasta 1971 cuando expide la nueva Ley de Educación Superior, “preparada por los colaboradores de la dictadura velasquista, abogados Alfredo Vera y Juan Larrea Holguín” (Ayala, 1994: 58).

Esta nueva ley publicada como Decreto 1069, Registro Oficial 136 del 7 de enero de 1971 fue rechazada terminantemente por los movimientos, principalmente el estudiantil dentro de la universidad, y significó uno de los puntos neurálgicos de la crítica durante la década de 1970, hasta 1982 cuando se expide una nueva ley.

La desobediencia de la Ley de 1971, impidió un marco jurídico apropiado que llevara a la aplicación exitosa de la Segunda Reforma Universitaria, puesto que en el desarrollo de la vida institucional de las universidades se aplicaba la ley de 1966.

Editorial universitaria. Centro de difusión intelectual

Todos estos acontecimientos dentro y fuera del contexto nacional, tuvieron una plataforma de difusión del pensamiento desde la UCE, que fue la Editorial universitaria.

Las referencias a las editoriales y estudios sobre cómo estas aportaron en la difusión de la producción intelectual en el Ecuador, prácticamente olvidaron el aporte de la Editorial Universitaria. Para este trabajo, y con el objeto de mirar a la universidad como un campo intelectual, se tuvo acceso a una importante cantidad de datos acerca de la producción de la Editorial Universitaria.

La creciente cantidad de estudiantes que ingresaron a partir de la década del setenta pertenecieron a la creciente clase media, por lo que la distribución de los libros impresos por la Editorial copaba ese mercado.

En el caso de los textos escritos, no solamente es definitivo el contenido de los mismos sino también como llegan a una determinada población,

Las posibilidades de que una “obra” y un “autor” alcances reconocimiento como cosa y como figura representativa de una colectividad se vinculan estrechamente con el modo en que son incluidos en catálogos, en colecciones, en exhibiciones y en otras formas de clasificación y de publicidad que orientan las apropiaciones y las apreciaciones de los objetos impresos. (Sorá, 2010:537-538)

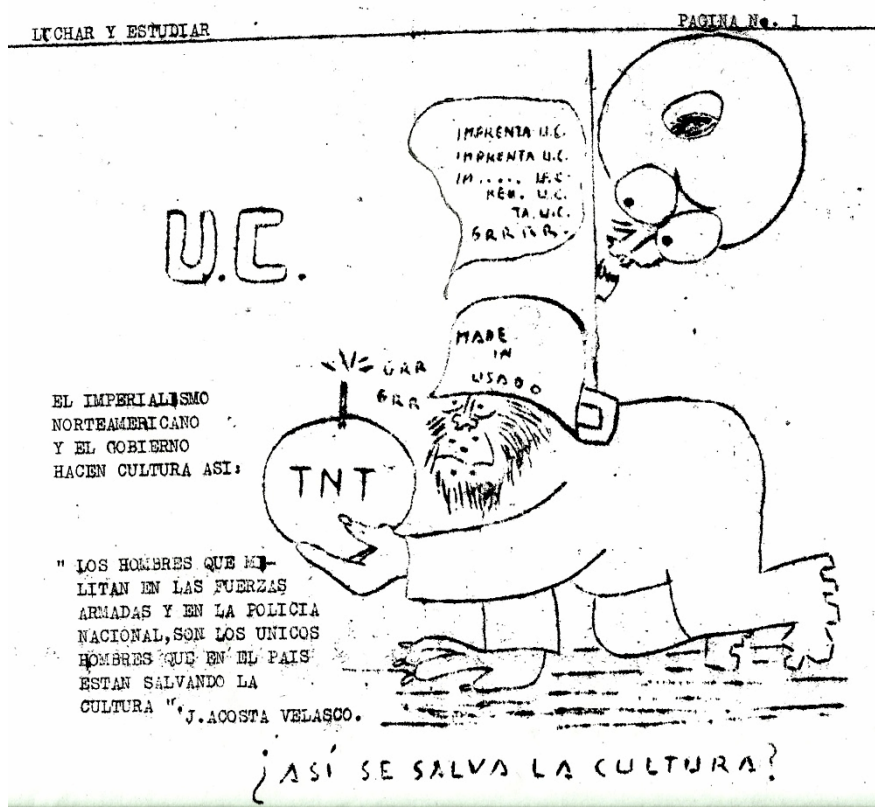
En este sentido, el rol que la Editorial tuvo a finales de la década del sesenta y en los setenta, no pasó desapercibido, especialmente en la dictadura de Velasco.

El semanario de la Asociación de Escuela de Sociología y Ciencias Políticas No. 5 de junio de 1970, *Luchar y Estudiar*, remite su crítica hacia la represión y violencia ejercida sobre la Universidad Central del Ecuador. Es necesario mencionar que esta publicación data del mes en el que la UCE fue cerrada por decreto de Velasco Ibarra.

En su editorial confiere relevancia a la muerte de Milton Reyes, asesinado el 12 de abril del mismo año y que se consideró un ataque al libre pensamiento al callar las voces de varios estudiantes de la Escuela de Sociología. Además, considera que el ataque a la Editorial es un “ataque a la cultura” y describió esto de la siguiente manera:

A la cultura no la detendrá nadie ningún cerebro cavernario que piensa y gobierna de acuerdo con la época de la barbarie. No nos detendrán [...] los terroristas a sueldo que con precisión y maestría colocaron una bomba de alto poder explosivo en la Imprenta de la Universidad, por el delito de editar en sus talleres el pensamiento y la verdad sobre la triste situación de hambre y miseria que vive nuestro pueblo. (Luchar y estudiar, 1970: 2)

También incluye una caricatura que ilustra la figura de Velasco Ibarra y el poder militar:



Fuente: Luchar y estudiar ¿Así se habla de cultura?, 1970

Esta visión de la época, pone a la Editorial como un instrumento de difusión del pensamiento crítico contra la primacía de la disciplina militar a la que apostaba Velasco.

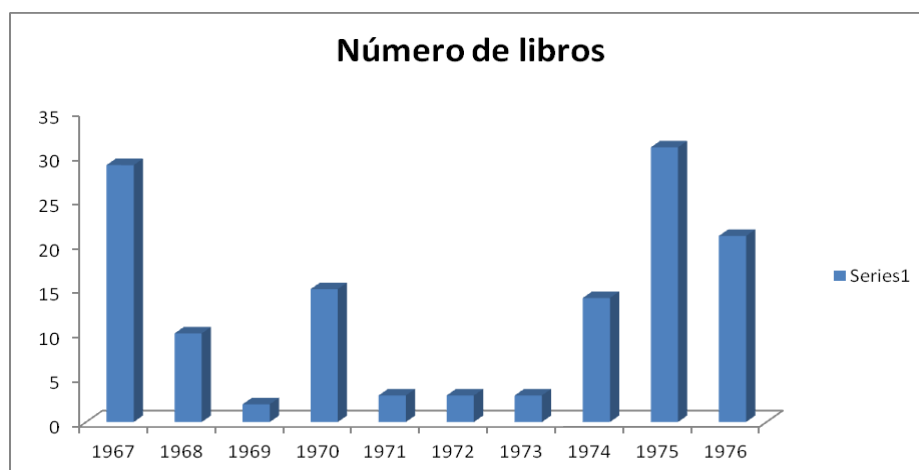
Los datos obtenidos que se muestran en la Tabla 3, dan cuenta del volumen de producción en un periodo de 10 años, desde 1967 a 1976.

Tabla 3. Producción impresa de la Editorial Universitaria 1967-1976
(número de obra y tiraje)

AÑO	NÚMERO DE OBRAS	TIRAJE
1967	29	34123
1968	10	10555
1969	2	2725
1970	15	26968
1971	3	6002
1972	3	11353
1973	3	3500
1974	14	47977
1975	31	74300
1976	21	39232
TOTALES	131	256735

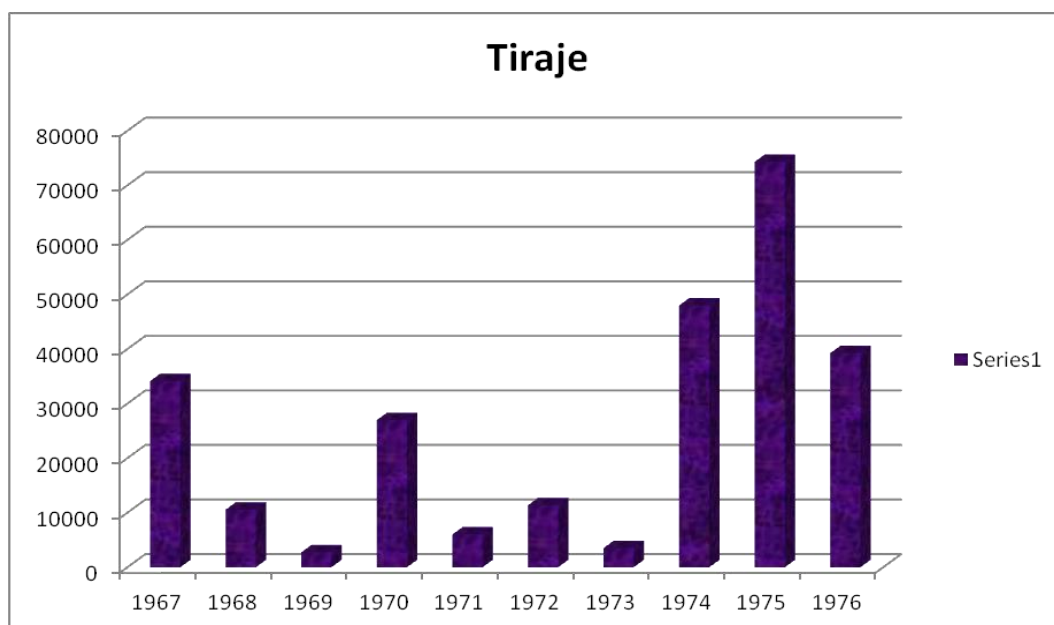
Fuente: Editorial universitaria-Comprobantes de entrega de libros 1967-1976.
Elaborado por Carla Gordón.

Gráfico 3. Número de libros impresos por la Editorial Universitaria 1967-1976



Fuente: Editorial universitaria-Comprobantes de entrega de libros 1967-1976.
Elaborado por Carla Gordón.

Gráfico 4. Tiraje de libros impresos por la Editorial Universitaria 1967-1976



Fuente: Editorial universitaria-Comprobantes de entrega de libros 1967-1976. Elaborado por Carla Gordón.

En la Tabla 3 y los Gráficos 3 y 4, es posible observar que en 1975, además de publicarse un total de 31 títulos entre reediciones y nuevas obras, el tiraje total de estos accedió a 74 300 libros.

Por ser un organismo dependiente de la Universidad Central, los temas de publicación son diversos en el sentido científico, humanístico y social de la universidad, sin embargo, se pudo observar que el mayor número de publicaciones correspondían a derecho, ciencias sociales, y literatura.

Llaman la atención algunas colecciones como la de Cuadernos Culturales, una publicación del Departamento de Información y Cultura de la UCE de la que se conoce la producción de 14 números, representó uno de los proyectos de difusión del pensamiento no solo nacional sino internacional sobre temas relacionados a la crítica literaria, filosófica, política, sociológica y económica de la década del setenta. En esta colección se publicó la producción de pensadores como Agustín Cueva, Fidel Castro, Salvador Allende, Lewis Fauer, Oscar Varsavski y otros. El tiraje de cada uno de los números fue de 2200 ejemplares. Muchos de estos se encuentran hoy en las bibliotecas de Quito: Puce, Flacso, Aurelio Espinosa, Biblioteca Municipal y la misma UCE, entre

otras. Estas publicaciones marcaron el debate político de la época y aun hoy son referentes del debate académico nacional.

También, la serie Populibros es otro de los productos impresos de la Editorial universitaria. Esta serie difundió la producción literaria de varios autores ecuatorianos. Escritores vinculados a los Tzántzicos y al Frente Cultural fueron los que contribuyeron en esta publicación, por ejemplo, Humberto Vinuesa, Raúl Pérez Torres, Iván Éguez, Raúl Arias, Ulises Estrella.

Además, la impresión de libros y revistas importantes que aportaron al debate de las nuevas transformaciones del país en la década del setenta. Para mencionar algunos: *El festín del Petróleo* de Jaime Galarza Zavala, *La universidad ultrajada*, Manuel Agustín Aguirre, varias obras sobre pedagogía de Emilio Uzcátegui y la revista *La bufanda del sol* que surgió con la colaboración de los colectivos literarios y críticos. Esta última publicación recogía el pensamiento de los intelectuales vinculados al arte y a la literatura, por lo que su publicación en la Editorial, nos da cuenta de la vinculación de los intelectuales con la UCE.

A manera de conclusión, es importante decir que desde la década del sesenta se configuró una pugna política Estado – Universidad, que resultó en una escalada de violencia y represión, producto de la cual, no solamente provocando la muerte de estudiantes y apresamiento de dirigentes universitarios, sino que provocó el clima de inestabilidad en el que las pugnas internas políticas, se extendieron a la estructura de la institución.

Las reivindicaciones sobre el libre ingreso, no fueron de la mano con las políticas, en tanto infraestructura, personal docente y administrativo, lo que provocó una crisis interna en la Universidad. Las intenciones de la Segunda Reforma Universitaria no fueron aplicadas de forma eficiente por los grupos que se disputaban la dirección de la Universidad, lo que conllevó a las luchas por intereses particulares.

Menciona Moreano al respecto que

a pesar de ciertas conquistas democráticas, la elección de autoridades y el estilo de gestión académica y administrativa, reproducían el sistema de nobles imperantes en la sociedad, amén de la creación de pequeños feudos en las facultades. (Moreano, 1987: 21)

Es decir que, un sector de la izquierda principalmente vinculado al PCMLE, tomaba a facultades como centros de su acción política, que incluso llegaba a reprimir violentamente la sospecha de la presencia de otra fracción política.

Sin embargo, y a pesar de estos inconvenientes, los intelectuales lograron utilizar estrategias que les permitieron producir y difundir de distintas maneras el pensamiento. Lograron los apoyos de la Universidad y mediante alianzas pudieron publicar mucho de su pensamiento y crítica desde la Editorial Universitaria.

La Editorial, en el contexto analizado, tuvo como objetivo a la clase media que estaba conformada por la comunidad universitaria. Varios de los títulos publicados no solamente eran para el consumo interno de la Universidad sino que tenían como fin la sociedad en su conjunto. Las publicaciones de los estudios en las diferentes ramas de las ciencias, desde el derecho, la literatura, la medicina hasta las ciencias veterinarias, hicieron que la Editorial se convirtiera en uno de los principales difusores del pensamiento.

Todos los planteamientos propuestos en este capítulo, las reformas universitarias y sus actores, comunidad educativa universitaria, estudiantes y docentes principalmente; movimientos políticos, autoridades, y grupos de intelectuales, así como la Editorial Universitaria, van redefiniendo el campo intelectual del país y constituyendo un campo intelectual en el que el desarrollo del pensamiento y de la ciencias pudieron desarrollarse.

De esta forma la universidad ecuatoriana y la Universidad Central específicamente, se convirtieron en un escenario donde las relaciones de fuerza, donde los intelectuales (escritores, académicos, entre otros) intentaron preservar una memoria y producir materiales y obras que ocuparon y ocupan aún posiciones importantes dentro del espacio social y cultural.

CAPÍTULO IV DEBATES NACIONALES Y UNIVERSITARIOS

Introducción

En esta sección abordo algunos debates importantes que los intelectuales de la década tradujeron en posiciones político-académicas y formas de intervenir intelectualmente en la vida nacional.

En sus escritos desarrollaron representaciones que nos ofrecen la imagen que tenía de sí el nuevo intelectual ecuatoriano, imágenes de identidad sobre su función y su responsabilidad frente al contexto conflictivo de la época. La cultura nacional popular, la movilización estudiantil junto con sus íconos, entre estos el héroe joven, Milton Reyes. Así mismo, observaremos sus reflexiones sobre la relación entre el intelectual y los movimientos populares y en ellos el intercambio con sectores populares, anhelado y temido.

Con este propósito, se utilizarán varias fuentes primarias, como los ensayos de intelectuales como Agustín Cueva, Érika Silva, y publicaciones involucradas con el Frente Cultural y los Tzántzicos, así como las perspectivas desde textos producidos y editados dentro de la UCE, como los Anales, los Cuadernos Culturales; revistas de las diferentes facultades y asociaciones de escuela; y textos de los movimientos estudiantes, por ejemplo, FRIU, FIU, entre otros. De este modo, se confrontarán y se discutirán debates en los que las voces de los diferentes movimientos políticos e intelectuales intentaron describir sus visiones sobre la sociedad y sus cambios; se intentará mirar desde dónde y cómo reflexionaron ellos estos procesos, de qué manera concibieron la cultura y la acción política, y cómo se vincularon a los distintos movimientos políticos; es decir, una reconstrucción de estas manifestaciones políticas y literarias de la década del setenta, retomando lo propuesto por Ranciére, estos “enunciados políticos o literarios tienen efecto sobre lo real” (Ranciére, 2009: 49), forman parte de lo sensible, por lo que aportan a la construcción de los procesos, los sujetos y los espacios (Ranciére, 2009).

La imagen del intelectual

La producción cultural relacionada con la izquierda, en tanto que grupos culturales, especialmente el Frente cultural y su revista *La bufanda del sol*, y los diferentes debates

expuestos en los diferentes ensayos sociológicos, resultaron en un espacio de difusión de sus ideas.

La construcción de los intelectuales de izquierda en la década del sesenta y setenta, no solamente en el Ecuador, sino en América latina, se centró en las lecturas e interpretaciones sobre el marxismo, sobre Sartre y el existencialismo. La figura del ‘intelectual comprometido’ planteó una ruptura con las formas de análisis de la cultura y el contexto de América Latina frente al colonialismo, el desarrollismo en el sesenta y la Teoría de la Dependencia en el setenta, la teología de la liberación, la influencia de Paulo Freire y su teoría de la pedagogía del oprimido, el boom latinoamericano, y los acontecimientos fuera del continente en relación con las luchas libertarias en Europa y Asia; y la intención de cuestionar cuál era su papel como intelectuales en las transformaciones que abanderaban.

En el editorial de la revista *La bufanda del sol* No. 1, Alejandro Moreano describe este compromiso del intelectual como

una TOMA DE CONCIENCIA de su responsabilidad, de su proyección política; puesto que consideramos que todo acto artístico conlleva una actitud política, [...]. Es así que creemos que la misión del escritor latinoamericano es tomar conciencia del proceso dialéctico; lo que implica, en los momentos de crisis, de agonía de una etapa histórica, la posibilidad de superar mentalmente las contradicciones dialécticas y convertirse en sujeto de la historia; esto es, transformarse en vidente, y aportar en su indisoluble unidad escritor-hombre al hecho revolucionario, [...]. Su rebeldía y su proyección movilizadora de la conciencia revolucionaria lo abarca totalmente. (1965: 3)

En el texto de Sartre *¿Qué es la literatura?*¹⁰, (texto considerado como el de mayor influencia, entre otros del mismo autor) la idea del intelectual trasciende las perspectivas de su especialización o la utilización de la técnica, lo presenta como un ser humano con una función dentro de la sociedad, que ha tomado conciencia, y en el tiempo, con una voz capaz de comunicar lo esencial de la conciencia humana, con un compromiso público y rebelde; deja de ser un espectador que pretende cambiar las estructuras en las que vive, un cambio radical y para lo cual utilizará sus recursos, pensamiento, arte y acción, para lograr ese objetivo.

¹⁰ Sartre, Jean Paul (1969). *¿Qué es la literatura?* AR. Losada: Buenos Aires.

Para Sartre la legitimidad política atribuida a los intelectuales se presentaba en la toma de una posición crítica e independiente en el desarrollo del pensamiento, “Rechazando la postura del perro guardián como la del clérigo, Sartre encarnó al intelectual en rebelde contra sí mismo, contra su clase y su cultura, y esperó abolir la distancia entre el pueblo y las élites” (Noudelmann, 2007: 93-94). Esto significa tomar una posición dentro del campo de fuerzas.

De los Tzántzicos al Frente Cultural

En los sesenta, década de una inestabilidad política, que terminó en la autodictadura de Velasco Ibarra, entró en la escena política y cultural uno de los colectivos estéticos importantes, los Tzántzicos.

Ulises Estrella, Fernando Tinajero, Bolívar Echeverría, Luis Corral, entre otros, estudiantes de la Facultad de Filosofía de la Universidad Central del Ecuador (UCE) se juntaron con el afán de reinterpretar el arte, criticar las políticas culturales manejadas desde la Casa de la Cultura y cuestionar el papel de los intelectuales, así buscaban:

revertir el orden de las cosas a fin de cambiar aquella manera caduca de gobernar, de sentir, de pensar y atacar lo que estaba a su alcance, lo que la literatura ecuatoriana había producido hasta ese momento, porque consideraban que ya era hora de poner en práctica el compromiso del intelectual que no calla sino que denuncia, que no sirve al poder sino que lo enfrenta. (Freire, 2008: 19).

Para Tinajero lo que ellos emprendieron era una empresa que suponía un parricidio intelectual en el sentido de negar la validez de la cultura de la que eran herederos (Tinajero, 2004). La vigencia de la revolución cubana y los movimientos revolucionarios que terminaron en la descolonización de países africanos hicieron de los Tzántzicos un movimiento que representó la crítica hacia las instituciones, al avance del capitalismo y un afán hacia la toma de consciencia, hacia una desenajenación de los ecuatorianos. Sus actividades poéticas teatrales se realizaban en la CCE, los colegios, los sindicatos, las fábricas, las calles y plazas, y su centro de organización era la UCE. La difusión de su pensamiento y su crítica se concentró en la publicación de la Revista Pucuna.

Desde los análisis de Rafael Polo, la crítica que proponían los Tzántzicos se representaba como una

Desmitificación del orden cultural hegemónico operó en la manera de hacer literatura (la novelística indigenista y el realismo social) y la política de la generación anterior, y de la generación del 30. Replantearon, desde la matriz sartreana, la tesis del intelectual comprometido. [...] El compromiso continúa con la ‘nación’ pero ahora comprendido como superación del subdesarrollo, de la inautenticidad, de la herencia colonial, como crítica a la ideología de la dominación con la necesidad de construir una teoría de la revolución en las décadas siguientes. (Polo, 2012: 48)

En la búsqueda de conformar un campo más amplio de actividad política y cultural, y buscando una “evolución dialéctica” (Freire, 2008), miembros del grupo de los Tzántzicos decidieron dar forma al Frente Cultural, como un espacio de militancia política para los intelectuales.

En el editorial de una de sus publicaciones en 1968, en la revista que llevó como nombre *Frente Cultural*, propuso un cambio en la visión que se tiene de la cultura hasta ese período, en el sentido de que

La cultura que propugna el FRENTE CULTURAL es la de compenetración con los problemas, ansias, debilidades y fortalezas de todos los sectores oprimidos de nuestro país. Una cultura como medio de liberación. (Frente Cultural, 1968: 2).

Así también, la intención de incluir a los grupos sociales subalternos se mostró en el primero de sus manifiestos: “Será un Frente de Trabajo en común en el que participarán obreros, estudiantes, maestros, profesionales, campesinos” (Freire, 2008: 118), y la participación de varios intelectuales ensayistas, escritores, artistas constituyen algunas de las características de la propuestas de transformación radical anticapitalista en el Ecuador. Raúl Pérez considera importante el trabajo de la militancia política desde gente que hacía artes (literatura, cine, teatro pintura, etc.), en especial desde la época de los tzántzicos, recuerda a Fabio Pachioni, uno de los promotores del teatro en el Ecuador de los años 60 y organizador de presentaciones en fábricas, barrios y otros, y menciona que

cuando íbamos a las fábricas [...] nos dábamos cuenta que la receptividad de ellos [los obreros] era más profunda más halagadora que la receptividad de la clase media en la Casa de la Cultura; había otra profundidad de recibir el poema el cuento, la obra de teatro, la pintura. Eso nos dio una fuerza para conocer qué es lo que vivía el obrero, la gente pobre, nos acercamos a barrios llenos de miseria, algunos fueron al campo y esas experiencias enriquecieron nuestra literatura. (Raúl Pérez, 2012)

Finalizada la década del sesenta, el Frente Cultural estuvo vinculado con la izquierda revolucionaria, el PCMLE (Partido comunista marxista leninista del Ecuador) de tendencia maoísta. Algunas actividades del Frente se incluyeron en uno de los órganos de difusión del Partido, la revista *En marcha*, en la que se destaca su carácter antiimperialista y su relación con las masas populares, frente a las actividades de la Casa de la Cultura Ecuatoriana:

Uno de los medios de los cuales se ha valido el Frente Cultural para llevar a cabo su actividad patriótica de formar un amplio frente antiimperialista, que proponga decididamente su lucha a la brutal explotación y saqueo de las riquezas nacionales, es el de “conversar públicamente”. Esto es la discusión en plazas con la masa popular de diversos aspectos de la explotación, el desenmascaramiento de las actividades imperialistas en nuestro país.

[...] Por otro lado, la Casa de la Cultura, institución por elementos oportunistas y claudicantes, no se ha pronunciado contra el saqueo imperialista. (En marcha, 1971)

Iván Carvajal recogería este hecho en 1974 en una crítica en la que lo destacó como un “producto de la desesperación de los intelectuales de izquierda por demostrar su compromiso revolucionario ante los grupos de izquierda estudiantil” (Carvajal, 1974: 5).

Sin embargo, algunos miembros del Frente serían expulsados o se retirarían del amparo del PCMLE.

Las actividades del Frente, también contaban con la colaboración de otros grupos con intenciones de difundir la cultura popular: los tzántzicos, el Grupo VAN, los “Canchis” y otros que, involucrados en actividades políticas, artísticas e intelectuales, intentaban reflexionar y criticar sobre los procesos en el Ecuador.

Dos publicaciones dieron cuenta de la presencia del Frente Cultural, las revistas *La bufanda del sol* y *Procontra*.

La revista *La bufanda del sol*, que circuló desde 1972 a 1977 en 12 publicaciones, fue donde se plasmaron las ideas, reflexiones sobre la cultura nacional, los procesos políticos, sociales y culturales que formaban parte del Frente Cultural en la década del setenta. Como menciona María Teresa Gramuglio, las

Revistas y grupos culturales son formaciones características y significativas de la vida intelectual en las sociedades modernas. Revelan el pulso de los tiempos en que se desarrollan, [...] definen posiciones en el campo intelectual. (Gramuglio, 2010: 192)

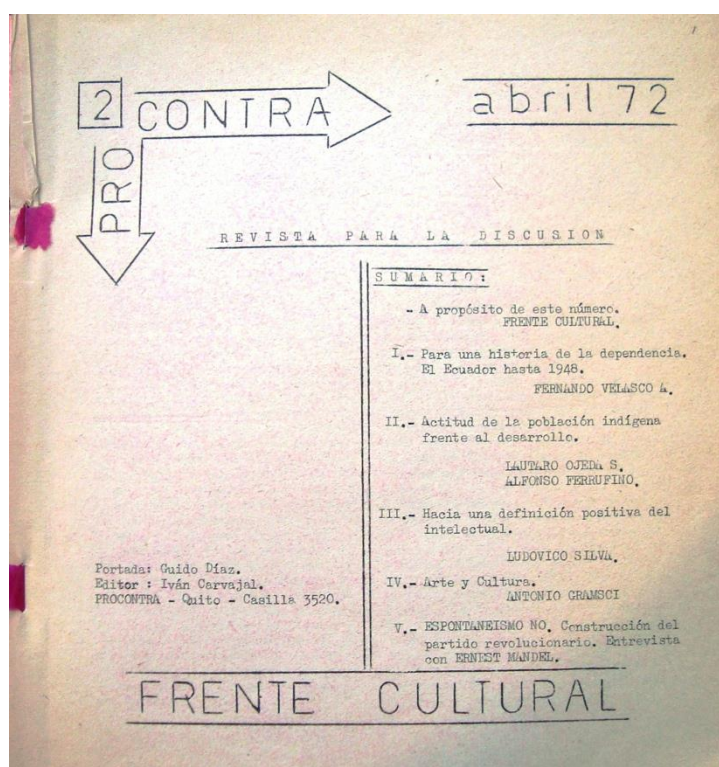
De esta forma, la producción cultural de los intelectuales en estos términos, reflejan sus posturas políticas, ideológicas y culturales, revelan las relaciones de fuerza entre los diferentes actores, con un lenguaje político, por lo que es posible detectar en sus artículos, ensayos y producción literaria los debates en los que se concentraron y como esto se traducía en acción, es decir, su decidida crítica anticapitalista, la intención radical de una transformación social, y la creación de una teoría que apunte a la organización social.

Esta producción, como se mencionó anteriormente, tiene como referente los pasos dados por el tzantzismo, en tanto al cambio de actitud del intelectual, que se verá radicalizada con expectativas de un cambio social.

Una reflexión retrospectiva sobre el Frente cultural y *La bufanda del sol* lo plantea como

el más serio esfuerzo realizado en la década del setenta para reflexionar sobre los problemas concretos de la sociedad y la cultura y para difundir la creación literaria que, andando en el tiempo, habría de constituirse en la más clara referencia del comienzo de la literatura contemporánea. (Proaño, 2011: 16)

Por otro lado, *Procontra*, sin alejarse de la producción de literatura, se concentró en constituirse en un instrumento de difusión de propuestas teóricas y de crítica. En su redacción participaron Hugo Cifuentes, Iván Carvajal, Raúl Arias, José Ron, Luis López, Humberto Vinuesa, Ulises Estrella, Francisco Proaño, Alejandro Moreano, Regina Katz, Esteban del Campo, Carlos Fiallos, Rafael Lara, Abdón Ubidia, Juan Andrade, Rocío Madriñán, Simón Corral, Mirtha Tamayo, Fernando Velasco, y colaboradores como Bolívar Echeverría, Marianela Boán, Jorge Rodríguez Quintana.



Fuente: Procontra 2, 1972. Sumario

En los dos números encontrados de esta publicación y especialmente en el número 2, publicada en Abril de 1972, se aclaró el por qué de su existencia, que fue compartida con el Frente Cultural, en estos términos:

PROCONTRA nació para vincular a los intelectuales progresistas y revolucionarios, para unificar el pensamiento de izquierda, no con una posición exclusivista, sino como un aporte para la discusión y la reflexión. (Procontra 2, 1972: 1)

Además, definió tres lineamientos básicos de su crítica: “I. Una toma de posición política [...] II. La necesidad de la elaboración teórica [...] III. Las dificultades existentes para la investigación. La falta de libertad de investigación” (Procontra 2, 1972).

La “toma de una posición política” describió no solamente lo político sino también una postura ideológica marxista. Sus artículos reflejaron esta tendencia, e incluso, se publicó las posturas de Gramsci sobre Arte y Cultura. A pesar de que, en una de las entrevistas realizadas se negó la influencia de Gramsci sobre estos intelectuales, existieron, como en este caso, evidencias que mantenían vigente las categorías

gramscianas y el papel del intelectual como el vínculo orgánico. Estas posiciones se describen así:

Consideramos que el momento actual exige el desarrollo del pensamiento socialista (marxista) ecuatoriano que piense la realidad en términos científicos, un pensamiento no dogmático no sectario, fortalecido en la constante discusión que posibilite la formación y consolidación de un movimiento socialista que efectivamente represente y dirija a las fuerzas populares de la nación. (Procontra 2, 1)

La necesidad de la elaboración teórica, mira deficiencias en la capacidad de los movimientos subalternos para desarrollar objetivos concretos en función de lograr la revolución y la emancipación, por eso mira con urgencia el plantear una producción teórica revolucionaria:

En el momento actual se hace evidente la necesidad de una teoría que sea el hilo conductor de la izquierda ecuatoriana. Las crisis de los movimientos, la desarticulación orgánica, la dispersión del trabajo, las exigencias de objetivos claros y concretos manifestadas por sectores de base, conducen a una conclusión: la inexistencia de una teoría revolucionaria. (Procontra 2, 1972: 2)

La crítica de este grupo no fue solamente a la des-alienación sino que propuso mecanismos teórico que permitieran la organización de los grupos subalternos y no solamente poner en evidencia las desigualdades presentadas con la manipulación y la ideología de los grupos dominantes sino también llevar a la práctica política objetivos concretos de agrupaciones campesinas, indígenas y trabajadores.

No solamente la construcción teórica sino la crítica hacia el sistema, eran el centro de esta publicación. Ya en 1972, la revista publicaba los análisis sobre la teoría de la dependencia de Fernando Velasco.

Las instituciones educativas y en especial la Universidad, también fueron parte del análisis del Frente Cultural. El tercer lineamiento sobre “Las dificultades existentes para la investigación” señaló que la concepción laica alrededor de la educación ubicaba a las instituciones como el “templo del saber”, que no se aleja de la “tradicción liberal-burguesa” de las instituciones religiosas (Procontra 2, 1972). Esto resultó en dos perspectivas:

En primer lugar, oculta la función del aparato educativo como vehículo transmisor de la ideología dominante a todas las capas sociales [...]. En segundo lugar, tal concepción oculta la escisión existente entre la realidad y la vida, de un lado, y los contenidos

asimilados en el aprendizaje, por otro. Oculta la creación de un privilegio sui-generis, el de los titulados. (Procontra 2: 5)

Todo este recorrido a través de los momentos más sobresalientes respecto a al desarrollo de las producciones culturales de los intelectuales, planteó los conflictos externos en relación al campo intelectual en el Ecuador. Además presentó, principalmente, los lugares de enunciación del pensamiento. En primera instancia, la relación de los intelectuales productores de literaria y crítica que estaban vinculados a la izquierda ecuatoriana. Seguidamente, se mostró como la CCE estableció como la institución desde la cual la autoestima cultural de la nación se fundamentaba, por lo que se convirtió en el principal espacio de crítica, precedido por Benjamín Carrión en la década del 50. Finalmente, los colectivos culturales como los lugares desde donde intentaban crear nuevas formas de manejar las políticas culturales, fuera de las instituciones, en este caso la CCE. Los Tzántzicos fueron los encargados de esta crítica, que luego fue radicalizada por el Frente Cultural.

La Universidad Central del Ecuador como centro de operación de estos grupos (Tzántzicos y, posteriormente, el Frente Cultural), ha sido poco referida en las investigaciones como un campo de producción en sí mismo, con excepción de Rafael Polo, y se lo ha mencionado de forma prácticamente marginal. En la década del sesenta, los Tzántzicos cambian su lugar de concentración de la CCE a la UCE, puesto que “encontraron allí el ambiente propicio para el despliegue de sus críticas a la cultura oficial como un momento de la crítica a “las relaciones sociales imperantes”” (Polo, 48). Algunos de los que fueron estudiantes de ese centro educativo, luego pasaron a ser parte misma del cuerpo docente y administrativo de la universidad.

Todo este análisis motiva a repensar el papel de los intelectuales y su relación a la Universidad como un centro de difusión del pensamiento crítico de la cultura en la década del setenta.

La cultura nacional

La Casa de la Cultura Ecuatoriana (CCE) fue uno de los espacios institucionales en los que los debates sobre la cultura nacional se desarrolló desde la década del 40 y cuya figura fundamental fue Benjamín Carrión.

Rafael Polo considera que la aplicación de las políticas culturales por parte de la CCE fueron “urgente”, pues

la construcción simbólica de la nación ecuatoriana, que se halló sintetizada en la fórmula de uno de los considerandos del decreto presidencial, que oficializa la fundación de la Casa: «robustecer el alma nacional y esclarecer la vocación y el destino de la patria». (Polo, 2002: 21)

Esta construcción simbólica era imperativa en relación a las crisis provocadas por la Guerra del 41 con el Perú y las políticas casa adentro.

Para mirar los debates sobre la cultura nacional, es necesario mencionar que anterior a la fundación de la CCE, no existía una institución estatal que regule las políticas culturales, por lo que los escenarios de producción cultural no contaron con el apoyo del Estado, y su difusión se realizó primeramente en el exterior por la inexistencia de un organismo tanto público como privado, que se encargue de la reproducir la producción literaria, especialmente.

La cultura nacional vista desde el Franz Fanon se considera como

el conjunto de esfuerzos hechos por un pueblo en el plano del pensamiento para describir, justificar y cantar la acción a través de la cual el pueblo se ha constituido y mantenido. La cultura nacional en los países subdesarrollados, debe situarse pues, en el centro mismo de la lucha de liberación que realizan los mismos países. (Fanon, 2007: 214)

De aquí que los procesos históricos y culturales que logren interpelar a los diferentes sectores de la nación y provocar su vinculación, aporten a la construcción de esa cultura que propone Fanon. En este trabajo se mencionaron algunos de los momentos en los que posiblemente se logró una coalición que permitió modificar las perspectivas de cultura: las revoluciones Juliana y Gloriosa, sin descartar los factores políticos de trascendencia que influyeron en la construcción del campo intelectual, como el populismo y sus consecuencias, y las dictaduras, en especial, la que tomó como bandera al nacionalismo revolucionario.

Los debates alrededor de la cultura, plantean la carencia de una hegemonía de las clases dominantes que no les permitió ejercer una dominación en los grupos subalternos de la sociedad (Silva, 1989). Recordemos que los grupos dominantes, no lograban unificarse, aunque muchos sí tenían una gran influencia sobre indígenas, campesinos.

Los altos índices de analfabetismo, el problema del mestizaje y el racismo, la falta de un proyecto nacional incluyente, que desde el Estado lograra plantear políticas culturales que utilizaran a los aparatos ideológicos, especialmente las instituciones educativas, fueron algunos de los problemas al plantearse el desarrollo de una cultura nacional.

Un punto de referencia que se vinculaba a la cultura era (y es aún) la producción literaria, pues constituye una manifestación de vínculos entre grupos sociales, por lo que el papel de los intelectuales es fundamental. Los intelectuales a los que Benjamín Carrión llamó la Generación del 30 cumplieron el rol de vincular a los diferentes grupos sociales, subalternos y dominantes, en la construcción de lo nacional.

La cultura popular es otros de los puntos del debate, siempre a la vista de los escritores del realismo social. Los

intelectuales que configuraron el movimiento cultural más importante del país; no fueron de ninguna manera “testigos” de la realidad, y, [...] tenían una gran lucidez consciencia, lucidez que no solo estuvo proporcionada por las lecturas que hicieron sino por su militancia y cercanía a las organizaciones políticas contraestatales y sobre todo por la conciencia nacional [...] que se había desarrollado en el Ecuador a través de las luchas de la clase obrera y el campesinado. De ahí que “lo ecuatoriano” sea “lo popular” y “lo popular” sea “lo revolucionario”. (Silva, 1989: 271).

De este modo, la CCE se convirtió en un segundo momento en un lugar de producción y de pensamiento, que encontrará a sus críticos más fuertes, en los jóvenes Tzántzicos en la década del sesenta y al Frente Cultural y los intelectuales vinculados a la universidad pública en la década del setenta.

Para Gramsci, la cultura nacional puede llegar a ser

una “concepción de la vida y del hombre” nacionalmente propagada, coherente y unitaria, una “religión laica”, una filosofía que se convierte en cultura porque ha generado una ética, un modo de vivir, una conducta civil individual. (Gramsci, 1967: 106)

De esta forma la cultura articula a las clases altas (“cultas”) con las populares, por lo que la noción de hegemonía resulta pertinente en el análisis de la cultura.

Una de las características de la sociedad ecuatoriana fue la débil construcción de una hegemonía cultural que vinculara e intentara involucrar en las prácticas políticas a las clases subalternas. Las clases dominantes no lograron superar la representación de

sus intereses corporativos de forma elitista, no tuvieron el afán de involucrar a toda la sociedad en la construcción de objetivos económicos, políticos, sociales e ideológicos.

Las clases dominantes poseen la posibilidad de articular a los sectores y culturas subalternos por medio de la ideología, así son capaces de construir y dar forma a la cultura de una sociedad. En este sentido, la iglesia católica jugó un papel importante pero como un “elemento de dominación, de sujeción y de subordinación” (Silva, 1986: 450), no hegemónico, de los sectores populares, lo que hizo que la brecha entre la clases dominante y populares se extienda de tal forma que la imagen de lo nacional se disperse en los discursos de clase.

En las décadas de los 20 y 30, las clases dominantes (terratenientes, agroexportadores, comerciantes, principalmente) excluían de las expectativas de la nación ecuatoriana a los indígenas, por lo que los intelectuales respondían a los modelos extranjeros, en especial los europeos. Desde este punto de vista, los proyectos “nacionales”, la organización política y estatal respondía a las clases relacionadas con el poder económico, político (partidos tradicionales: conservador y liberal) y religioso.

A pesar del rudimentario crecimiento industrial y capitalista emergió la clase obrera, no solamente como la contraparte de la burguesía, sino como participante en la política nacional. La fundación de los partidos Socialista y Comunista dio una nueva perspectiva al escenario político ecuatoriano, una perspectiva que tenía la probabilidad de alcanzar la hegemonía en la inclusión de las clases subalternas a la idea de nación.

Los intelectuales, identificados especialmente con el literato, el artista, en este contexto de una naciente organización obrero campesina, representada en los partidos de izquierda, respondieron a los cambios políticos, económicos y sociales de la época.

El grupo de intelectuales, identificado como la “Generación del 30”, excedió las limitaciones de la categoría de intelectuales tradicionales ligada a la clase terrateniente y las instituciones religiosas, a pesar de no pertenecer directamente a los sectores populares.

Uno de los procesos más significativos de este periodo fue la urbanización de las ciudades, y con ella una cultura ligada a la modernidad. Las clases medias enfrentaron un desarrollo acelerado, lo que muchos denominarían “burguesía”, e intervinieron en la producción cultural. Por su parte, los gobiernos militares en la década del setenta estimularon formas diferentes de traducir los cambios en la sociedad ecuatoriana frente

a las décadas pasadas. El periodo de modernización y crecimiento del Estado, sus formas de control y orientaciones culturales tuvieron discursos y prácticas que hicieron posible una mayor visibilidad en la escena de lo social de grupos subalternos.

Los discursos nacionalistas y desarrollistas que promovió el Estado, fundamentados en la *Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador*, a pesar de proponer imaginarios más integradores que los de la derecha conservadora y el velasquismo evidenciado, convergieron en ser funcionales “[...] a la acumulación de la riqueza de los grupos más capaces y a la siempre desigual redistribución de ella por los estratos más marginales de la sociedad” (Sánchez-Prada, 1988: 37), lo que provocó que los discursos culturales no sean eficientes en el campo de lo simbólico (Sánchez-Parga, 1988). Las políticas culturales estuvieron enfocadas a estos dos ejes (desarrollismo y nacionalismo) en los programas de la Junta Nacional de Planificación y el Plan Nacional de Transformación y Desarrollo, publicados entre 1973 y 1977, miran a la educación como una “inversión de alta rentabilidad” y el fundamento del desarrollo socio-económico del país.

Frente a estos planteamientos, las discusiones y la crítica sobre lo nacional y lo popular que se dan en los grupos y los productores culturales en la década del setenta serán una constante, especialmente en los ensayos y la producción literaria.

El Frente Cultural como promotor de una “actitud revolucionaria” propone, desde la militancia política, un acercamiento hacia lo popular que permita un diálogo crítico interclasista; en la publicación del Frente de 1968 se puede mirar su búsqueda de aportes de todos los sectores sociales, por lo que uno de sus objetivos es ser ese espacio en el que

sobre todo se dará paso a la polémica y se abrirá las páginas a toda persona de cualquier sitio del país que desee opinar, integrarse al Frente Cultural, apoyar la gran campaña de culturización popular. (Frente Cultural, 1968)

Esta campaña no solamente involucró a intelectuales, escritores o críticos, sino a artistas plásticos, gente que miraba al teatro como una forma de crear conciencia, y otros, siempre en el marco de la acción, la reacción política y la desenajenación de todos los sectores.

Se evidencia además su oposición a la administración de organismos oficiales encargados de promover la cultural, como la Casa de la Cultura Ecuatoriana; en su

Declaración de principios se promovió “Luchar por una verdadera autonomía de la CCE, que garantice la participación efectiva y democrática de todos los trabajadores de la cultura”. (Sánchez-Prada, 1988: 71)

Sin embargo, la conceptualización de lo popular no será definida en sus estas etapas, sino a través de los ensayos y escritos publicados.

Según el estudioso contemporáneo de Rafael Polo, *La bufanda del sol* funcionó como el espacio donde se pretendía desvelar los mecanismos de la enajenación, que “hace posible que se hable de encubrimiento, manipulación, ocultamiento, de una esencialidad, que se encuentra, por eso mismo distorsionada” (Polo, 2011: 121), que representa la cultura dominante como enajenación.

Efectivamente los intelectuales de la izquierda radical en las publicaciones del periódico *En marcha*, hablan de cómo las clases dominantes la impusieron y cómo la radicalidad de la revolución sería el mecanismo con el que se tomaría la conciencia de la enajenación en la cultura.

Desde las perspectivas de Iván Carvajal, la dependencia hace de la cultura un mediocre remedo de la metrópoli, por esto plante un

complejo desde occidente. Países dependientes, cultura dependiente.
Escritura dependiente de las modas metropolitanas. Tecnología dependiente. Técnicas literarias dependientes.
LUCHA DE CONTRARIOS: dependencia/independencia.
País dependiente, nación por independizarse. Cultura dependiente, cultura por independizarse. Escritura por independizarse. (Carvajal, 1974: 6)

La presencia de estas dicotomías ponen en evidencia la reflexión sobre las clases dominantes y clases dominadas, que se traducen en la Cultura dominante vs cultura popular (Polo, 2011), y en la búsqueda de una cultura ecuatoriana auténtica.

En esta búsqueda persistente de los intelectuales se mitifica a la “cultura” y se dilatan otras temáticas del hombre, que trabaja y produce en todos los tiempos y lugares, independientemente de los grupos de los que se hable, la crítica se concentró en el exclusivismo de las culturas (lo “propio”) como la identidad cuasi profunda de los pueblos.

En las décadas de 1950 y 1960, los debates sobre este tema y la construcción de una nación ecuatoriana reflejaron la necesidad de cohesionar a los grupos de la sociedad frente a la pérdida del territorio que se ocasionó en la guerra con el Perú de 1941. Los

intelectuales, y principalmente Benjamín Carrión, fueron los abanderados en la construcción de lo que constituiría esa “Pequeña Nación [que necesitaba] ser un pueblo grande en el ámbito de la espiritualidad, de la ética, de la solidez institucional, de la vida tranquila y pulcra” (Carrión, 2009: 53).

En este sentido, la discusión sobre la cultura mestiza, puso en consideración lo colonial y lo indígena, principalmente. Y, de nuevo, los intelectuales de la década del 70 retoman a las discusiones del movimiento del 30 que pusieron en la escena de la cultura, especialmente de la literatura, las problemáticas de los grupos subalternos que empezaban a organizarse políticamente y a movilizarse contra las clases dominantes (terratenientes, agroexportadores, y otros), junto a los partidos y movimientos de izquierda y la participación de las clases medias urbanas. La naciente clase obrera, los indígenas, montubios y otros, fueron los objetos sobre los cuales los escritores intentaron sostener sus intenciones de integrar y vincular estos grupos al concepto de nación, cuyos personajes y problemas fueron construidos “desde fuera, vistos por otra conciencia, solidaria y crítica, pero diferente” (Adoum, 2011: 113).

Agustín Cueva en su artículo *Sobre nuestra ambigüedad cultural* publicado en 1967 resalta la condición histórica cultural del Ecuador que, en términos de colonización, se divide en dos planos que no “encajan”:

La cultura hispanizante es una totalización ilusoria sin sustrato real, mientras que la heteróclita realidad americana es un sustrato sin totalizar; ésta, una inercia relativa, aquella una aberración [...] hay una lucha denodada entre una ideología que mantiene en jaque a la realidad y una realidad que pone permanentemente en jaque a la ideología” (Cueva, 1986: 295-296)

En la figura del mestizo se muestran el conflicto entre las dos culturas, una identidad dispersa que no es compatible con la que algunos consideraban parte de la nación. Esta ambigüedad pone al mestizo como una categoría que intentó vincular esta falta de identificación con los grupos indígenas y los blancos, la cultura mestiza resultaría una categoría donde se podrían amalgamar las dos anteriores en una identidad nueva, que agrega a la construcción de la nación las características de mestiza. Sin embargo, ese afán totalizador y unificador de la cultura no se resuelve con esta intención del mestizaje puesto que “la cultura de este país no es firmemente mestiza en cuanto no ha logrado un verdadero y sólido sincretismo, capaz de definirla como entidad original y robusta” (Cueva, 1986:305).

La clase obrera

Uno de los principales ejes del debate desde los movimientos de izquierda fue la clase obrera y la lucha por crear una consciencia de clase que los lleve a la revolución proletaria. Como principales actores del cambio radical político, económico y social el movimiento sindical y la organización política de la clase obrera, la izquierda intentó adoctrinar y crear una consciencia de clase desde diferentes frentes.

Los intelectuales de la década en estudio, intentaron vincularse, por medio de la organización cultural, a trabajadores en fábricas, sectores campesino y a las clases populares. Obras de teatro, recitales, pero especialmente publicaciones distribuidas dentro de estos grupos, fueron algunos de los mecanismos de crear esta consciencia y difundir una ideología que buscaba ser hegemónica.

El desarrollo histórico del capital en el Ecuador, siendo dependiente de formas tradicionales de producción (alimentos y materias primas), hizo que el acceso a la tecnología sea limitado por las características propias del sector agrícola, las experiencias en la producción de productos primarios restringió la adopción de estas tecnologías y el desarrollo de mecanismos que permitan una eficiente producción de bienes de capital. Es importante mencionar que los cambios respecto a la oferta y la demanda, en los mercados internacionales, estaban controlados por empresas que manejan grandes monopolios de producción a nivel mundial (Velasco, 1979)¹¹. Así,

Las características de nuestro proceso de industrialización, altamente dependiente del capital monopólico internacional, fuertemente centrado y con reducida capacidad de absorción de fuerza de trabajo, van a impedir modalidades específicas a la dominación y a la insubordinación obrera de la fábrica. (Velasco, 1987: 40)

La presencia de la clase obrera, dadas las condiciones sociales, económicas y políticas de la década del 70, constituye en actor importante en las transformaciones de la organización política y reivindicaciones no solamente de la población obrera sino de otros grupos de trabajadores, los campesinos y aquellos del sector público. Estos acercamientos benéficos para el movimiento obrero y sindical,

ya que el contacto con grupos diferenciados de trabajadores les concede un poder convocatorio que rebasa los límites de su propia

¹¹ Fernando Velasco explica como la United y la Standart Fruit manejaron los centros de producción bananera y los mercados centroamericanos y el ecuatoriano desde 1948. Velasco, Fernando (1979). *La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales*. Quito: Editorial El Conejo: 29-32.

afiliación, como sucedió en las distintas huelgas nacionales realizadas a partir de 1975. (Farrell, 1983: 178).

Desde la perspectiva de la izquierda marxista leninista, la participación de la clase obrera en la lucha política, por sus reivindicaciones salariales y otros beneficios, “posibilitará el desarrollo de su conciencia de clase”(En Marcha, 1970).

Uno de los principales arquetipos que el movimiento obrero y sindical toma como referencia a través de los artículos de la revista *En Marcha* fue la masacre del 15 de noviembre de 1922. Este hecho fue tomado como fundacional del movimiento obrero ecuatoriano y se refieren a él de la siguiente forma:

El movimiento de Noviembre de 1922 es [...] ejemplar dentro de las luchas de los obreros ecuatorianos. Es el punto de partida de un movimiento obrero unitario, sólido, por el grado de solidaridad y de participación en la huelga general y en las manifestaciones. Demostró así mismo, la violencia de los enemigos de la clase obrera, la furia con que las clases dominantes están dispuestas permanentemente a reprimir el movimiento obrero. (En Marcha, 1970)

El sentido de unidad de lo que simbólicamente representaba el 15 de noviembre de 1922, tuvo reflejo en las organizaciones de los trabajadores a partir de década de 1970, quienes en 1971 logran coincidir en un pliego de reivindicaciones que llevó a realizar un desfile por conmemoración del 1 de mayo en el que participaron, y a pesar de sus diferencias, la CEDOC, CTE, CEOLS y los trabajadores públicos organizados. Algunas de las consignas principales que plantearon en la plataforma de lucha de la clase obrera, además de sus intereses corporativos fueron:

- 1.- [...] la nacionalización del petróleo, sin indemnización.
- 2.- [...] la estatización del comercio de exportación del banano.
- [...]
- 4.- [...] la ruptura de todos los pactos con el imperialismo y por la expulsión de todas las misiones, “técnicos y “asesores” extranjeros.
- 5.- Apoyo activo a la lucha de los campesinos por la tierra.
- 6.- Contra la Ley de Educación Superior en respaldo a lucha de los estudiantes por sus derechos.
- 7.- [...] derrocamiento de la dictadura de Velasco. (En Marcha No. 202, 1971: 2).

Desde esta perspectiva, la clase obrera debía ser la que encabezara las luchas de los diferentes grupos, campesinos, estudiantes contra la imposición de la dictadura y por la reivindicación de sus derechos. El rechazo contra el imperialismo, la intromisión internacional en el país es un tema recurrente en las publicaciones del semanario al que

se hace referencia, al respecto el análisis de Fernando Velasco sobre el cómo las empresas transnacionales logran dirigir sus inversiones de carácter industrial a los países dependientes, muestra los cambios en la división internacional del trabajo y la influencia que tienen estas empresas en las decisiones económicas y políticas de los Estados. Dice Velasco:

la estrategia de la empresa transnacional es la dividir el mercado y de consolidar su participación en un mercado interno antes que privilegiar el desarrollo de una industria de exportación de nuestros países. (Velasco, 1979: 65)

Mantener esta producción exigía grados de dependencia en la importación de insumos, materia prima y tecnología, y por ende la necesidad de adquirir financiamiento externo (Velasco, 1979).

Movimiento estudiantil. Símbolos y críticas a su vinculación con sectores subalternos

Esta sección pretende identificar los principales ejes de las luchas del movimiento estudiantil. Las confrontaciones Estado – Universidad surgidas en las décadas de sesenta y setenta, en un clima de inestabilidad política, económica y social, que tuvo su punto cumbre en la represión y muerte de varios estudiantes de la Universidad Central del Ecuador y en el cierre de la institución desde 1970 a 1971.

Estos movimientos no son ajenos a las transformaciones de América Latina por lo que muchos abanderan las consignas de la movilización de Mayo del 68 y Revolución Cubana, las dictaduras de América Latina; los propios conflictos del país que respondían a los nuevos cambios estructurales mencionados anteriormente y la relación con otros movimientos sociales como los indígenas y obreros; además de propios conflictos internos, como la aplicación de la Segunda Reforma Universitaria, su y sus consecuencias administrativas, políticas, económicas, pedagógicas, arquitectónicas y otras.

Las formas de expresión estudiantil no solamente se mostraban en el campo de la acción política sino que se convirtieron en muestras artísticas. El teatro, la poesía, la música fueron una parte de difusión y reproducción política. Por ejemplo, el grupo Noviembre 15, integrado por Rafael Larrea, Javier Ponce, Érika Silva, Rocío Madriñán,

Juan Andrade Heymann, Aurora Almeida e Iván Oñate, tenía como objetivo transformar la realidad utilizando el arte, una acción comprometida.

En este contexto, aparece uno de los símbolos más importantes de la lucha estudiantil, Milton Reyes, considerado como un héroe popular que luego de ser torturado, fue asesinado, las páginas del semanario *En Marcha* así transformaron su imagen en una representación del pueblo y de las luchas populares:

Milton Reyes fue asesinado. Pero su nombre está en los labios y en el corazón de pueblo, en su esperanza revolucionaria; se pinta en los muros de todo el país, junto a miles de consignas de lucha y es grito de combate en asambleas, manifestaciones y huelgas; los intelectuales progresistas y revolucionarios exaltan su ejemplo en poemas y canciones; jóvenes y niños comunes, los mejores, quieren ser como Milton Reyes... (En marcha, 1970)

Así, donde las transformaciones iniciaban su ascenso hacia el capitalismo en toda América Latina, los estudiantes se convirtieron en sujetos, en un “actor que cuestiona la formalización social de la historicidad” (Touraine, 1984: 98). Fueron capaces de criticar su imagen tradicional elitista y apelaron por una democratización de la educación superior que vinculaba lo popular a la estructura de la universidad ecuatoriana. Esto implicó una serie de luchas políticas en las que sus relaciones con el Estado por restablecer los derechos adquiridos con la Ley de Educación Superior de 1966, acaecieron de una escalada de violencia en la que varios estudiantes fueron agredidos, autoridades encarceladas e incluso instalaciones intervenidas por la policía.

Desde las perspectivas de la lucha revolucionaria, los movimientos estudiantiles “no constituyen una clase social; pero la mayoría de ellos pertenecen especialmente a las capas pobres de la pequeña burguesía y un sector proviene de familias obreras, del semiproletariado y del campesinado de bajos recursos” (En marcha, 1972: 6) cuyas luchas, para inicios de la década del setenta, tienen tres objetivos específicos:

- Lograr el cumplimiento del presupuesto general del Estado para la educación.
- Rechazar y buscar la derogatoria de la Ley de Educación Superior Decreto 1069 publicada en Registro Oficial No. 136 del 7 de enero de 1971, y
- Defender la autonomía universitaria.

Las relaciones de los movimientos estudiantiles con partidos políticos de izquierda les permitieron identificarse con una ideología marxista y, a la vez, acercarse a organizaciones afines a estos partidos como los obreros, campesinos e indígenas, principalmente.

El semanario *En marcha* insistía en que los estudiantes debían vincularse a otros sectores de pueblo y remite constantemente a la consigna dicha por Milton Reyes “Luchar y estudiar junto al pueblo por la revolución” que

debe ser entendida en el sentido de que las masas estudiantiles universitarias y secundarias deben movilizarse combativamente por sus reivindicaciones propias, apoyar al mismo tiempo, calurosamente, particulares de los diferentes sectores populares, principalmente de los obreros, los campesinos pobres y el semiproletariado urbano y participar activamente en el combate de todo el pueblo por las reivindicaciones generales de todos los sectores trabajadores y de la nación ecuatoriana. (En marcha, 1972: 7)

Sin embargo, su capacidad limitada de organización, el desinterés que sobrevino luego de las condiciones de la masificación estudiantil, la hegemonía de ciertos partidos políticos dentro de las universidades públicas, especialmente a los de izquierda radical (PCMLE), y los cambios estructurales de la sociedad ecuatoriana, frenaron la consolidación de la Segunda Reforma y la fuerza con que la movilización estudiantil se posicionó en la década del sesenta y principios del setenta.

Milton Reyes, emblema de identidad grupal

Iván Oñate describe así el entierro de Milton Reyes:

El entierro de Milton Reyes movió a todo el mundo, seas o no seas de izquierda era un movimiento universitario. La avenida América era totalmente repleta, fue realmente glorioso. (Oñate, 2012)

Rafael Quintero en su libro *Ecuador: una nación en ciernes* relata así la indignación que provocó la muerte de Milton Reyes:

Al sepelio concurren más de 30.000 personas en señal de protesta contra el terrorismo de Estado implantado en el gobierno de Velasco [...]. Inclusive el Vicepresidente liberal Jorge Zabala Baquerizo, asistió al entierro en son de repudio a un régimen que entronizaba la violencia contra el movimiento popular. (Quintero, 1998: 330)

La represión violenta ejercida por Velasco Ibarra en su periodo de dictador en 1970, tuvo como uno de sus principales contendientes a los estudiantes universitarios. Los

registros encontrados de las noticias de esos días, muestran la violencia con la que arremetió la fuerza pública a la UCE. El jueves 2 de abril de 1970, se realizó una intervención en la UCE de la que resultaron 6 estudiantes heridos de bala. La tónica violencia y represión siguió en los días posteriores: propiedad pública y privada destruida, autos incendiados, heridos, tanto policías como estudiantes. Las muertes correspondieron a estudiantes universitarios, entre ellos, René Pinto, Rafael Brito y Milton Reyes.

Los llamados por frenar la violencia, especialmente hacia los aparatos represivos, surgieron desde distintos sectores. Nela Martínez incluso publicó una carta el 5 de abril, respecto a su hijo Juan Cristóbal Mériguet gravemente herido por una bala y a la respuesta emitida por la Policía Nacional. El texto describe la indignación por la violencia con que actuó la policía en ese periodo:

Los comunicados de la Policía Civil Nacional y de su Ministro “a la Opinión Nacional”, tratando de justificar la agresión sistemática a la juventud, y el asesinato frustrado de mi hijo, Juan Cristóbal Mériguet Martínez, son un monumento gubernamental a la calumnia, la mentira y la hipocresía. El objetivo está claro: la coartada criminal. [...] Las razones que tenga el Régimen velasquista para desatar la violencia, como consta a todo el país, no le dan el derecho a ejecutar a mi hijo, a los hijos de otras madres, a la juventud, a la que le odia por ser lo más pura, noble y justo de la patria. Y sobre todo, por ser parte esencial de su conciencia, y su futuro. (El Comercio, 1970: 15)

Esto demuestra lo álgido del ambiente universitario y nacional que dominaba durante el año setenta y días antes de la muerte de Milton Reyes.

El 12 de abril de ese año fue encontrado su cadáver en una quebrada del barrio La Chilena, tres días después de denunciada su desaparición. Uno de los titulares de *El Comercio* del 14 de abril reproduce el titular “Estudiante Milton Reyes habría muerto al caer en quebrada” y sin embargo, en su contenido explica que en el informe forense se detallan que las lesiones pudieron ser hechas, también, con armas contundentes.

Un año después el semanario *En marcha* detalló el intento de recuperar su cadáver de la morgue de la Comandancia General de la Policía:

un grupo de estudiantes asalto valerosamente la morgue de la Comandancia General de la Policía, rescató el cadáver y fugo hacia la Ciudadela Universitaria; una intensa persecución de numerosos carros policiales impidió a tiros que el cadáver llegara a la Universidad y el grupo de rescate fue apresado. (En Marcha No. 196, 1971: 1)

Este hecho fue recogido por la Universidad como un ataque directo, puesto que Milton Reyes era el Presidente de FEUE Filial Quito, dirigía las protestas y los enfrentamientos contra la policía. Las expresiones de rechazo se sintieron en varias partes del país, con protestas, marchas e informes públicos. Además, varios movimientos políticos y sociales expresaron indignación: ARNE, el FUT, entre otros.

Su cadáver fue sepultado en la Facultad de Jurisprudencia el 15 de abril. Para esto se organizó un desfile fúnebre “de grandes proporciones” que contó con la participación de

autoridades universitarias, profesores, alumnos y delegaciones de la Universidad Católica, Escuela Politécnica Nacional, de la Universidad de Guayaquil, de Colegios Secundarios de la Capital, delegaciones de obreros y trabajadores, organizaciones intelectuales y ciudadanía. (El Comercio, 15 de abril de 1970).

Obras de teatro, canciones, poemas, se escribieron a través de los años en homenaje a Milton Reyes. El reconocimiento se lo realizaba en publicaciones especialmente del FRIU, en el que la consigna “Luchar y estudiar junto al pueblo por la revolución” era repetida en casi todas las publicaciones encontradas.

Así, la figura de Milton Reyes fue, especialmente durante la década del setenta, un emblema de reivindicación las luchas estudiantiles y un mecanismo de aglutinamiento de estudiantes de todos los niveles.

Estudiantes universitarios, intenciones de unidad” obrero – campesina – estudiantil

Desde los discursos y congresos de la Federación de Estudiante Universitarios del Ecuador (FEUE) de 1972 y publicaciones de movimientos de izquierda, se pueden mirar principalmente dos perspectivas de la relación de los estudiantes con las clases populares.

En primer lugar, existe una corriente que plantea que los estudiantes universitarios deben “ser patriotas, orientar continuamente a las masas populares bajo la línea revolucionaria correcta, contra el imperialismo y sus lacayos, contra la dictadura [...] por la lucha cada vez más elevada del proletariado y demás sectores explotados” (Forjad No. 1, 1972: 8). Se consideran un movimiento de vanguardia, capaz de dirigir la revolución y de aglutinar a otros movimientos. Esta perspectiva, se tradujo en luchas internas por lograr objetivos corporativos y contradicciones de tipo ideológico.

Por otro lado, los críticos a esta postura que consideran “dogmáticas” las propuestas anteriores, por las contradicciones respecto a las prácticas políticas y teóricas. Estos grupos definen el rechazo teórico de las posturas marxistas leninistas como uno de las principales falencias de la organización política del movimiento estudiantil:

El rechazo a las discusiones “teorizantes y abstractas”; sobre los lineamientos estratégicos de la revolución ecuatoriana sobre las alianzas tácticas y estratégicas, sobre el carácter mismo de la Revolución, y aun más, sobre las necesidades reales y las aspiraciones auténticas revolucionarias de los estudiantes y del pueblo [...]; echa por la borda la pretendida “lucha ideológica” que se invocó [...], y está convirtiendo a la “pelea de los estudiantes” en una “pelea” ciega sin objetivos finales de carácter revolucionario) en que se mezclan, como en el pasado, objetivos reales de la pequeña burguesía con romanticismo revolucionarista. (Oveja negra, mayo 1972: s/p)

La consigna común de los estudiantes de todos los frentes de izquierda es la de vincularse con los sectores populares, acciones como la extensión universitaria, e incluso los funerales de Milton Reyes, reflejan la intención de relacionar a los estudiantes en una interacción con los obreros y campesinos. Ambas corrientes ven en la clase obrera al actor primordial que realizaría los cambios estructurales que conllevarían a una revolución y al socialismo.

Varias de las publicaciones de esos años respaldan las acciones de los obreros frente por reivindicar los derechos adquiridos. A pesar de que algunos sectores de la izquierda identificados con la ideología marxista leninista eran críticos con las acciones del Frente Unitario de Trabajadores (FUT), por considerarla “Unidad antiobrera a favor del reformismo” puesto que su dirigencia estaba encabezada por miembros del Partido comunista.

Las diferencias internas y los conflictos de clase del movimiento universitario, especialmente en la primera mitad de la década del setenta, fueron orillando a las luchas a “reducir a la universidad a sus funciones técnica – profesionales, vehículo de ascenso social y calificación de la fuerza de trabajo para distribuirla en determinados estratos de la estructura productiva y social” (Moreano, 1982: 25). Esto no permitió que la organización interna del movimiento estudiantil logre en la Unidad obrero-campesina-estudiantil que se proponía a principios de la década.

Desde el punto de vista de varios intelectuales entrevistados en esta investigación, el origen de clase impidió que hubiera un real compromiso con las clases subalternas. Mencionan que su origen, clase media alta, no les permitía vincularse con estos grupos y la ilusión de la revolución se fue desvaneciendo en la mayoría de los involucrados con el movimiento estudiantil e intelectual. En la novela *La Teoría del desencanto* de Raúl Pérez, se pueden encontrar pasajes como este que describen la pérdida de las ilusiones revolucionarias: “Las palabras de esos años pasados eran palabras que escenificaban un mundo que se iba poco a poco desencantado de un idealismo ilusorio, de la confraternidad y la esperanza iría pasando poco a poco al individualismo, la soledad, la derrota y la duda” (Pérez, 2011: 21).

CONCLUSIONES

En el marco del análisis del campo intelectual en el Ecuador, adquiere interés una perspectiva sobre los lugares de enunciación desde los cuales los intelectuales se vincularon con grupos sociales especialmente obreros, campesinos, indígenas, y desarrollaron estrategias de difusión y producción de su pensamiento, relacionándose y buscando el apoyo de instituciones privadas y públicas, además alianzas políticas.

Esta relación de los intelectuales, productores culturales, con las esferas de poder, económicas y políticas en las diferentes coyunturas históricas analizadas, estableció su grado de autonomía, e influyó de cierta forma en el contenido e intensidad de su producción ya sea crítica, ensayística o literaria. La producción literaria de la Generación del treinta estuvo estrechamente ligada a los pensamientos de izquierda. Muchos de principales representantes pertenecían a los partidos comunista y socialista, además pertenecer a las clases medias. Por ejemplo, obras literarias pertenecientes al realismo social o de denuncia, estaba ligada a los sectores populares urbanos y rurales, a los que precisamente intentaban organizar políticamente los movimientos y partidos de izquierda.

El campo intelectual se define por el fortalecimiento de la UCE como un lugar de enunciación y de crisis las instituciones como la CCE. Este campo se reconfigura en la medida en que los intelectuales enmarcan sus reflexiones en los temas que no solamente tienden a mirar la vanguardia cultural sino que discuten el surgimiento de lo popular en el campo de los países del cono sur.

Así se reestructuran sus espacios de interlocución. La participación de la clase media, representada por la comunidad educativa universitaria, genera espacios de construcción en el que los diferentes grupos de trabajadores, campesinos, mujeres y otros, discuten e intentan fortalecer la organización popular.

El reconstruir históricamente los acontecimientos desde las primeras décadas del siglo XX hasta los años setenta permitió situar distintos lugares de enunciación – movimientos estéticos, literarios, partidos, centrales sindicales de trabajadores públicos y privados, movimientos obreros, campesinos e indígenas– que posibilitaron la construcción del pensamiento, en los que muchos intelectuales se posicionaron políticamente y difundieron su crítica desde las publicaciones y actividades políticas.

Los debates sobre la cultura nacional popular, los procesos de industrialización y avances hacia el capitalismo, las diferentes formas en que el poder del estado fue asumido, y los acontecimientos económicos, políticos y sociales por los que atravesaba América Latina y el mundo, fueron algunos de los ejes de las reflexiones de los intelectuales.

La construcción de estos lugares nace de la acción de los sujetos y del pensamiento. Estos se originan de las transformaciones de las sociedades y de la acción, en este caso, intelectual de los participantes, siempre relacionados a objetivos que son definidos en relación a los acontecimientos históricos.

La inclusión de los grupos subalternos en las acciones y discursos políticos, literarios e institucionales desde las primeras décadas del siglo XX; el afán de consolidar una cultura nacional popular desde una institución estatal como la Casa de la Cultura Ecuatoriana; la posibilidad de plasmar una revolución posible en América Latina y en el Ecuador, llevó a grupos estéticos como los Tzánzticos a plantear formas alternativas de expresiones artísticas con las que “promover” una desenajenación de las masas populares, en especial las urbanas, y también produciendo una crítica hacia las teorías y prácticas desarrollistas.

Esta propuesta desenajenante generó en los intelectuales una necesidad de producir una teoría que vincule los objetivos ideológicos y corporativos de los grupos que empezaban a consolidarse políticamente, como los indígenas y los trabajadores.

Los años setenta como periodo fundamental del desarrollo del capitalismo en el Ecuador representó para los intelectuales de izquierda uno de los principales objetos de la crítica. Agustín Cueva, Alejandro Moreano, Jaime Galarza Zavala, Fernando Velasco, entre otros, desarrollaron una producción intelectual que permitió construir una historia de cómo el avance del capitalismo había cambiado al Ecuador desde la colonia. Sus perspectivas sobre las teorías de la dependencia fueron un eje de los análisis. Así, y desde la teoría marxista, intentaron poner en evidencia esa conciencia enajenada, con el fin último de crear una conciencia de clase, especialmente de aquella condición colonial que a pesar de los cambios estructurales en las formas económicas precapitalistas, políticas y sociales, culturalmente no habían desaparecido, lo que puso en evidencia un discurso emancipatorio, que en las entrevistas será uno de los factores comunes que justificaron su producción cultural y su acción política.

Otro de los factores en las conversaciones con los entrevistados fue el tener como lugar de enunciación principalmente a la Universidad Central del Ecuador. Esto de ninguna manera, intenta desplazar lugares importantes de acción y producción intelectual, como las centrales sindicales, movimientos indígenas y otros espacios de reivindicación social fundamentales para la consecución de los acontecimientos de las décadas posteriores.

Los intelectuales, desde los Tzázicos hasta el Frente cultural, en su actividad política y de producción cultural, tuvieron como consigna su radicalidad frente al capitalismo y al imperialismo que las grandes potencias intentaron imponer en los países de la periferia. Desde esta perspectiva, la producción literaria, política (revista semanal *En Marcha*) y ensayística, miraron esto como una penetración cultural con la capacidad de manipular no solamente los mercados sino las decisiones de los habitantes de los países en los que invierten.

De este breve análisis de la relación de los intelectuales y su papel dentro de contextos históricos, uno de los temas que resulta recurrente en los textos y en los discursos es la construcción de una identidad que cohesione los diferentes grupos y clases sociales en categorías que representen una cultura nacional popular.

Los ensayos producidos sobre los escritores de la década de 1930, especialmente desde los años setenta, intentan desentrañar, en los personajes, así como en los autores mismos, la esencia que capture como en una fotografía el ser ecuatoriano. Sin embargo, en esta búsqueda de la cultura auténtica, los intelectuales del Frente Cultural, con objetivos políticos literarios, en los ensayos contenidos en la revista *La bufanda del sol*, abordaron de forma periférica los problemas de la clase obrera. Los problemas de las luchas de los trabajadores se miraron lejos de la construcción de la cultura.

Las nociones de la inclusión de los grupos subalternos, especialmente los grupos de indígenas, se presentaron como la discusión prioritaria. Su intervención en los procesos de redistribución de la tierra por medio de las reformas agrarias y las luchas por legitimar su participación política en la sociedad ecuatoriana, fue parte fundamental de las narrativas del periodo. En este sentido, la relación de los intelectuales con otros grupos, como los obreros, organizaciones de izquierda progresistas, y en algunos casos, su vinculación a un proyecto nacional que intentaba priorizar el desarrollo industrial y la

explotación petrolera, como la dictadura, motivo las pugnas dentro de los mismos grupos de intelectuales y los partidos de izquierda.

En las entrevistas realizadas a varios de los intelectuales se puede percibir que el criterio sobre la represión existente en el periodo no es del todo negativo, al respecto Raúl Pérez recalca:

no creo que se generó un mayor temor de una dictadura completamente blanda en verdad, pero una cosa es ser militante de la literatura y otra cosa ser militante político [...] no creo que hubo una persecución tremenda, quizá por allí hubo un preso. (Pérez, 2012)

Esta apreciación la comparte Iván Oñate, y no niegan que sí existieron casos de violencia contra algunos intelectuales; sin embargo, las percepciones de la represión esa década son distinta, incluso el pronunciar su afiliación política, en otros casos, resultó ser in tema delicado y reservado. En este punto, se pone en evidencia que las categorías de los intelectuales en estos contextos pueden dividirse entre la militancia política y la militancia literaria. Temas como la participación política de los grupos de intelectuales dentro de los partidos, su forma de organización y vinculación con otros movimientos como los obreros y campesinos, se convirtió en un secretismo que impidió conocer información relevante sobre cómo se planteaban los debates y conflictos políticos entre las izquierdas. Los nombres especialmente de los miembros, formas de organización y de reclutamiento, del PCMLE fueron aparecieron como referencias que se diluían en las conversaciones. Esto también se pudo percibir en la poca información bibliográfica sobre las organizaciones de izquierda especialmente en las décadas del sesenta y setenta. Se percibió además cierto temor aun latente a represalias.

Las pugnas de las izquierdas desde las décadas del sesenta se concentraron, según los entrevistados en los espacios de la Universidad Central del Ecuador. Esta es solo una de las razones por las que se definió a la Universidad Central del Ecuador como el principal lugar de enunciación y un campo intelectual.

La relevancia de la UCE como un lugar de enunciación del pensamiento intelectual, se evidencia en las respuestas que como institución logró posicionar frente al gobierno de Velasco Ibarra y las dictaduras desde la década del sesenta. La existencia e importancia de otros espacios no se desmerecen en este trabajo, sin embargo, se toma a la UCE como un campo intelectual puesto que en él se desarrollan las relaciones de fuerza, los posicionamientos y alianzas políticas e institucionales, así

como una capacidad de difusión del pensamiento importante. Otros espacios a considerarse fueron: la CCE, el Café 77. Raúl Pérez refiere que

muchas veces se trató de hacer las cosas fuera de la Universidad pero era bastante difícil hacerlas, porque las concentraciones eran allí y decíamos “nos vemos en el aula Ché Guevara”, ya sabíamos dónde estamos, estábamos además, de alguna manera protegidos por la Universidad Central, protegidos por lo que significaba la Universidad Central. (Pérez, 2012)

Desde allí se emitían los debates y se hacían objetivas las pugnas entre las izquierdas.

Los cambios estructurales de la sociedad ecuatoriana a partir de los años sesenta afectó también a todo el sistema educativo nacional. En el caso de este trabajo UCE triplicó la población estudiantil. Esto produjo que se intentó adaptar las instalaciones físicas, el personal docente y administrativo, a las demandas estudiantiles requeridas. Las luchas por impulsar la Segunda Reforma Universitaria tuvieron resultados desalentadores, ya que no pudieron ser aplicadas de forma eficiente. Sin embargo la producción crítica de los intelectuales, desde la UCE, incremento de manera importante en los setentas.

La Editorial Universitaria fue la encargada de difundir a través de sus publicaciones la producción intelectual de la UCE y de otras instituciones. El explosión ocurrida en 1970 hizo de la Editorial uno de los símbolos de difusión del pensamiento radical de la época.

Temas de diversa índole fueron publicados por la Editorial que logró en 1975 un total de 74 300 libros impresos y entregados, según la información obtenida, sin embargo, el derecho, ciencias sociales y literatura representaron el mayor número de estas publicaciones.

La Editorial Universitaria fue una de las más influyentes que difundió el pensamiento universitario, político, sociológico, literario y económico especialmente en la clase media de la ciudad de Quito. En este estudio se intenta hacer un acercamiento de los alcances de la producción de la Editorial como parte del campo intelectual en el que la difusión del pensamiento depende, en este caso de las alianzas de los intelectuales con la institución. Las referencias a colecciones, series y autores, permite abrir un campo de análisis del papel de la Editorial como un aporte importante a la historia y a la cultura escrita en el Ecuador.

La politización que se percibía en la UCE, particularmente en la década del setenta, aparentemente y según nos muestran los testimonios y críticas de intelectuales, docentes y estudiantes del periodo, produjo una radicalización especialmente del movimiento estudiantil. Estos movimientos a principios de los años setenta lograron su punto máximo de radicalización. Los continuos enfrentamientos contra el Estado se tornaron violentos lo que provocó la violación de los predios universitarios, el ataque a estudiantes, el encarcelamiento de autoridades y docentes, y la muerte de estudiantes cuya figura principal fue Milton Reyes.

La muerte de este estudiante, presidente de la FEUE Quito, fue uno de los símbolos de la lucha estudiantil que intentaba vincularse con las clases populares. A partir de esta se intentó aglutinar a los diferentes frentes de las luchas sociales con una visión marxista leninista. Su nombre fue rememorado durante la década de los setenta por varias revistas de movimientos estudiantiles dentro de la universidad y en publicaciones como el seminario *En marcha*. Sin embargo, el impulso inicial crear un símbolo común de las luchas, se diluyó por las continuas disputas entre los movimientos de izquierda y los afanes corporativos de los diferentes partidos. Según los textos revisados, el Movimiento Popular Democrático, la representación política del PCMLE, tuvo el control administrativo y político de la UCE y sus decisiones afectaron la calidad de la enseñanza, puesto que representaban el poder hegemónico en la institución.

Muchos de estos criterios ponen a la crisis de la Universidad en las manos de un partido político. Sin embargo, reducen las transformaciones provocadas por el avance industrial y los cambios estructurales en la sociedad ecuatoriana. El incremento masivo de la población estudiantil, las complicaciones con respecto al espacio físico insuficiente, una falta de planificación al contratar personal docente y administrativo, y sumado a esto el poder administrativo que se concentró en un solo movimiento político, fueron restándole fuerza a los alcances que tuvo el movimiento estudiantil y la institución, como una fuerza capaz no solamente de general enfrentamientos violentos, sino ser uno de los principales ejes de la reflexión y articulación de otros sectores.

BIBLIOGRAFÍA

- Adoum, Jorge (2011). “José de la Cuadra y el fetiche del realismo” en *Antología de Ensayo I de la revista la bufanda del sol*. Pérez, Raúl (Coor.): 109-119.
- Aguirre, Manuel (1973). *La Segunda Reforma Universitaria*. Quito: Editorial Universitaria.
- _____ (1969). “La universidad ecuatoriana” en *Hora universitaria No. 1*. Quito.
- Aguilar, Gonzalo (2010). “Los intelectuales de la literatura: cambio social y narrativas de identidad” en *Historia de los intelectuales en América Latina II*. Carlos Altamirano (Comp.): 685-711
- Altamirano, Carlos (2006). *Intelectuales: notas de investigación*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Argones, Nelson (1983). “La modernización del escenario político ecuatoriano 1968-1980 en un contexto de capitalismo tardío desarticulado”. Maestría en Ciencias Sociales. Mención en estudios del Desarrollo, FLACSO Sede Ecuador.
- _____ (1985). *El juego del poder. De Rodríguez Lara a Febres Cordero*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Araujo, Diego (1979). “Panorama de la novela ecuatoriana de los últimos años”. *Cultura Número monográfico*. Pág. 17-65.
- Arellano, Estuardo (1988). “Estudio introductorio”. *Pensamiento universitario ecuatoriano. Segunda parte*. Pág. 15-67.
- Ashcroft, Bill y Pal Ahluwalia (2000). *Edward Said. La paradoja de la identidad*. España: Ediciones Bellaterra.
- Ayala, Enrique (2008). *Resumen de historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- _____ (1994). “Partidos políticos y universidad”. *Universidad, estado y sociedad*. pág. 53-67.
- beaep (s/f). “Vida y obras del padre Aurelio Espinosa Pólit”. Disponible en http://www.beaep.ec/index.php?option=com_content&view=article&id=18:vida-y-obras-del-padre-aurelio-espinosa-polit&catid=14:salas&Itemid=9, visitado en junio 25, 2013.
- Bourdieu, Pierre (1980). *Campo de poder, campo intelectual*. Buenos Aires: Editorial Montessor.
- _____ (1990). *Sociología y Cultura*. Argentina: Editorial Grijalbo.
- _____ (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Editorial universitaria de Buenos Aires.
- _____ 2000 [1986]. “Formas de capital,” en *Poder, Derecho y Clases sociales*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc (2005). *Una invitación a la sociología reflexiva*. Argentina: Siglo XXI Editores.
- Bravo, César (1995). *Historia del Ecuador. De la década de 1950 a la década de los 70'*. Quito: Editorial Graficas Hernández.
- Cañete, María (2008), “Las clases medias en la estructura social”. *Ecuador Debate No. 74*. pág. 91-102.
- Carranza, Mario (1984). “Golpes de Estado y militarización en América Latina”. *Desarrollo Económico*, Vol. 24, No. 94 (Jul. - Sep.), pp. 319-327
- Carrión, Benjamín, Alejandro Moreano, Michael Handelsman y Diego Araujo (2009). *30 años sin/con Benjamín Carrión*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

- Carvajal, Iván (1974). "Temas, escenarios y entretelones de la literatura comprometida" en *La bufanda del sol* No. 8. Editorial Universitaria: 4-14.
- Chiriboga, Manuel (1987). "Movimiento campesino e indígena y participación política en Ecuador: La construcción de identidades en una sociedad heterogénea" en *Ecuador Debate* No. 30: 87-121.
- Colombes, Adolfo (1977). "Hacia la autogestión indígena" en *La bufanda del sol* No. 11-12. Editorial Universitaria: 12-31.
- Connelly, Maricela (1985). "Influencia del pensamiento de Mao en América Latina" en *Estudios de Asia y África*, Vol. 18, No.2: 215-231
- Coronel, Valeria (2009). "Orígenes de una democracia corporativa: estrategias para la ciudadanización del campesinado indígena, partidos políticos y reforma territorial en Ecuador (1925-1944) en Kingman, Eduardo (ed.) *Historia social urbana. Espacios y flujos*. Quito: Colección 50 años FLACSO.
- _____ (2013). "La fragua de la voz: Cartas sobre revolución, subjetividad y cultura nacional popular" en *Vienen ganas de cambiar el tiempo*. Instituto Metropolitano de Patrimonio: 381-500
- Criado, Enrique Martin. (2008). "El concepto de campo como herramienta metodológica". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*.
- Cueva, Agustín (1979). "Ecuador 1925-1975" en *América Latina: Historia de medio siglo*. Pablo González Casanova (Comp). México: Siglo XXI Editores.
- _____ (1986). "En pos de la historicidad perdida" en *Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*, Vol. 22. *Teoría de la Cultura Nacional*: 397-418.
- _____ (1986). "Sobre nuestra ambigüedad cultural" en *Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*, Vol. 22. *Teoría de la Cultura Nacional*: 291-322.
- _____ (1989). *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Quito: Editorial Planeta
- _____ (1993). *Literatura y conciencia histórica en América Latina*. Quito: Editorial Planeta.
- Donoso, Miguel (2007). "La narrativa de transición" en *Historia de las literaturas del Ecuador*, No. 5. *Jorge Dávila Vásquez (Comp)*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Espinosa, Carlos (2010). *Historia del Ecuador*. Barcelona: Lexus Editores.
- Estatuto universitario (1970). Quito: Editorial universitaria.
- Fanon, Franz (2007). *Los condenados de la tierra*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Farrell, Gilda (1983). "El movimiento sindical frente a la segmentación tecnológica y salarial del mercado de trabajo" en *El proceso de industrialización ecuatoriano*. Sepulveda, Cristian (Coor.): 177-217.
- Filosofía y Plan de Acción del Gobierno Nacionalista y Revolucionario de Ecuador
- Freire, Susana (2010). *Tzantzismo: Tierno e inocente*. Quito: LIBRESA
- Gabin, Eugenio (1977). "Política y cultura en Gramsci (El problema de los intelectuales)" en *Actualidad del pensamiento político de Gramsci*. Fernández, Francisco (Comp.). España: Ediciones Grijalbo.
- García, Néstor (1983). "las políticas culturales en América Latina". *Chasqui* No.7. pág. 18-26.
- García, Bertha (1989). "Militares, economía y lucha política: Ecuador en los años setenta". En *Investigación Universitaria*. CONUEP: Págs. 25-51. Quito.

- Gilman, Claudia (1991). "América Latina en los años setenta: surgimiento del antiintelectualismo como tópico de los intelectuales de izquierda". En *Primer congreso de Estudios Latinoamericanos. Homenaje a José Martí. Actas*. Universidad Nacional de la Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación: Págs. 337-348. La Plata : Jane Abril, Comunicación Editorial
- _____. (2010). "Casa de las Américas. (1961-1971): un esplendor en dos tiempos" en *Historia de los intelectuales en América Latina II*. Carlos Altamirano (Comp.): 285-298
- González Casanova, Pablo (1979). *América latina: Historia de medio siglo*. México: Siglo veintiuno editores.
- Gramsci, Antonio (1967). *La formación de los intelectuales*. México: Editorial Grijalbo.
- _____. (2007). *Antología*. España: Siglo XXI.
- Gramuglio, María (2010). "Sur. Una minoría cosmopolita en la periferia occidental" en *Historia de los intelectuales en América Latina II*. Carlos Altamirano (Comp.): 192-210.
- Granda, Víctor (2008). *Manuel Agustín Aguirre y el socialismo hoy*. Ecuador: Ediciones La Tierra.
- Grijalva, Juan (2011). "El ensayo y la crítica ecuatoriana contemporánea" en *Historia de las literaturas del Ecuador, No. 7. Alicia ortega Caicedo (Comp)*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Guerrero, Andrés (1984). *Hacienda, capital y lucha de clases andina*. Quito: Editorial El Conejo.
- Gutiérrez, Alicia (1994). *Pierre Bourdieu: las prácticas sociales*. Tucumán: Centro editor de América Latina.
- Hobsbawm, Eric (2005). *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Ibarra, Hernán (2007). "El radicalismo de los tzántzicos. Entrevista de Hernán Ibarra a Ulises Estrella" en *Sartre y nosotros*. Alicia Ortega (Comp.): 253-268.
- _____. (2008). "Nota sobre las clases medias ecuatorianas". *Ecuador Debate No. 74*. pág. 37-62.
- Iglesias, Andrea (2011). "El rol de los intelectuales en la segunda posguerra, a través de los perspectivas de Raymond Aron, Jean-Paul Sartre y Herber Marcuse". *Nómadas. Revista Ciencias sociales y jurídicas No. 30*, <http://www.ucm.es/info/nomadas/> (visitada en 06-20-2012)
- Lizano, Ana Cristina (2008). *América Latina y la segunda administración Bush: un debate sobre seguridad*. Costa Rica: FLACSO, Editorial Juricentro.
- Longoni, Ana (2005). *Escrituras, imágenes y escenarios ante la represión*. Madrid: Siglo XXI.
- Luna, Milton (2007). "Historia y sociedad: el rol del Estado y de las clases medias" en *Historia de las literaturas del Ecuador, No. 5*. Jorge Dávila Vásquez (Comp). Quito: Corporación Editora Nacional.
- Maccocchi, Maria-Antonieta (1975). *Gramsci y la revolución de occidente*. México: Siglo veintiuno editores
- Martz, John (1989). "La expresión regionalista del populismo. Guayaquil y CFP, 1948-1960", en *El populismo en el Ecuador*, Felipe Burbano y Carlos de la Torre (edits). Quito: ILDIS.

- Monsiváis, Carlos (2004). “La ciudad letrada: la lucidez crítica y las vicisitudes de un término” en *La ciudad letrada*, Ángel Rama. Págs. 5-29. Chile: Tajarar Editores.
- _____ (2007). “De los intelectuales de América Latina”. *América latina hoy*, No. 47, pp. 15-38.
- Moreano, Alejandro (1987). “Universidad, crisis y reforma” en *Problemas universitarios. Cuadernos de análisis No. 1*. Quito-Ecuador: Ediciones CONUEP.
- _____ (2011). “La bufanda del sol: vigencia del pensamiento y el imaginario de los 60 y 70” en *Antología de Ensayo 2 de la revista la bufanda del sol*. Pérez, Raúl (Coor.): 5-12.
- Moreno, Julio (1986). “Nuestras formas sociales” en *Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*, Vol. 22. *Teoría de la Cultura Nacional*: 127-145.
- Noudelmann, François (2007). “Políticas del compromiso” en *Sartre y nosotros*. Alicia Ortega (Comp.): 75-98.
- Ortega, Alicia (2007). “Trayectorias y memorias en el diálogo con Sartre en la escena cultural de Quito” en *Sartre y nosotros*. Alicia Ortega (Comp.): 25-56.
- Ortiz, Cecilia (2004). “Indios, militares e imaginarios de nación en el Ecuador del siglo XX”. Magister en Ciencia Política, FLACSO –ECUADOR.
- Paris, Robert (1984). “Difusión y apropiación del marxismo en América Latina” en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, No. 36: 3-12
- Paz y Miño, Juan (1988). *La C.E.D.O.C en la historia del movimiento obrero ecuatoriano*. Quito: Editorial Voluntad.
- Pecourt, Juan (2007). “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”. *Revista Internacional de Sociología (RIS)* Vol. LXV, No. 47, mayo-agosto: 23-43.
- Pérez, Raúl (1995). *Teoría del desencanto*. Quito: Editorial Ecuador FBT. Cía. Ltda.
- Polo, Rafael (2002). *Los intelectuales y la narrativa mestiza en el Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Polo, Rafael (2011). *Crítica y modernidad: historia intelectual de la crítica en el Ecuador de los años sesenta a la primera mitad de los ochenta*. Quito: FLACSO - Sede Ecuador.
- Ponza, Pablo (2007). “Los sesenta-setenta: intelectuales, revolución, libros e ideas”. *Revista Escuela de Historia* No. 6: 137-156.
- Portantiero, Juan Carlos (2000). “Gramsci, lector de Maquiavelo” en *Fortuna y Virtud en la República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo*. Argentina: CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/maquiavelo/portantiero.pdf>
- _____ (1987). *Los usos de Gramsci*. México: Folios Ediciones.
- Portelli, Hugues (1978). *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI Editores.
- Pozas, Ricardo (2001). “El quiebre del siglo: los años sesenta” *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 63, No. 2. pág. 169-191
- Proaño, Francisco (2007). “La narrativa del periodo” en *Historia de las literaturas del Ecuador*, No. 5. Jorge Dávila Vásquez (Comp). Quito: Corporación Editora Nacional.
- Rama, Ángel (2004). *La ciudad letrada*. Chile: Tajarar Editores
- Regalado, Juan (2011). “Historia y sociedad en el periodo” en *Historia de las literaturas del Ecuador*, No. 7. Alicia ortega Caicedo (Comp). Quito: Corporación Editora Nacional.

- Ribeiro, Darcy (1971). *La Universidad latinoamericana*. Santiago de Chile: Editorial universitaria
- Rivadeneira, Edmundo (1972). “Cultura militarizada” en *la bufanda del sol*. No. 3, 4. Quito: Editorial universitaria.
- Rodríguez, Hernán (1981). “El método generacional y la periodización de la literatura ecuatoriana de la república”. *Cultura No.9*. pág. 45-146.
- Ron, José (1977). “La herencia cultural” en *La bufanda del sol* No. 11-12. Editorial Universitaria: 4-11.
- Sader, Emir (2009). *El nuevo topo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Said, Edward (1996). *Representaciones del intelectual*. Barcelona: Paidós.
- _____ (1990). *Orientalismo*. España: Libertarias.
- _____ (2001). “Cultura, identidad e historia” en *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. Schröder, Gerhart y Herga Breuninger (Comp.): 37-53
- _____ (2008). *El mundo, el texto y el crítico*. España: DeBOLSILLO.
- _____ (2009). “Sobre la corriente de los Subaltern Studies”. *Contrahistorias. La otra mirada de Clío No. 12*: 25-30
- Sánchez, José (1988). *Actores y discursos culturales. Ecuador: 1972-88*. Quito: Centro andino de acción popular.
- Sepúlveda, Alberto (1972). “El militarismo desarrollista en América Latina”. *Foro Internacional*, Vol. 13, No. 1 (49) (Jul. - Sep.), pp. 45-65
- Serrano, Raúl (2005). “Humberto Salvador: una escritura marginal en la vanguardia de la narrativa latinoamericana del siglo XX”. Maestría en Estudios de la Cultura, mención Literatura Hispanoamericana, Universidad Andina Simón Bolívar, UASB.
- Silva, Érika (1986). “El terrigenismo: opción y militancia en la cultura ecuatoriana” en *Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano*, Vol. 22. *Teoría de la Cultura Nacional*: 419-493.
- _____ (2004). “En torno al surgimiento de una cultura nacional en el Ecuador: 1920-1940”. Magister en Ciencia Política, FLACSO –MÉXICO.
- Silva, Hector y Heiz Rudolf (1976). *Universidad, dependencia y revolución*. México: Siglo XXI editores, SA.
- Sommer, Doris (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Touraine, Alain (1987). *El regreso del actor*. Argentina: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Valdano, Juan (1984). “Política cultural y realidad ecuatoriana”. *Cultura No.18*. pág. 465-500.
- Vallejo, Raúl (2006). “La Bufanda del Sol, segunda etapa: aproximación inicial”. *Kipus. Revista Andina de Letras*, No. 20, pp. 107-127.
- Velasco, Fernando (1979). *La dependencia, el imperialismo y las empresas transnacionales*. Quito: Editorial El Conejo.
- _____ (1979). *Reforma agraria y movimiento campesino indígena de la sierra*. Quito: Editorial El Conejo.
- Velasco, Marco (1987). “El movimiento obrero en el Ecuador: Propuestas para el análisis de sus dimensiones objetivas y sus determinaciones subjetivas” en *Ecuador Debate* No. 30: 25-45.
- Verdesoto, Luis (1998). *Apuntes para la historia de la Universidad y de la patria y algunas notas íntimas*. Quito: Editorial universitaria.

- Ycaza, Patricio (1991). *Historia del movimiento obrero ecuatoriano*. Quito: CEDIME.
- Zapata, Francisco (1997). “¿ideólogos, sociólogos, políticos?” en *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX. Tomo I*. Baca, Laura e Isidro Cisneros (Comp.): 141-159.
- Zapata, Francisco (1997). “¿ideólogos, sociólogos, políticos?” en *Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX. Tomo I*. Baca, Laura e Isidro Cisneros (Comp.): 141-159

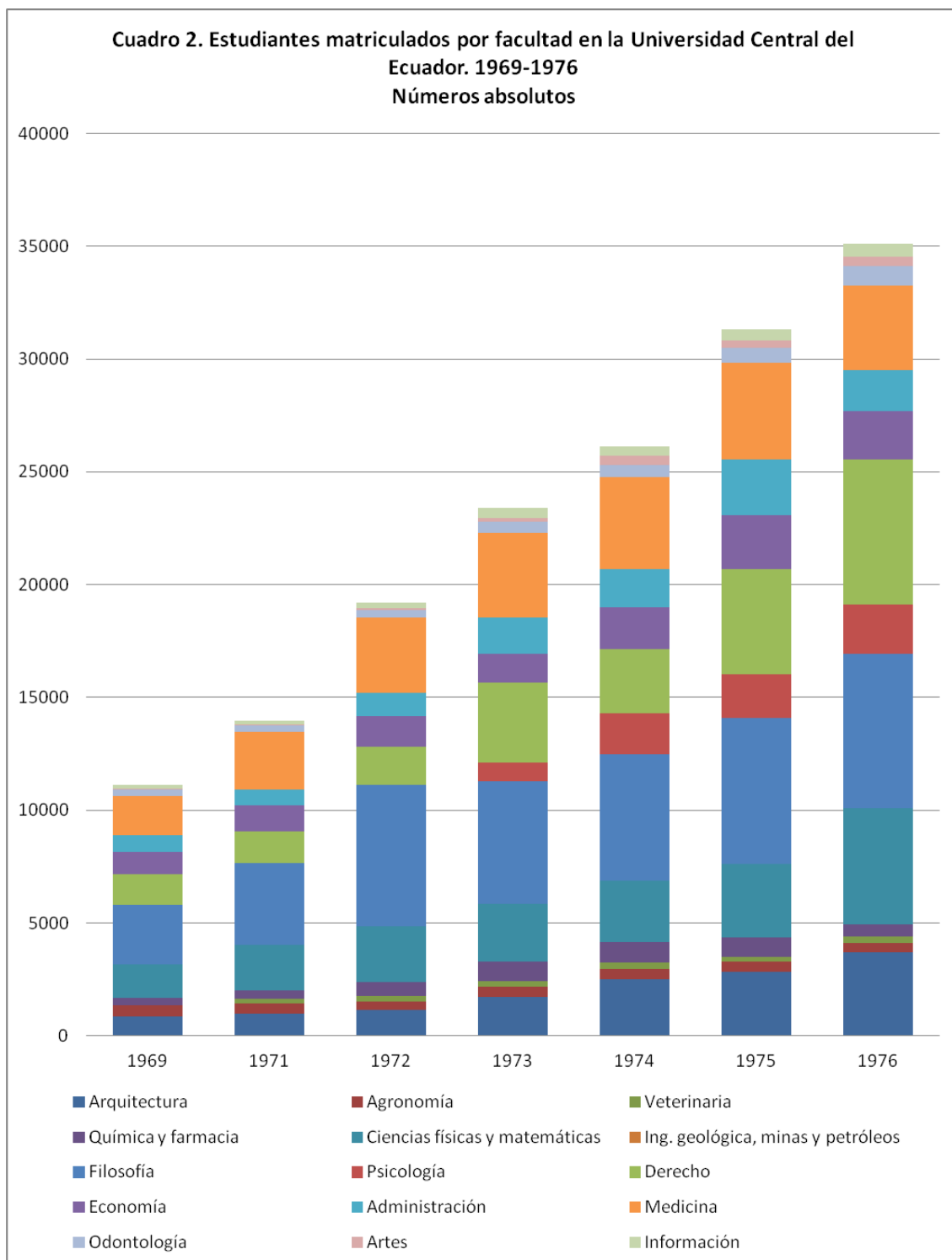
DOCUMENTOS

- En marcha. 1970-1976
- Frente Cultural (1968). “Editorial”, sección: Editorial.
- En marcha (1971). “Dos posiciones opuestas: FRENTE CULTURAL: Antiimperialista; C.C.E.: Oportunismo y demagogia”, No. 196, marzo.
- En marcha (1971). “Plataforma de lucha de la clase obrera”, No. 202, mayo.
- En marcha (1971). “Plataforma de lucha de la clase obrera”, No. 202.
- En marcha (1972). “Las reivindicaciones de los estudiantes”, No. 235.
- En marcha (1970). “Milton Reyes. Héroe popular”, No. 196.
- Ley de Educación Superior. 1971
- Luchar y estudiar No. 5. 1970
- La oveja negra No. 6. 1972
- Forjad No.1 de 1972
- Ni un paso atrás No.1. 1973
- Surcos. 1976.
- Procontra No. 1 y 2. 1972

ENTREVISTAS

- Iván Oñate, 18 de abril de 2012
- Raúl Pérez, 25 de mayo de 2012
- Rodrigo Borja, 10 de julio de 2012
- René Mauge, 2 de mayo de 2012
- Humberto Vinuesa, 17 de mayo de 2012
- E001, 29 de agosto de 2012

ANEXOS



Fuente: Facultad de Economía UCE. Tesis: Incidencias sobre libre ingreso a la UCE. Recalde, Victor, Sarita Cisneros y Martha Abril. 1985. Elaborado por Carla Gordón.